

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: **Marcel Proust:** *Sentimientos filiales de un parricida* □ **Carlos Keller R.:** *Las bases geográficas de la política internacional* □ **María Peralta:** *La barca* □ **Mariano Picón Salas:** *Nuevas notas sobre un viejo tema histórico* □ **Dr. Carlos A. Piper:** *Sobre el arte alemán* □ **Antonio Borquez Solar:** *Bizarrias de Antaño* □ **Xavier Villaurrutia:** *Poemas* □ **Raúl Silva Castro:** *Ideas sobre el periodismo* □ **Juan de Armaza:** *Pensamientos* □ **Hombres, Ideas y Libros:** **Arturo Torres Rioseco:** *Los dramas de Florencio Sánchez* □ **Marcelle Auclair:** *Jeanne D'Arc, por Joseph Delteil* □ **Augusto Iglesias:** *Los rituales con el mar* □ **C. K. R.:** *Notas Bibliográficas* □ **ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS:** *La escuela nueva en Europa* □ *Libros recibidos* □ **Glosario de Revistas:** **S.:** *Tres poetas franceses nacidos en Montevideo* □ *Indice del año 1925* □

Universidad de Concepción. Chile
Precio: \$ 3.00 ~ Dicbre. 31 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

DICIEMBRE 31 DE 1925

NÚM. 10

Marcel Proust

Sentimientos filiales de un parricida

Si no como en su obra principal, de la que no sería posible aislar algunas páginas sin perder en mucho el sentido que cada frase toma como elemento de un conjunto indivisible, a lo menos este capítulo de *Pastiches et Mélanges*, aún no traducido al castellano, ofrece un singular valor, pues nos muestra a Proust hablando directamente en la primera persona, y revela esa fina tendencia al aspecto extraordinario, patológico, del espíritu, en que el autor de *A la recherche du temps perdu* ha penetrado con más novedad, con mayor profundidad y certeza que novelista alguno.



ACE algunos meses, cuando murió M. van Blarenberghe padre, recordé que mi madre había tenido largas relaciones con su mujer. Desde la muerte de mis padres, soy (en un sentido que no estaría bien precisar aquí) algo menos yo

mismo, y más el hijo suyo. Sin apartarme de mis amigos, siento mayor inclinación hacia los suyos; y las cartas que ahora escribo son, en su mayor parte, las que según creo, habrían escrito ellos, las que no pueden ya escribir y que yo envío en su lugar: felicitaciones, condolencias a sus amigos, que yo, a menudo, casi no conozco.

Así, pues, cuando Mme. van Blarenberghe perdió su marido, quise que recibiera una prueba de la tristeza que mis padres habrían sentido por su desgracia. Recordé que, hacía muchos años, yo había comido varias veces con su hijo en casa de algunos amigos de ambos. Fué a él a quien escribí, si puedo decirlo, a nombre de mis padres desaparecidos más que en él propio. Recibí como respuesta la hermosa carta siguiente, llena de un grande amor filial. Pensé que tal testimonio, con la significación que recibió del drama que tan de cerca lo siguió, y sobre todo, con la significación que éste toma con él, debía hacerse público. He aquí la carta:

*«Les Timbrieux, por Josselin (Morbihan),
24 de Septiembre de 1906.*

«Lamento vivamente, estimado señor, no haber podido agradecerle aún la simpatía con que Ud. me acompañó en mi desgracia. Le ruego que me excuse; este dolor ha sido tan grande, que, siguiendo el consejo de los médicos, he debido viajar constantemente durante cuatro meses. Sólo ahora comienzo, con enorme esfuerzo, a recobrar mi vida habitual.

«Tan tarde como sea, quiero decirle hoy que me he sentido íntimamente conmovido por el fiel recuerdo que Ud. ha conservado de nuestras antiguas y excelentes relaciones, y profundamente emocionado por el sentimiento que le ha inducido a hablarnos, a mi madre y a mí, a nombre de sus padres, tan prematuramente desaparecidos. Sólo tuve el honor de conocerlos muy poco personalmente, pero sé muy bien cuánto apreciaba mi padre al suyo, y con cuánto placer veía siempre mi madre

a Mme. Proust. Me ha parecido extremadamente delicado y sensible que Ud. nos haya enviado su mensaje de ultratumba.

«Volveré muy pronto a París, y si logro dominar luego la necesidad de aislamiento que provoca en mí la desaparición de aquél que constituía todo el interés de mi vida, que era todo lo alegre que en ella hubo, tendré gran placer en estrecharle la mano y en conversar con Ud. sobre el pasado.

«Muy afectuosamente suyo.—*E. van Blarenberghe*».

Esta carta me conmovió en gran manera; compadecía a quien sufría en esta forma, y le envidiaba; él tenía aún a su madre para consolarse al consolarla. Si no pude responder a sus reiteradas tentativas de verme, fué porque, en realidad, estuve impedido para hacerlo. Pero, sobre todo, esta carta modificó en un aspecto más simpático, el recuerdo que de él conservaba. Las buenas relaciones a que aludía en su carta eran, en verdad, vulgares relaciones mundanas. Jamás había tenido oportunidad para conversar con él en la mesa en que muchas veces comimos juntos; pero la especial distinción de espíritu de los dueños de casa me aseguraba y me asegura aún que Enrique van Blarenberghe, bajo una apariencia algo convencional y tal vez más representativa de su medio que de su verdadera personalidad, ocultaba una naturaleza más original y más viva.

Por otra parte, en medio de esas extrañas instantáneas que nuestro cerebro, tan pequeño y tan vasto, almacena en prodigioso número, si busco, entre las que representan a Enrique van Blarenberghe, la instantánea que me parece haberse conservado más nítida, lo que siempre percibo es un rostro risueño, que sonríe sobre todo con la mirada, que era extremadamente fina, con la boca aún entreabierta, después de haber dado una aguda respuesta. Amable y muy distinguido, tal es como le «vuelvo a ver», según se dice con razón. Nuestros ojos toman parte más determinante de lo que se cree en esta exploración activa del pasado que se llama recuerdo. Si en el instante en que su pensamiento busca algún objeto del pasado, para fijarlo, para volverlo un momento a la vida, observáis los ojos del que

se esfuerza en recordar, veréis que se han vaciado repentinamente de las formas que los rodean y que en el instante anterior reflejaban. «Usted tiene una mirada ausente; usted está en otra parte», decimos, y, sin embargo, no vemos sino el anverso del fenómeno que se realiza durante ese instante en el pensamiento. Los más bellos ojos del mundo no nos atraen ya por su belleza; no son, desviando la significación de una frase de Wells, sino «máquinas para explorar el Tiempo», telescopios de lo invisible, cuyo alcance aumenta a medida que envejecemos. Sentimos claramente, viendo velarse por el recuerdo el mirar fatigado de tantas adaptaciones a épocas tan diferentes y a menudo tan lejanas, la mirada opaca de los ancianos; percibimos precisamente que su trayectoria, atravesando la sombra de los hechos dormidos, parece tomar tierra a algunos pasos delante de ellos, y en realidad, cincuenta o sesenta años más atrás. Recuerdo cómo cambiaba la belleza de los ojos encantadores de la princesa Matilde cuando se fijaban en tal o cual imagen —que *ellos mismos* habían depositado en su retina y en su recuerdo— de algunos grandes hombres, de algunos grandes acontecimientos de los comienzos de siglo; y era esta imagen, emanada de ellos, lo que ella veía y lo que nosotros no veríamos jamás. Tenía yo una impresión de algo sobrenatural en esos momentos en que mi mirada encontraba la suya, que, a través de una línea corta y misteriosa, en una actividad de resurrección, unía el presente al pasado.

Amable y muy distinguido, decía, así es como vuelvo a ver a Enrique van Blarenberghe en una de las mejores imágenes que haya conservado de él mi memoria. Pero, después de recibir esta carta, he retocado esta imagen en el fondo de mi recuerdo, interpretando en el sentido de una más profunda sensibilidad, de una mentalidad menos mundana, ciertos elementos de su mirada y de sus facciones que podían recomponer una acepción más interesante y más generosa que aquella en que de pronto me había detenido. En fin, como últimamente le hubiera pedido informaciones sobre un empleado de los Ferrocarriles del Este (M. van Blarenberghe era presidente del con-

sejo de administración), por quien se interesaba uno de mis amigos, recibí de él la siguiente respuesta, que, escrita el 12 de Enero último, no llegó a mis manos, a causa de algún cambio de dirección que él ignoraba, sino el 17 de ese mes, no hace aún quince días, menos de ocho días antes del drama:

«Calle de la Beneficencia, 48.

12 de Enero de 1907.

«Estimado señor, me he informado en la Compañía del Este sobre la posible residencia del señor X... y su dirección eventual. Nada se ha podido averiguar. Si Ud. está bien seguro de su nombre, el que lo lleva ha desaparecido de la Compañía sin dejar rastros; tal vez no estuvo incorporado a ella sino en forma transitoria y provisional.

«Lamento muy de veras las noticias que me da sobre el estado de su salud desde la muerte tan temprana y tan cruel de sus padres. Si pudiera ser de algún consuelo para Ud., le diría que, por mi parte, no logro reponerme física ni moralmente del quebranto que me ha causado la muerte de mi padre. Es preciso esperar siempre... No sé lo que me aguarda en el año 1907, pero esperamos que nos traiga a uno y a otro alguna mejoría, y que podamos vernos dentro de algunos meses.

«Le ruego creer en los sentimientos de mi mayor simpatía.—
E. de Blarenberghe.»

Cinco a seis días después de haber recibido esta carta, al despertar, recordé que deseaba contestarla. Hacía uno de esos grandes fríos inesperados, que son como las «grandes mareas» del cielo que llenan todos los diques que las grandes ciudades elevan entre los hombres y la naturaleza, y vienen a golpear en nuestras ventanas cerradas, penetran hasta nuestras piezas y hacen sentir a nuestras friolentas espaldas, por un vivificante contacto, el retorno violento de las fuerzas elementales. Días agitados por bruscas alteraciones barométricas, por las más violentas sacudidas. Nada agradable, por lo demás, en medio

de tanta fuerza. Se advertía anticipadamente la tristeza de la nieve que iba a caer, y las cosas mismas, como en el hermoso verso de André Rivoire, parecían «esperar la nieve». Sea que «se acerque una depresión hacia las Baleares», como dicen los periódicos, o sólo que en Jamaica haya empezado a temblar, en el mismo instante, en París, los cefalálgicos, los reumáticos, los asmáticos, sin duda también los locos, sienten volver sus crisis; tan unidas están las personas nerviosas de los puntos más apartados del universo, por los lazos de una solidaridad que a menudo desearían ver menos estrecha. Si la influencia de los astros, por lo menos sobre algunos de ellos, hubiera de ser reconocida algún día (Frannery, Pellelean, citados por M. Brissaud), a nadie podría aplicarse mejor que a un hombre nervioso el verso del poeta:

Largos hilos de seda le unen a las estrellas.

Al despertar, me disponía a contestar a Enrique van Blarenbergh. Pero, antes de hacerlo, quise dar una mirada al *Figaro*, proceder a ese acto abominable y voluptuoso que se llama *leer el diario*, mediante el cual todas las desgracias y los cataclismos del universo en las últimas veinticuatro horas; las batallas que han costado la vida a cincuenta mil hombres, los crímenes, las huelgas, las bancarrotas, los incendios, los envenenamientos, los suicidios, los divorcios, las violentas emociones del hombre de Estado y del actor, transmutados, para nuestro uso personal, ante nosotros, que no tenemos en tales actos interés alguno, en una diversión matinal; asociados en forma admirable, de una manera particularmente excitante y tónica, a la saludable ingestión de algunos sorbos de café con leche. Apenas he roto con un gesto indolente la delgada faja del *Figaro*, lo único que aún nos separa de las miserias del globo; desde las primeras noticias sensacionales en que el calor de tantos seres «entra como elementos», esas noticias sensacionales que nos agradaría participar inmediatamente a todos los que aún no han leído el diario, de improviso, nos sentimos alegremente ligados a la

existencia que, en el primer momento del despertar, nos parecía inútil tornar a coger. Y si por momentos, algo así como una lágrima ha humedecido nuestros ojos satisfechos, sin duda habrá sido provocada por la lectura de alguna frase como ésta: «Un impresionante silencio aprieta los corazones; redoblan los tambores en el campamento; las tropas presentan armas, y un clamor inmenso resuena: ¡Viva Fallières!» Esto es lo que incita nuestro llanto, llanto que tal vez rehusáramos a una desgracia próxima. ¡Viles comediantes a quienes sólo hace llorar el dolor de Hércules, o, menos que eso aún, el viaje del Presidente de la República! Esta mañana, sin embargo, la lectura del *Figaro* no me fué grata. Acababa de recorrer, con mirada complacida, las erupciones volcánicas, las crisis ministeriales y las riñas de apaches, y había comenzado con calma la lectura de un hecho diverso cuyo título: «Un drama de la locura», podía hacerlo particularmente apropiado al estímulo de las energías matinales, cuando, repentinamente, leí que la víctima era Mme. van Blarenberghe, y que el asesino, que se había suicidado en seguida, era su hijo Enrique van Blarenberghe, cuya carta aún tenía yo cerca de mí, para contestarla. *«Es preciso esperar siempre... No sé lo que me aguarda en el año 1907, pero esperemos que nos traiga alguna mejoría, etc.»* ¡Es preciso esperar siempre! ¡No sé lo que me aguarda en el año 1907! La vida no iba a tardar en responderle. Aún no caía el primer mes de 1907 del porvenir en el pasado, y ya le había traído su presente: fusil, revólver y puñal, y en su espíritu, la venda que Atenea ceñía al espíritu de Ajax para hacerle degollar a pastores y rebaños en el campo de los griegos, sin que supiera lo que hacía. «Soy yo quien ha infundido engañosas imágenes en sus ojos. Y él se ha precipitado, hiriendo aquí y allá, pues pensaba dar muerte por su mano a los Atridas, lanzándose tan pronto sobre uno y sobre otro. Y yo excitaba al hombre presa de furiosa locura y lo perdía en emboscadas. Aquí acaba de entrar con la cabeza bañada en sudor y las manos ensangrentadas.» Los locos no saben cuando hieren; pasada la crisis, ¡oh, dolor!, Tekmesa, la mujer de Ajax, dice: «Su locura ha terminado, su furor ha

caído como el soplo del Noto. Pero, al recobrar sus sentidos, ha sido atormentado por un nuevo dolor; porque la presencia de los propios males cuando nadie, sino uno mismo, los ha causado, aumenta grandemente la angustia. Desde que sabe lo que ha ocurrido, no cesa de lamentarse con lúgubres sollozos, él, que aseguraba ser indigno de un hombre el llorar. Permanece sentado, inmóvil, sollozando y sin duda medita contra sí mismo algún negro propósito.

Mas, para Enrique van Blarenberghe, cuando hubo pasado el acceso, no fueron rebaños y pastores degollados los que tuvo ante sus miradas. El dolor no mata en un instante, puesto que no murió él viendo a su madre asesinada, puesto que no murió al oír a su madre moribunda decirle, como la princesa Andrea de Tolstoi: «Enrique, ¡qué has hecho de mí! ¡qué has hecho de mí!» «Al llegar al descanso que interrumpe la escalera entre el segundo piso y el tercero, dice *Le Matin*, ellos (los sirvientes, que en este relato, tal vez inexacto, no vemos sino en huída y volviendo a subir la escalera de cuatro en cuatro tramos) vieron a Mme. van Blarenberghe, con el rostro trastornado por el terror, bajar tres o cuatro escalones, gritando: ¡Enrique, Enrique! ¡qué has hecho!» Después, la desdichada, cubierta de sangre, levantando los brazos, cayó de bruces... Los sirvientes aterrorizados volvieron a bajar en busca de socorro. Poco después, cuatro agentes que fueron llamados forzaron las puertas que habían sido cerradas con cerrojo, y entraron a la pieza del asesino. Además de las heridas que se había hecho con el puñal, tenía todo el lado derecho de la cara destrozado por un balazo. *El ojo caía sobre la almohada*. Ahora no es en Ajax en quien pienso. Con este ojo que «cae sobre la almohada» reconozco, arrancado, en el gesto más terrible que nos haya conservado la historia del sufrimiento humano, el ojo del desgraciado Edipo. «Edipo se precipita lanzando gritos desgarradores; va, viene, pide una espada... Con gritos horribles, se arroja contra las puertas dobles, arranca los batientes de los goznes profundos, y penetra en la cámara, donde ve a Yocasta, que pende aun de la cuerda en que se ha estrangulado. Al verla, el desgra-

ciado tiembla de horror; desata la cuerda, y el cuerpo de su madre, ya libre de sostén, cae por tierra. Arranca entonces los broches de oro de las vestiduras de Yocasta y se atraviesa con ellos los ojos abiertos. Sus pupilas sangrantes derraman sobre sus mejillas una lluvia, un chorro de sangre negra. Pide clamando que se señale ante todos los cadmeos al parricida. Quiere ser arrojado de esta tierra. ¡Ah! el antiguo placer recibía ahora el verdadero nombre. Desde este día, nada falta entre todos los males que tienen un nombre. El espanto, el desastre, la muerte, el oprobio.»

Y pensando en el dolor de Enrique van Blarenberghe al ver a su madre muerta, pienso en otro loco harto triste, en Lear, estrechando el cadáver de su hija Cordelia. «¡Oh, ella se ha ido para siempre! ¡Está muerta como la tierra! ¡No, no; ya no vive! ¿Por qué tienen vida un perro, un caballo, una rata, si tú no conservas siquiera un soplo? ¡No volverás jamás! ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Mirad, mirad sus labios! ¡Miradla, miradla!»

A pesar de sus horribles heridas, Enrique van Blarenberghe no murió inmediatamente. No puedo dejar de comprender la crueldad (útil tal vez, pues ¿estamos ciertos de lo que el drama ha sido en realidad? Recordad los hermanos Karamazov) que hubo en la actitud del comisario de policía. «El desgraciado no ha muerto. El comisario le coge por la espalda y le habla: «¿Me oye usted? Responda.» Querría repetir a ese cruel comisario las palabras con que Kent, en el *Rey Lear*, detiene a Edgardo, cuando éste pretendía despertar a Lear ya desvanecido: «¡No, no turbéis su alma! ¡Oh, dejadlo partir! Odioso sería querer retenerlo más tiempo en el suplicio de esta vida de angustias.»

Si he repetido con insistencia estos grandes nombres trágicos, sobre todo los de Ajax y de Edipo, comprenderá el lector por qué lo he hecho, por qué he publicado estas cartas y escrito estas páginas. He querido señalar en qué pura, en qué religiosa atmósfera de belleza moral estalló esta explosión de locura y de sangre, que la salpica de lodo sin llegar a mancharla. He querido airear la pieza del crimen con un soplo que viniera del

cielo, mostrar que este hecho extraño era exactamente como uno de esos dramas griegos cuya representación fué casi una ceremonia religiosa, y que el pobre parricida no era un bruto criminal, un ser ajeno a la humanidad, sino un noble ejemplar de humanidad, un hombre de espíritu esclarecido, un hijo lleno de piadosa ternura, a quien la más ineluctable fatalidad—digamos patológica, para hablar como todo el mundo—ha lanzado—el más desdichado de los mortales—en un crimen y una expiación dignos de memoria.

«Creo con dificultad en la muerte», dice Michelet en una página admirable. Es cierto que lo dice a propósito de una medusa, cuya muerte, tan poco diversa de su vida, casi nada tiene de increíble; de manera que podemos preguntarnos si Michelet no habrá hecho uso de una de esas «recetas» a que tan a menudo recurren los grandes escritores y que les permiten ofrecer improvisadamente a su clientela el sabor especial que les exige. Pero si creo sin dificultad en la muerte de una medusa, no puedo creer fácilmente en la muerte de una persona, ni aun en un simple eclipse, en la mera decadencia de su razón. Es más fuerte nuestro sentimiento de la continuidad del alma. ¡Cómo!, este espíritu cuya voluntad hace un momento dominaba la vida, dominaba la muerte, y que nos inspiraba tanto respeto, se halla ahora dominado por la vida, por la muerte, más débil que nuestro espíritu, que, sea como fuere, no puede inclinarse ya ante lo que tan pronto ha llegado a parecerse a la nada. Y esto, por la locura, por el debilitamiento de las facultades en el anciano, por la muerte. ¡Cómo!, el hombre que escribió ayer la carta que acabo de citar, tan culto, tan sereno; hoy este hombre... Aun, para descender a lo infinitamente pequeño, de grande importancia ahora, el hombre que tan razonablemente dominaba las pequeñas cosas de la existencia, que con tanta elegancia daba respuesta a una carta, que ejecutaba tan exactamente un propósito, que miraba por los deseos de los demás, que ansiaba parecerles, si no influyente, por lo menos amable; que conducía su juego con tanta fineza y lealtad en el ajedrez social... He afirmado que esto es ahora de mucha importancia,

y si reproduce toda la primera parte de su segunda carta, que, a decir verdad, no interesaba aparentemente sino a mí, es porque esta razón práctica parece más ligada aún a lo que ha ocurrido que la hermosa y profunda tristeza de las primeras líneas. A menudo, en un espíritu ya devastado, son las ramas superiores, la cima, las que sobreviven hasta el fin, cuando las ramificaciones más profundas han sido arrasadas por el mal. En este caso, la planta espiritual está intacta. Hace un momento, al copiar estas cartas, hubiera querido hacer sentir su extrema delicadeza y la notable seguridad de la mano que trazó esos caracteres tan precisos, tan finos...

—¡Qué has hecho de mí! ¡Qué has hecho de mí! Bien meditado, acaso no hay una sola madre verdaderamente amante que, en su día último, y a menudo mucho antes, no pudiera elevar este reproche contra su hijo. Intimamente, obligamos a envejecer, matamos todo lo que nos ama, por los cuidados de que nos hacemos objeto, aun por la inquieta ternura que inspiramos y que en todo momento tenemos en alarma. Si pudiéramos observar en un cuerpo querido la lenta labor de destrucción realizada por la dolorosa ternura que lo anima, si pudiéramos ver cómo se marchitan los ojos, cómo los cabellos indomablemente negros durante largo tiempo, son vencidos también como los otros, blanqueados; cómo las arterias se van endureciendo, obstruyéndose los riñones y el corazón fatigándose; cómo el ánimo se va dejando vencer por la vida; el andar lento, pesado, el espíritu que llega a saber que nada tiene ya que esperar, cuando antes hervía infatigablemente en invencibles esperanzas; la alegría misma, que parecía ser innata, inmortal, que era compañía tan amable para la tristeza jamás curada; tal vez quien supiera ver todo eso, en el tardío momento de lucidez que aun las vidas más dominadas por la quimera pueden alcanzar, puesto que el mismo don Quijote tuvo el suyo, acaso éste, como Enrique van Blarenberghe cuando hubo muerto a su madre a puñaladas, retrocedería ante el horror de su vida y se arrojaría sobre un fusil para morir también. En la mayor

parte de los hombres, una visión tan dolorosa (supuesto que
lograran elevarse hasta ella) se desvanecería rápidamente
ante el primer destello de la alegría de vivir. ¿Pero,
qué alegría, qué razón de vivir, qué vida, pueden
resistir a esta visión? Ella o la alegría, ¿cuál
de las dos es la verdadera?, ¿cuál es
«lo Verdadero»?

Las bases geográficas de la política internacional

EN el curso de los últimos años, la Geografía Política ha experimentado un gran desarrollo. Las naciones más adelantadas le dedican un interés especial. En las universidades europeas hoy día se les exige a los estudiantes de leyes y de ciencias económicas un estudio más o menos completo de esta ciencia. Existen numerosos Institutos que se dedican casi exclusivamente a ella, como por ejemplo, los de las universidades de Hamburgo y Kiel en Alemania. Spengler, en su obra sobre la «Reorganización de Alemania» (Neubau des Deutschen Reiches, München 1924) dice textualmente, al referirse a la educación: «Lo que nos falta es una educación fuerte, diaria y profunda de la conciencia nacional, en el sentido de una actitud consciente, pero basada en una enseñanza brutalmente real de la historia moderna, con sus poderes y fines, sus medios políticos, militares, económicos y de propaganda, con las condiciones geográficas del tráfico y de la guerra marítimos, del abastecimiento de materias primas y de la exportación... Cada escuela debería tener para emplear la expresión inglesa, sus *debating clubs*, en que se deberían discutir los sucesos políticos, la política financiera, las cuestiones monetarias y las consecuencias posibles de las tensiones políticas y de los tratados.»

Entre los primeros investigadores de esta relativamente nueva ciencia debemos mencionar a Ratzel, quien publicó en 1897 su

célebre «Geografía política», a Kjellen, el conocido sociólogo sueco y a Dix, cuya «Geografía política», publicada en 1922, es una de las mejores obras sobre la materia.

La Geografía Económica, con fines meramente descriptivos, existe desde hace muchos siglos. Pero aquí no se trata de una mera descripción de los pueblos y de sus condiciones económicas, sino de investigar científicamente los fundamentos de la economía y política mundiales desde el punto de vista geográfico, de establecer leyes generales con el fin de llegar a conocer nuevos aspectos de la sociología, hasta ahora no contemplados en la debida forma.

Sin pretender ofrecer un trabajo netamente original, me limitaré aquí a presentar algunos problemas interesantes de la política internacional, en la forma en que los han tratado los autores a que me referiré más arriba.

I

LAS FUENTES DE ALIMENTOS

Las bases geográficas de la política internacional nos están dadas en primer lugar en las condiciones del tráfico. La configuración, topografía y situación de los océanos, mares, montañas, ríos, etc., determinan en gran parte las tendencias políticas de los pueblos. Pero fuera de estos factores influyen en grado eminente las condiciones del suelo de nuestro planeta. La fertilidad de los terrenos agrícolas, la existencia de minas, de bosques, etc. son hechos fundamentales de la política internacional.

Por supuesto que estos factores por sí mismos no bastan. Hay que tomar siempre en consideración los factores netamente sociológicos, o sea la voluntad de los pueblos de apetecer la posesión de los bienes que les ofrece la naturaleza o de repudiarlos. La naturaleza como tal sólo les ofrece posibilidades a los hombres: depende exclusivamente de ellos la repercusión que esas posibilidades tengan en su acción política.

Podemos observar desde luego que existe, frente a esas posi-

bilidades, una tendencia fundamental en el movimiento de las naciones: la de moverse, de extenderse en la dirección que ofrece la menor resistencia. Esta tendencia determina en gran parte la migración de los pueblos primitivos. Se manifiesta en primer lugar en el anhelo de obtener fuentes de alimentos suficientes para la población.

Todo pueblo que no dispone de suelos suficientes para alimentar satisfactoriamente la población, tratará de obtenerlos en otra parte. Pero esta tendencia sólo se podrá realizar, si los terrenos apetecidos no están ocupados por otros pueblos que opongan una resistencia inquebrantable. Ratzel, al ocuparse de este problema, dice: «Mayor resistencia que la naturaleza les oponen los mismos pueblos a las migraciones. Aun invasiones que se efectuaron en forma tempestuosa y que parecían aniquilar todo, han fracasado frente a una población de cierta densidad y cesaron al fin completamente. Basta citar la invasión de los hunos en Europa, la de los turcos en la península balcánica, la de los tártaros en Rusia y la de los árabes en varios continentes, para ilustrar y comprobar esta primera tesis.

En otros casos, los invasores obtuvieron éxito, y muchas veces los pueblos invadidos se han visto obligados a retirarse a territorios alejados, y a tales migraciones se les debe en parte la población de las montañas, de islas y de desiertos. La historia nos ofrece numerosos ejemplos al respecto, como por ejemplo, la retirada de los visigodos a las montañas cantábricas y la de nuestros mapuches a la Cordillera de Nahuelbuta y de los Andes, donde los españoles en vano trataron de dominarlos. Y a tales hechos se debe también la población de los Pirineos por los vascos.

A los mismos factores se debe la formación de corrientes migratorias dentro de estados más vastos y aún en el tráfico mundial: los países con una población excesiva entregan una parte de ella a otros de población escasa. Así se ha formado en los últimos siglos una fuerte corriente migratoria de Rusia hacia Siberia, de Nueva York hacia San Francisco, de Buenos Aires hacia el Chaco y Patagonia. Esta última corriente

no alcanza hasta Chile porque se le oponen los Andes: sin esta barrera natural, tendríamos una fuerte inmigración en Chile.

Esta tendencia de obtener fuentes de alimentos es una de las más caracterizadas en la política de los pueblos, especialmente entre los primitivos. Cada pueblo está dominado del anhelo de incorporar a sus fronteras la extensión de terrenos necesarios para poder alimentar a toda su población. Pero no se manifiesta solamente en la política de las naciones, sino que se extiende hasta los mismos individuos, los cuales emigran muchas veces contra la expresa voluntad del estado, con el mero objeto de establecerse en otros países.

Estas migraciones han sido de la mayor trascendencia para la evolución sociológica de las naciones. Cada vez que se ha iniciado un nuevo movimiento cultural en la historia, ha sido antecedido por grandes migraciones. Los hombres llegan a conocer nuevas condiciones, hacen comparaciones entre su pasado y su nueva vida, comienzan a raciocinar, se ven obligados a solucionar nuevos problemas, y todo ello tiene que repercutir en su espíritu, en su alma. Y ello no sólo puede observarse en los pueblos como tales, sino también en cada individuo. Los grandes genios de la humanidad han sido grandes viajeros.

Hoy en día, esta tendencia fundamental no se manifiesta en una forma tan pura como en los pueblos primitivos, pero las migraciones actuales están basados en los mismos factores, y el número de hombres que se encuentra en continua migración es, en nuestros días, mucho mayor que en cualquier otro período.

El desarrollo del tráfico moderno ha alterado también el carácter de estas migraciones. Si antiguamente se trataba de establecer nuevos hogares en el extranjero, hoy en día se trata de un mero cambio de domicilio: los emigrantes regresan después de algunos años en gran parte a su patria. En la conferencia internacional que se efectuó hace un año en Roma, se manifestó claramente esta alteración en las dificultades que había en encontrar una definición del emigrante. Para los representantes europeos, la palabra emigrante equivalía a «una persona que sale de su patria con el fin de dirigirse al extranjero», mientras

que los representantes estadounidenses exigían que se agregara: «y con el ánimo de domiciliarse definitivamente en otro país». El antiguo emigrante tenía sin duda este ánimo; el moderno en general no lo tiene.

Esta cuestión está relacionada con otra netamente política: el país de que sale el emigrante tiene interés en no perderlo, mientras que el país en que se domicilia, tratará de nacionalizarlo. Italia y Polonia deben en gran parte su situación económica a los ahorros de sus emigrantes repatriados.

Para poder formarse una idea de estas migraciones modernas de los pueblos, basta considerar la siguiente estadística:

Los Estados Unidos experimentaron un aumento de población debido exclusivamente a emigrantes, que alcanzó a 28 millones de hombres desde 1821 hasta 1910. Entre ellos figuran: 7.8 millones de ingleses, 5.4 millones de alemanes, 3.1 millones de austriacos, 3.0 millones de italianos, 2.5 millones de rusos, 1.7 millones de escandinavos, 0.5 millones de franceses y 0.3 millones de dinamarqueses. Además inmigraron en el mismo período, 1.2 millones que provenían del Canadá, 0.33 millones de chinos y 0.15 millones del Japón.

El Brasil aumentó su población en el mismo período en 2.8 millones de hombres, de los cuales 1.2 millones fueron italianos, 0.7 millones portugueses, 0.3 millones españoles y 0.1 millones alemanes.

Ejemplos de países con una fuerte reemigración son Uruguay y Argentina. En 1910 hubo en Uruguay una inmigración de 120,000 y una emigración de 105,000 personas, de manera que la población aumentó por medio de la inmigración en sólo 15 mil personas. La inmigración total de Argentina desde 1857 hasta 1908 fué de 4.24 millones y la emigración de 1.7 millones.

Por los puertos de Inglaterra emigraron desde 1815 hasta 1910 cerca de 20 millones de hombres.

II

LAS FUENTES DE MATERIAS PRIMAS

Desde los tiempos más antiguos, los hombres se han visto obligados a buscar una parte de las materias primas que necesitan para sus industrias, en países extranjeros. Así, por ejemplo, el comercio del estaño era dominado en tiempos remotos por los fenicios, los cuales sabían mantener rigurosamente en secreto la procedencia de este valioso metal, inventando la fábula de la Atlántida, con el fin de impedir que otros pueblos trataran de importarlo de España y del Norte de Africa (véanse las obras de Leo Frobenius y de Schulten, al respecto).

Nuestra economía moderna necesita, más que cualquiera otra, numerosas materias primas que sólo se producen en unos pocos países.

Es lógico que las naciones con intereses vitales al respecto traten de obtener las colonias necesarias para producir ellas mismas las materias primas que se ven obligadas a importar. Este anhelo influye en su política internacional, y la guerra mundial no era en resumidas cuentas—a pesar de todo el inagotable lirismo empleado por algunos pueblos con fines de «camouflage»—sino una lucha por las fuentes de materias primas. Alsacia, Lorena y Alta Silesia no eran en primer lugar provincias injustamente conquistadas por Alemania, sino las primeras fuentes del mundo de hierro, carbón y otras sustancias fósiles.

Esta tendencia de obtener las fuentes de materias primas impone a los pueblos una política a menudo diferente de la dirección que les indica la necesidad de obtener fuentes de alimentos. Así, por ejemplo, se han ocupado con este fin numerosos desiertos y otras regiones que no ofrecen condiciones naturales suficientes para la vida.

Si la tendencia de obtener fuentes de alimentos se manifiesta especialmente en los pueblos agrícolas, el anhelo de conquistar las fuentes de materias primas sólo influye en las naciones in-

dustriales. Y existe además la diferencia de que en sus migraciones los pueblos llegan a poblar territorios desocupados o de escasa población, mientras que al obtener colonias de materias primas en general, la conquista se limita al empleo de jefes y de técnicos en las minas, etc., empleándose como obreros a la población indígena. Las colonias de materias primas permanecen en general dependientes del conquistador, mientras que las de alimentos se suelen independizar dentro de algún tiempo.

III

LOS MERCADOS DE CONSUMO

Especialmente las naciones europeas del siglo XIX padecen de un exceso de producción, que no saben donde colocar dentro de sus fronteras. Este hecho ha venido a formar una tercera tendencia de la política internacional, basada igualmente en factores geográficos: obtener mercados de consumo de los productos nacionales. Nuestra economía actual está caracterizada por el intercambio de bienes entre los países industriales y los que producen materias primas, formando los segundos de ellos los mercados de consumo de los productos industriales.

Así se ha desarrollado el expansionismo industrial, que forma una de las bases políticas más importantes de las naciones modernas. Las naciones con población escasa no nos manifiestan tal expansionismo. Su falta no hay que buscarla en factores ideológicos, sino en hechos geográfico-políticos: sólo las naciones industrializadas están dominadas de ese anhelo de extenderse económicamente por razones vitales de su existencia.

Hay una excepción al respecto, pero ella sólo es aparente. Me refiero a Rusia. Este país tiene una población muy poco densa, comparada con la de las demás naciones europeas, pero tanto su gobierno como su pueblo estaban y están dominados de un expansionismo quizá más pronunciado que las demás naciones europeas. La explicación hay que buscarla en el hecho de que Rusia es aún un país poco evolucionado, que no ha

tratado de intensificar los métodos de producción agrícola, sino que ha buscado nuevos terrenos para su exceso relativo de población.

Esta tendencia nos explica igualmente el anhelo de obtener colonias propias. La India es para Inglaterra, por ejemplo, en primer lugar una colonia de consumo de manufacturas inglesas. En aquel país Inglaterra ha destruido deliberadamente las industrias del hogar nativas, con el fin de obligar a la población a comprar mercaderías inglesas. Sólo los últimos años han producido una reacción en la población indígena, la cual se explica en primer lugar en el surgimiento del nacionalismo colonial, debido a las promesas que se hicieron durante la guerra mundial, a los pueblos dominados por potencias extranjeras, de establecer gobiernos nacionales y de permitirles regir ellos mismos sus destinos.

No siempre se trata de conquistar países exóticos. La dominación puede efectuarse hoy en día en muy diferentes formas, como por ejemplo, mediante la política de la puerta franca, de las esferas de influencia, etc. El panamericanismo, en el sentido que los yanquis dan a esta palabra, está relacionado con la misma tendencia del expansionismo industrial.

IV

LOS MERCADOS DONDE COLOCAR CAPITALES

El capitalismo moderno ha tenido por consecuencia una espiritualización del capital. Mientras que antes el capital siempre estaba indisolublemente unido a una empresa, hoy en día el desarrollo del sistema creditario facilita enormemente su movilización. El capital ha adquirido una forma netamente espiritual, y ha llegado a emanciparse por completo de la empresa. Basta una comunicación telegráfica para transmitirlo a grandes distancias.

Ahora bien, en los países europeos, y después de la guerra mundial también en Estados Unidos, se ha formado un exceso

de capitales que no encuentran mercado en el interior. Este capital busca constantemente los mercados extranjeros para encontrar en ellos una colocación que produzca ganancias. Las naciones que se encuentran en esta situación tratan de conservar su poder sobre el capital que quiere emigrar, y en consecuencia, su política internacional se inspirará en el anhelo de conquistar o de dominar al menos tales mercados donde colocar los capitales nacionales.

Son preferidas en primer lugar las colonias de alimentos, de materias primas y de consumo. Pero no siempre bastan estas colonias. En algunos casos, la política de los estados ha tratado de emplear estos capitales libres para sus fines, y así se explica, por ejemplo, el anhelo de Francia de colocar sus capitales libres en Rusia. Al conceder los créditos, el acreedor le impone en general al deudor ciertas obligaciones, como por ejemplo, la de construir ferrocarriles estratégicos, de emplearlos en adquirir manufacturas del país acreedor, etc. De otra parte, puede ocurrir fácilmente que el acreedor se vea obligado a acceder a cualquier petición del deudor, para no perder los capitales invertidos en el país deudor. Rusia obligaba, por ejemplo, a Francia a secundarla en su política expansionista en la península balcánica.

Todas estas cuatro diferentes tendencias de los pueblos modernos nos explican gran parte de la historia de los últimos decenios. Sus raíces hay que estudiarlas, pues, en la Geografía Política.

La barca



A barca, la barca negra...
De plomo el mar.
Los forzados sollozan:
¡Esta condena
no ha de acabar!...

La barca, la barca negra...
De ágata el mar.
Los forzados aullan;
crujen los remos,
solloza el mar...

La barca, la barca negra...
De ébano el mar.
Los mástiles rechinan...
¡La barca negra
se va a acabar!

La barca, la barca negra...
se hunde en el mar;

los galeotes cantan,
rompen amarras...
¡Bendito el mar!

La barca, la barca negra
no está en el mar;
ni están los galeotes,
ni las cadenas...
¡Bendito el mar!

Nuevas notas sobre un viejo tema histórico

La caída de Roma y de la civilización antigua (1)

NUESTRA simple curiosidad de observadores se ha detenido en estos días en dos pequeños libros nuevos, que aun con el ánimo más prevenido, no pueden sino suscitar la comparación de las causas que produjeron la caída de la civilización antigua, con las que traen a nuestro mundo contemporáneo tan desorganizado política, social e ideológicamente. Son estos dos libros, una luminosa y apasionada síntesis de Ferrero—«La Ruine de la Civilisation Antique»—y un tratado lleno de datos y de hechos del profesor francés G. Bloch: «L'Empire Romain, Evolution et Decadence».

Coordinamos la impresión que nos dejaron estos libros con la de anteriores lecturas históricas y nos tentó trazar un breve cuadro sobre aquel interesante momento de la historia, en que como en nuestra edad, fenecían regímenes sociales y políticos, y los hombres, confundidos y desconcertados, buscaban entre las ruinas de sus antiguas creencias una nueva fe, un nuevo principio de vida.

En la Historia la muerte y el nacimiento de los pueblos y

(1) Conferencia a los compañeros del Curso de Historia del Instituto Pedagógico.

las instituciones son fenómenos que se confunden y marchan paralelos, y no puede señalarse como en los tratados didácticos donde termina uno y empieza otro. Este principio que puede ser la base de la Filosofía de la Historia inspiraba ya hace quince siglos a San Agustín su compilación famosa, y lo hacía optimista sobre los destinos del mundo cuando con la caída de Roma parecía haber perecido todo.

En el caos que es nuestro tiempo acaso se esté preparando como en Roma, sobre los restos de nuestras instituciones políticas, de nuestra sociedad dislocada, una nueva Edad Media.

I

LA CRISIS DEL SIGLO III

Los historiadores modernos de la decadencia de Roma (Bloch, Ferrero) buscan sus orígenes en lo que han llamado la crisis del siglo III, porque desde esta época a las revoluciones militares que ya conocía el Imperio, se agregan nuevos factores económicos, sociales y hasta religiosos, que conspiran contra la unidad.

Marco Aurelio es el último emperador que reina en paz: después de su muerte, Roma no hace más que disolverse, confundirse, precipitarse en la incertidumbre. Sin atender a los breves reinados de Cómodo y Pertinax, que para el historiador no son más que significativos episodios de la nueva jornada que comenzaba, el fenómeno político más interesante que observamos en el siglo III es la Revolución militar de Septimio Severo, que debilitó para siempre el poder del Senado y entregó el poder a las legiones.

¿Qué representaba el Senado romano en este vasto imperio de 80 millones de habitantes que se extendía a través de pueblos diversos y antagónicos desde las riberas del Rin hasta las del Eufrates? Se le reprocha al Senado romano su incomprensión, su localismo, el estar formado por un patriciado italiano que no veía más allá de los límites de la ciudad de Roma.

Acaso tenía los defectos de todas las aristocracias envejecidas. El senador romano de fines del imperio, en el mejor de los casos, era como ese Simaco que nos pinta Boissier, que vive en su palacio entregado a la retórica—a una amanerada retórica, imitada de la del siglo de Augusto—y al culto de sus dioses familiares. Sus cartas, ricas de toda sutileza de estilo, son solicitadas por la aristocracia ociosa y hasta por los rudos generales del Danubio o de la Iliria. Sin embargo Simaco parece haber vivido sin advertir las grandes crisis de su época. La Roma que vemos a través de él no es la metrópoli turbulenta de los siglos III y IV, llena de extranjeros, de mendigos, de hombres que propagan cultos extraños, sino una ciudad cortesana en donde los patricios se hacen visitas y dan banquetes; se practica una rigurosa cortesía, y un natalicio, una boda, una fiesta familiar, dan ocasión a los panegíricos de los retóricos. Pero el Senado, por el hecho mismo de ser tradicional representaba en este vasto imperio una unidad de ley y de autoridad: legalizaba los actos de gobierno, y romanizaba, por decirlo así, todas las instituciones nuevas, nacidas de este choque y contacto de pueblos híbridos. El imperio se hubiera orientalizado antes de Diocleciano, si el Senado no representara ideas típicamente romanas, como las del gobierno electivo y el formulismo jurídico. Avasallado por Septimio Severo el imperio no va a tener una institución semejante que defienda la tradición romana; que estreche en la letra y procedimientos de las leyes, las ambiciones de los nuevos hombres desconocidos que se apoderan del gobierno, y Roma va a marchar, a través de revoluciones, hacia su definitiva disolución política. Con el Senado parece caer lo que había de latino, de romano, en el imperio.

Desde la muerte de Alejandro Severo, en 235, hasta la proclamación de Valeriano en 253. Roma atraviesa los más turbulentos 18 años de su historia. Las revoluciones militares se suceden: los bárbaros han visto puerta franca para entrar al imperio. Los godos atraviesan el Danubio, los persas invaden la Mesopotamia y amenazan la Siria, los alamanos y los fran-

cos se arrojan sobre la Galia y una nueva raza germánica, los sajones, ha aparecido en las costas galas y bretonas. Valeriano llega al convencimiento de que es imposible controlar en sus manos todo el gobierno, y para atender a las dificultades de la época concibe la desmembración del imperio. Terrible medida destinada a producir el dislocamiento de la civilización antigua, dice Ferrero. Valeriano sucumbe a manos de los persas, y en la época de su sucesor Galiano, no hacen sino recrudecerse estas causas de disolución.

A la crisis política se agrega, desde la época del emperador Galiano, la crisis económica. En muchas provincias el hambre y las terribles pestes del siglo III, la guerra, la inseguridad de la vida a consecuencia de las invasiones, había diezmado la población y en Occidente fué preciso transplantar bárbaros para los cuidados de la agricultura. Así conduce Roma al enemigo hasta el mismo corazón del imperio. La agricultura está pues afectada. Los agricultores, colonos libres, trabajadores esclavos y pequeños propietarios, disminuyen en gran número; la pequeña propiedad desaparece y aumenta la grande. En la inseguridad de la vida y la pobreza que merman el consumo, también decae la industria. Escasea el dinero, porque las regiones mineras han sido invadidas por los bárbaros y abandonadas por los trabajadores y se pagan sobre el capital intereses crecidísimos (12% mensual en tiempos de Galiano). La población de las pequeñas ciudades provinciales emigra a las grandes ciudades en busca de trabajo y forma alrededor de los patricios ricos una turba de solicitantes y mendigos. Desde el tiempo de Alejandro Severo, la moneda está desvalorizada y los pagos en oro se estipulan al peso. La proporción de plata u oro que entra en las monedas va descendiendo y el *«antonianus argentus»* del tiempo de Claudio el Gótico, no tiene de argentus sino el nombre. Contiene 4% de plata.

De todas estas circunstancias nace la crisis social. La antigua aristocracia y la antigua clase media que conservaban la tradición romana son desplazadas por los nuevos ricos provin-

ciales, por los bárbaros que han hecho fortuna, por los toscos soldados victoriosos.

II

EL OCASO DEL PAGANISMO

Debilitadas las antiguas instituciones políticas, como el Senado, podríamos preguntarnos qué otras fuerzas de unidad moral tenía el imperio y se nos ocurre estudiar la religión romana. Sabemos hasta qué punto el politeísmo romano fué una religión cívica: el más religioso era también el más patriota; la religión fué esencialmente nacional y conservó contra la filosofía ese carácter de localismo que le daba toda su fuerza de acción. Pero la religión sencilla y austera de un Catón tiene que modificarse en el transcurso de tres siglos, sobre todo cuando Roma es la cabeza de un inmenso imperio, y empiezan a invadirla los cultos de otros pueblos, generalmente más fastuosos y brillantes. Pierde pues la religión romana en unidad de doctrina lo que gana en ostentación y pompa: esta misma confusión de la función política y la religiosa le resta fuerza, pues nunca dispuso el paganismo para su servicio y defensa de una institución parecida a lo que fué después el clero cristiano, ni se templó en la lucha y en las persecuciones como el cristianismo. Aparece como un inerte organismo administrativo o como una flexible superstición a la que pueden agregarse otras supersticiones, ante las multitudes extranjeras que van llenando la capital del mundo.

Aristocrática de suyo, la religión romana debe seguir el destino de esta aristocracia a que sirvió. La aristocracia romana del siglo III ya no es religiosa en el sentido en que lo fué Catón; apenas ha conservado la superstición—esta última fe de las aristocracias envejecidas—ahora exacerbada por los extraños ritos orientales. Se practica la hechicería, se usan amuletos y fórmulas mágicas, y nuestra varita de virtudes ya se conoce en la Roma del siglo III bajo el nombre de «virgula magica».

Había espíritus conservadores que se gloriaban de mantener las tradiciones antiguas y el viejo culto. Pero ¡cuánto de ostentación literaria, de capricho histórico había en esos espíritus! En todo caso la vieja religión nacional se había mezclado y confundido mucho, y carecía de cuerpo dogmático para ser un instrumento de unidad.

Cuando emperadores como Aureliano quieren valerse de la religión como arma de gobierno no acuden al envejecido politeísmo romano. «Aureliano instituye oficialmente el culto del sol invictus, proclamando religión del Estado el Mitraísmo latinizado. El Mitraísmo era un culto asiático nacido de una fusión del mazdeísmo con la teología semita y con otros elementos prestados por las religiones indígenas del Asia Menor. Como casi todas las religiones asiáticas el mitraísmo era absolutista y monarquista puesto que enseñaba que los monarcas reinan por gracia divina y reciben como tal de Mitra los atributos de la divinidad y se le hacen con substanciales. La adopción del mitraísmo era un esfuerzo para hallar en el absolutismo místico un principio de legitimidad que reemplazase la antigua validación por el senado y que pudiese sustraer la autoridad imperial al capricho de las legiones sublevadas.»

Pero la divinización del Emperador realizada por Diocleciano, indica hasta qué punto había decaído la antigua religión latina, pues nada más extraño al espíritu de Roma que la concepción del monarca consubstancial con Dios. Ella quebrantaba la organización que hasta entonces tuvo el gobierno en Roma; el sistema de Augusto, de Trajano, de Vespasiano, en que el emperador era un simple mortal a quien podía verse cada día y a cada hora y cuya casa estaba abierta a todos los hombres libres. El emperador no es ya el jefe y el más encumbrado representante de una aristocracia a la que está ligado por nexos de familia, de política o religión, sino un personaje solitario e inaccesible como los déspotas orientales.

El politeísmo romano había perdido, pues, en el siglo IV, toda fuerza viva y batalladora. La religión, aristocrática y nacionalista, se había confundido y disuelto con la aristocracia de

que descendía. Tenía una brillante literatura que animaba a los espíritus cultos como Simaco, Macrobio, Claudiano, pero que no llegaba al pueblo. Era una religión de retóricos y literatos que si bajo su aspecto humano, de cultura, aun estaba esplendorosa, bajo su aspecto divino, religioso propiamente dicho, parecía extinguida.

Más que la literatura pagana de esta época, la literatura de las cartas y de los panegíricos, sutil, amanerada, llena de giros sintácticos, que habían dejado de ser usuales, y de reminiscencias clásicas, debía apasionar a la multitud turbulenta y hambreada la prédica sencilla y hasta grosera de los cristianos, en que el pueblo—siempre dispuesto a protestar—encontraba una crítica permanente a esa sociedad de patricios y funcionarios que odiaba tanto. O los extraños ritos orientales de magia y hechicería cuya pompa isotérica les impresionaría más. Del culto pagano sólo alguna fiesta como la de las Saturnales y los juegos del Circo, interesaban al pueblo. La doctrina les permanecía extraña. Y Juliano, el gran espíritu del paganismo, sólo fué para esta multitud ignara un sacrificador de bueyes.

III

EVOLUCION DEL GOBIERNO

Las reformas de Diocleciano comportaban para las tradiciones políticas que hasta entonces había sostenido Roma una transformación definitiva. Dos fueron en el orden político las principales reformas de Diocleciano: primero, la omnipotencia del poder imperial que separaba al emperador del grupo aristocrático a que servía de representante, y segundo, la formación de una burocracia de empleados y funcionarios, recogida en las diversas regiones del Imperio sin atender a consideraciones de raza o de familia. La aristocracia romana quedaba, pues, subyugada y junto con el pueblo aparecía en el mismo pie de desmesurada desigualdad, en sus relaciones con el emperador.

Ahora bien, la política romana había descansado hasta en-

tonces en la desigualdad social y en el privilegio de una clase patricia cuyo carácter y tradiciones específicamente romanas, imponían entre la multitud de pueblos y razas una unidad, un imperium. Los extranjeros cuyos méritos les hacía ascender a este «élite» social o política, no podían menos que romanizarse o como los nuevos ricos de las sociedades europeas querían olvidar su origen y emparentarse con los antiguos. No hubo defensores más fervorosos de las tradiciones de Roma que estos bárbaros romanizados a quienes el hallazgo súbito de una cultura tan brillante y vetusta producía el asombro de los advenedizos. Mientras que en la aristocracia propiamente romana de los siglos III y IV hallaríamos la indecisión y el diletantismo de nuestras aristocracias de hoy, la indiferencia y escepticismo de buen tono, en estos hombres recién llegados al Imperio todo es admiración y entusiasmo. Así en el siglo V cuando Alarico ya avanza sobre Roma, es un retórico galo, Rutilio Namanciano, el cantor de las viejas glorias romanas: «Escúchame, madre de los dioses y de los hombres, Roma, admitida como una diosa en los cielos estrellados. El sol que lo ilumina todo no parece lucir más que para ti: en tu imperio se levantan sus corceles, en tu imperio se acuestan. Levanta tu cabeza cargada de coronas, oh Roma, y que la vejez de tu cabeza sagrada se orne aún con ramas verdes.»

Burocratizando el Imperio, entregándolo a una multitud de funcionarios sin ninguna restricción de raza o de familia, Diocleciano disolvía lo que había de romano en la organización del Estado. No existirá más una aristocracia mantenedora de la unidad de la tradición romana. En adelante el Emperador luchará solo contra los bárbaros o se confundirá con ellos. Y el Imperio de Diocleciano podrá ser un gran imperio de Occidente o de Oriente pero ya no es un imperio romano. En el siglo IV la vieja ciudad de los césares se ha convertido en una ciudad de provincia. Maximiano reside en Milán, Diocleciano en Nicomedia.

Esta desromanización del Imperio continúa fatalmente con Constantino. Constantino multiplica la burocracia; crea innume-

rables funcionarios; las diócesis en que Diocleciano había dividido el imperio se fragmentan en nuevas diócesis. Todo porque el Estado necesita ser más vigilante; ha perdido su fuerza de cohesión; para precisarlas necesita distribuir más las responsabilidades. Un Estado tan dividido en el interior y amenazado en el exterior requiere considerables fuerzas militares. La separación del poder civil y del poder militar que la antigua Roma no había conocido, fué también una de las reformas de Diocleciano. Éste, frente a los praeses o gobernadores civiles de las provincias coloca a los duces o gobernadores militares. Los poderes territoriales de los duces son determinados por razones militares y no corresponden necesariamente a la extensión de las provincias o diócesis. La división aumenta y el pago de este ejército tan solicitado en el exterior y en el interior pesa sobre los ciudadanos por medio de crecidos impuestos. Además, para aumentar las filas del ejército es preciso reclutar cada día más bárbaros. En una ocasión Constantino aumenta su milicia palatina con 40 mil godos. Fácil es suponer cómo el viejo y compacto ejército romano degeneraba con esta confusión de elementos extraños en una híbrida gendarmería. Y ya no existe ninguna ley, prejuicio o institución que limite la desenfrenada ambición del bárbaro.

En el orden económico nos hallamos desde Diocleciano con un Estado intervencionista. La continua depreciación de la moneda, cuya ley por la escasez de la plata y el oro era cada vez más impura, produjo en tiempo de Diocleciano una extrema carestía de la vida, que el Emperador quiso remediar por medio de un edicto que fijaba precios a los artículos de consumo y penaba frecuentemente con la pena de muerte a los acaparadores de víveres y a los que vendían a mayor precio que el ordenado. Pero el mal tenía causas profundas: el abandono de los campos a causa de las guerras, las conmociones interiores del Imperio, todas las crisis de que hemos hablado anteriormente, y el edicto cayó en desuetud. Constantino quiso remediar la situación económica con medidas análogas e igualmente arbitrarias, como las que impuso a los dueños de navíos de

viajar un determinado número de veces por cuenta del Estado, trasportando provisiones de los países más ricos del Mediterráneo a los más pobres. Para atender a sus compromisos el Estado necesita acudir a la riqueza privada; forzarla por medio de una legislación coercitiva que podemos leer en el «Código Teodosiano»; los ricos cada día se hacen más astutos y suspicaces y encuentran un complicado formulismo para burlar la ley y prefieren esconder su riqueza antes de exponerla en operaciones industriales de que aprovecharía el Estado. Los agricultores prefieren abandonar sus tierras a los colonos que les dan una renta en dinero o especies, antes de cargar con la responsabilidad—dura responsabilidad en el bajo imperio—de ser propietarios. En tiempos de Constantino se ha desarrollado el Colonato.

IV

LA POLÍTICA DE CONSTANTINO

Un ligero análisis de la política de Constantino nos esclarece la situación por que entonces atravesaba el Imperio. Toda la primera actividad pública de Constantino, desde el año 306 en que se hace proclamar César por sus soldados en el boracum hasta el año 324 en que derrota en Crisipolis a su último rival Licinio, tiende a reaccionar contra el sistema tetrárquico de Diocleciano y a restablecer la monarquía única y universal. Su triunfo contra Megencio en 312 le ha asegurado Italia y el Occidente; su triunfo contra Licinio, el Oriente. Constantino puede ser, pues, monarca único y universal. Pero su triunfo en Occidente no fué sino un triunfo militar: las provincias occidentales estaban devastadas por los bárbaros, despobladas, empobrecidas. En ellas no se puede edificar nada sólido. Y la sede del Imperio no podrá ser ya Roma, ciudad, en medio de un mundo en ruinas. Debe desplazarse hacia Oriente, cuyas provincias son más pobladas, más ricas, menos destruidas por las crisis de los tiempos. Así funda Constantino a Constantinopla. «Pero

trasportar la capital del Imperio al Bósforo—escribe Ferrero—era declarar que la tarea de Roma en Occidente, la última grande obra de la civilización antigua, había terminado y que tiempos nuevos comenzaban.»

En Constantinopla no puede Constantino afirmar, como lo quería, la unidad y continuidad de su imperio. Quizá—influencia del cercano Oriente—empiezan entonces las sangrientas revoluciones de palacio de que Constantinopla será teatro durante tantos siglos. Constantino hace matar a su hijo Crispo y a su mujer Fausta. Y este hombre que desechó la tetarquía de Diocleciano porque buscaba la unidad del imperium, acabó por distribuirlo entre sus tres hijos y un sobrino. «Comprendió que no tenía la autoridad ni las fuerzas necesarias para imponerse a todas las ambiciones de su familia y transmitir el poder a uno solo de sus hijos; prefirió quebrantar el imperio con la ilusión de asegurarle más fácilmente la tranquilidad, satisfaciendo todas las ambiciones rivales que no podía reprimir.» Así después de haber luchado contra la tetarquía volvía a ella, pero en una forma más débil y peligrosa, porque apoyado en el cristianismo no podía como Diocleciano explicar su poder por medio de la divinización del emperador, idea idólatra que hubieran rechazado los cristianos, y su absolutismo no tendría con qué justificarse ni de qué asirse.

V

EL CRISTIANISMO

Hemos nombrado el Cristianismo y veremos de qué manera contribuyó a la disolución del Imperio. Historiadores del siglo XVIII y comienzos del XIX como Raynal y Gibbon han exagerado la influencia que tuvo el Cristianismo en la caída de la civilización antigua; hoy sin negar esta influencia, se admite con Bloch que con o sin el Cristianismo el imperio debía sucumbir. Boissier en su libro «El Fin del Paganismo» intenta disculpar o moderar los cargos generales que se hacen a los cris-

tianos de haber quebrantado con sus enseñanzas toda la firme y férrea unidad que constituía la civilización romana. Así el desdén por los deberes cívicos—como el rechazo de algunas magistraturas como las de curiales o decenviros—no se debe según Boissier a la indiferencia con que la doctrina cristiana miraba los servicios al Estado, sino a lo onerosas y comprometidas que habían llegado a ser estas funciones cuando los funcionarios, por el honor y la altura de sus cargos, debían cubrir los gastos que el Estado no podía atender. Durante la crisis económica del siglo IV ciertas dignidades públicas y municipales constituían para quienes las aceptaban un agobiante tributo. «Un magistrado de población pequeña se creía obligado a dar banquetes y juegos a sus administrados, a pavimentar las calles, a reparar acueductos y templos o a construir otros nuevos a sus expensas. Todos intentaban sustraerse a esas pesadas cargas con algún pretexto honroso. Se suplicaba al Emperador que eximiese, y si se tenían a su lado algunos amigos poderosos se acababa por obtener la exención de los honores públicos (*vacationes munerum*).» Más que la doctrina abstencionista de los cristianos pesaba en este caso la razón económica.

Ni es menos débil para Boissier el argumento de que los cristianos tendieron a la despoblación del imperio predicando la castidad a un mundo ya diezmado por las guerras, el hambre y las pestes, y oponiendo el celibato contra el matrimonio. ¿No atacan el fondo de toda la organización social romana fundada sobre la familia, frases como ésta de Tertuliano: «Dios en la antigua ley decía: «Creced y multiplicaos». Dice en la nueva: «Conteneos y que los que tienen mujeres hagan como si no las tuviesen»? Pequeña parte tuvieron según Boissier estas doctrinas en la despoblación del Imperio, porque la vida monástica no viene a desarrollarse plenamente entre los cristianos sino después de Constantino y tenemos otras causas más próximas como las enumeradas anteriormente. La despoblación era un fenómeno que se observaba en Roma desde antiguo. Ya en la época de Augusto se dan leyes contra los célibes porque entonces como en algunas de nuestras sociedades modernas, el

ideal consistía en vivir solo, sin mujer y sin hijos, sin cargas, sin deberes; situación encantadora que los latinos expresan en una frase difícil de traducir para nosotros: «orbitas, praemia orbitatis».

Pero no puede negarse que el Cristianismo realizó en el vasto cuerpo del imperio una revolución social e ideológica cuya magnitud no podemos precisar bien después de tantos siglos, pero que comprendemos a través de los escritores de la antigüedad: de un San Agustín, de un Tertuliano, de un Orosio.

Y nada más extraño al orden y al espíritu de Roma que el Cristianismo. Vimos antes cómo el viejo politeísmo romano fué una religión nacionalista; se identificaba con Roma y sus empresas, sostenía la división jurídica de ciudadanos y peregrinos y proclamaba la superioridad de Roma sobre los otros pueblos. Era como diríamos hoy un culto imperialista. Afirmando que todos los hombres eran hijos del mismo Dios e iguales ante él, el Cristianismo destruía hasta en sus fundamentos el gobierno aristocrático y el principio de desigualdad en que reposaba el estado romano. El sentimiento de patria y de nacionalidad tan firme en el viejo politeísmo aparece quebrantado entre los cristianos para quienes la patria no está aquí abajo, en Roma, en el Imperio, sino en una Jerusalén celeste. Así para el cristiano no es ya un deber servir al estado, aceptar los cargos y los honores públicos si estas funciones le impiden su perfeccionamiento espiritual. Escritores como Tertuliano llegan a hacer un principio de esta abstención de las funciones públicas. Naturaleza ardorosa y llena de escrúpulos, en su deseo de perfeccionamiento, la religión de Tertuliano conduce a una especie de nihilismo e inercia total para todo lo que no se refiera a la conquista del cielo. El cristiano no puede ser comerciante «puesto que el comercio se basa en la avidez y la codicia y el negociante para enriquecerse necesita engañar y mentir». No puede ser arquitecto porque tendría que construir y reparar los templos de los dioses. Artista—pintor o escultor—porque para vender sus obras necesitaría reproducir los personajes o escenas de la mitología que eran los más solicitados. Maestro de

escuela, porque se vería obligado a explicar a los niños libros llenos de fábulas, a enseñarles la historia, los atributos y la genealogía de los dioses.

Fácil es imaginar cómo en un estado necesitado de hombres y ciudadanos útiles, estas ideas le restaban muchos elementos al Imperio. Son hombres que abandonan sus oficios, sus bienes materiales para entregarse al ayuno y la pobreza. Un antiguo romano no podía sentir por ellos sino el desagrado del retórico Rutilio. «Estas personas—dice Rutilio—se privan de las ventajas de la fortuna para evitar sus rigores. ¿Es razonable hacerse desgraciado a sí mismo por el miedo de llegar a serlo? ¡Qué estúpida rabia de un cerebro desquiciado no poder sufrir el bien por el temor del mal! Y a la presencia de «un hombre rico, de buena casa, que ha abandonado sus deberes de ciudadano, sus amigos, su familia, su esposa, para entregarse al nuevo culto «para enterrarse vivo», exclama: «Desgraciado, piensa que el cielo se complace en el espectáculo de esos seres sucios; tiene gusto en atormentarse a sí mismo, más cruel que los dioses ofendidos. Esta secta, os lo pregunto, ¿no tiene venenos peores que Circe? Circe no cambiaba más que los cuerpos, ahora se cambian las almas.»

Muchos cristianos, porque en el Evangelio se predicaban la paz y el amor entre todos los hombres, se niegan a prestar el servicio militar y a combatir contra los bárbaros. En tiempo de Diocleciano se condena a muerte a Maximiliano, un fanático que se escudaba en la religión para no alistarse en el Ejército. Después San Agustín, espíritu flexible, formula en el siglo V su teoría sobre las guerras justas y sobre las condiciones en que un cristiano puede entrar en la guerra.

Ni era menos grave la desertión que el cristianismo producía entre las clases más elevadas e instruídas de la sociedad restándole gobernadores como Paulino de Nola, profesores como San Agustín, abogados como Prudencio. Esto coincide con la decadencia de la cultura antigua, que repitiéndose incesantemente de generación en generación a través de los maestros de Retórica, había perdido en el siglo IV toda novedad:

no representaba nada ante las grandes crisis de la época; la enseñanza era exclusivamente literaria y el paganismo no daba ya escritores que interpretaran su tiempo como lo hicieron en lo antiguo Cicerón o Lucrecio. Cultura estancada compuesta de fórmulas para escribir versos o discursos: la agitación de la época parecía detenerse en las puertas de las escuelas de Retórica. Los grandes espíritus apasionados poseídos de una misión propia y avasallante como San Agustín y San Ambrosio, tenían que rebelarse contra esa cultura. Y en el cristianismo, en cambio, cuántos tesoros desconocidos se les ofrecían. La sorpresa de un mundo y una religión nueva; nuevos conceptos de vida y de justicia que no tenían equivalentes en la Literatura antigua, el lenguaje tempestuoso de un San Pablo, la gracia primitiva y sencilla de los Evangelios. Son los espíritus más valerosos, más audaces, aquellos de quienes se podía esperar más, los que desertan. En el paganismo se quedan los tímidos, los tradicionalistas, aquellos a quienes basta seguir imitando a Horacio.

Y el Cristianismo ha realizado una firme y recia selección con las persecuciones. Se ha templado en ellas y ha adquirido la disciplina y la unidad que le faltaban al Imperio. Será otro Imperio dentro del Imperio.

Constantino pensó aprovecharse del Cristianismo como instrumento de gobierno y unidad política. «Pero el Cristianismo—dice Ferrero—no era una religión que pudiese servir de elemento político en las manos del Estado como las diferentes religiones paganas. Tenía una moral y una doctrina independientes que ningún estado podía modificar para sus fines políticos. Constantino no tardó en advertir esto cuando las herejías largo tiempo limitadas por las persecuciones, estallan como una fuerza destructiva de la paz y el orden, tan pronto como el cristianismo introdujo una nueva fuerza disolvente: las disputas teológicas. La historia de la gran herejía arriana es la prueba de ello.»

Pero—agregamos nosotros—si el Cristianismo por la nueva concepción de la vida que traía al mundo fué una de las fuerzas

que desquiciaron la civilización antigua, también fué lo que preparó al Occidente europeo para una nueva edad. Es la única luz que brilla en el espantoso caos en que se convierte la Europa después del siglo V. Por el Cristianismo el mundo bárbaro volverá a encontrar después de muchos tanteos, luchas de pueblos y de razas, el camino de la unidad. En la iglesia organizada como un estado desde el siglo IV, renacerán adaptadas a los nuevos tiempos algunas de las instituciones de disciplina y unidad del viejo imperio romano. Es la Iglesia con sus monjes la que guarda en medio de este desconcierto la cultura antigua. Ella es el poder espiritual que refrena a los bárbaros. Es la nueva Roma que une y organiza a los pueblos más diversos. Ha creado una literatura, una filosofía, y ellas serán el alimento intelectual de Europa hasta que hombres como Tomás de Aquino y Dante Alighieri realicen la síntesis de dos mundos. Y desde el siglo XIII la civilización reconstituída continúe andando.

VI

EL FIN DEL IMPERIO

Todas estas causas de disolución de que hemos hablado anteriormente no hacen sino acrecentarse después de la muerte de Constantino. En el siglo IV—dice Lavissee—«la sociedad se desorganiza y el gobierno hace los más grandes esfuerzos por retener a cada uno en su lugar, al curial en la curia, al colono en el colonato, al obrero en su ocupación». Constantino y sus sucesores han querido establecer un gobierno absoluto y unitario, cuando ya estaban destruídas las bases y los principios que en la vieja sociedad pudieran sostenerlo. La numerosa burocracia del bajo imperio no es sino la manifestación de debilidad de un estado que, temeroso de caer, redobla su vigilancia, reparte las funciones públicas, complica la administración como creándose obstáculos y defensas. Pero el mantenimiento de esa burocracia, del Ejército, de la corte fastuosa de que el

Emperador se rodea como para imponer más los atributos de su autoridad, gravita sobre el pueblo por medio de impuestos cada día más pesados. Desde el siglo IV el Imperio atraviesa por una horrible crisis fiscal. Impuestos como el de la anona obligan a ciertas provincias a entregar al Estado determinada cantidad de provisiones que éste reparte; la jugatio y la capitatio son tributos que pesan sobre los agricultores y aún sobre los pequeños propietarios. Los cargos municipales que antes fueron un honor que se repartía entre los patricios y clases acomodadas, constituyen para quienes los aceptan en el siglo IV el más agobiante tributo, porque corresponde a los curiales recoger la contribución de las ciudades; estas están agotadas, la ley señala el impuesto invariable que corresponde a cada ciudad y los curiales o las expolian y saquean arrastrando el odio público, o se ven forzados a sacrificar su propio peculio para responder. Como algunos rechazan estos cargos se les obliga por medio de leyes coercitivas. Un gran estado ocioso, un gran estado que necesita mantener «la fidelidad de un ejército híbrido y desmoralizado por medio de constantes donativos y gratificaciones a los oficiales y soldados; alimentar y divertir al populacho de dos capitales, sostener dos cortes suntuosas y a veces más de dos», acude para todo a los pocos hombres que en el Imperio producen. Estos escasean porque muchos propietarios prefieren abandonar sus tierras antes que entregarlas a la expoliación de los recaudadores. Tantos son a comienzos del siglo V que un edicto de Honorio castiga severamente a los agricultores que desertan de sus campos. Frente a estas clases explotadas—agricultores, trabajadores del campo y de la ciudad, artesanos—existen clases privilegiadas que han crecido en la burocracia y la corte aparatosa del bajo imperio: los senadores, el ejército, los profesores de Gramática y Elocuencia, los numerosos funcionarios de la Casa Real, están exentos del impuesto.

Como un gran cáncer se extiende la disolución por todas partes. El ejército cada día debe aumentar sus contingentes bárbaros porque no es en las ciudades más civilizadas del imperio, en el populacho enervado por los juegos del circo,

donde se pueden buscar los más aguerridos soldados. Las luchas religiosas—terrible elemento de discordia interior—recrudecen después de Valentiniano, cuando Teodosio persigue al paganismo y a las sectas cristianas disidentes. El tibio paganismo de la aristocracia romana parece renacer con sus desgracias: los reveses que sufre el imperio son para estos paganos la venganza que toman los dioses ofendidos. Se niegan a servir con estos emperadores que no escuchan los mandatos de los dioses. El poeta Claudiano se hace el intérprete del odio que el viejo paganismo romano sentía por Constantinopla, por esa corte híbrida del bajo imperio que ya no representa ninguna tradición religiosa o política: «Todos los prodigios han sido superados—dice en su poema contra Eutropio—; un eunuco es cónsul. ¡Que el cielo y la tierra se enciendan de vergüenza! Esta vieja bruja disfrazada de hombre se muestra en las calles cubierta con la toga, y deshonor el año que va a llevar su nombre. Oh, nobles bizantinos, oh, romanos de Grecia, pueblo digno de tu Senado; Senado digno de tu Cónsul.» La comunidad cristiana cuya firme unidad pensó Constantino aprovechar para reconstituir la vacilante unidad del Imperio, también se debate en la discordia: han nacido las herejías, arrianismo, priscilianismo que convierten las luchas religiosas en apasionadas guerras civiles. Cada secta quiere prevalecer. Teodosio impone a todo el Imperio la doctrina homusiana, y en Teodosio—escribe Oncken—el mundo conocerá por primera vez la intolerancia religiosa española.

La vida monástica se ha desarrollado también en el siglo IV y es la tristeza de los tiempos, la agitación de un mundo desgarrado, en perpetua zozobra, lo que ha conducido a la soledad a grandes espíritus como San Jerónimo o San Paulino de Nola.

Así empieza el siglo V. Son entonces los soldados bárbaros que el Imperio tiene a sueldo, su más firme y segura defensa. Los bárbaros también han dado al imperio su último grande hombre de estado: Estilicón. Pero el débil emperador Honorio lo ha sacrificado a sus temores y a la envidia de sus cortesanos.

nos. Con Estilicón ha perecido el último gran general romano. Y en 410 las huestes de Alarico se pasean sin obstáculos por Italia. Toman por asalto a Roma, la entregan a la destrucción y al pillaje.

Han comenzado las grandes irrupciones bárbaras. Desde 410 hasta 476 «una sucesión de emperadores sin poder, creados por los bárbaros o por el Senado, pretenden mantener la existencia nominal del imperio de Occidente. Rómulo Augústulo, el último de aquellos fantasmas, fué expulsado en 476 por Odoacro, quien proclamado rey de Italia por los bárbaros confederados, envió los ornamentos imperiales al emperador de Constantinopla, pidiéndole el título de patricio». Así concluyó el imperio de Occidente.

VII

EL DESTINO DE LA CULTURA ANTIGUA

De toda esta cultura antigua—griega y latina—, la de Homero y la de Sócrates, la de Virgilio y la de Cicerón que había mantenido al Occidente europeo por más de doce siglos, no todo va a perecer bajo la confusión bárbara. Para los habitantes de Roma la destrucción de la ciudad por Alarico, produjo un desasosiego irreparable. Desde antiguo se llamaba a Roma «la ciudad eterna» y hasta en los documentos oficiales de esta época, en las leyes y decretos de los emperadores, no se le designa sino con este apodo glorioso. Para los paganos los dioses velaban por la ciudad y el poeta Claudiano, el más autorizado intérprete del paganismo en el V siglo había escrito que la dominación romana no tendría término. Hasta los escritores cristianos como San Jerónimo que frecuentemente habían maldecido a Roma por su voluptuosidad, su afición a los juegos sangrientos, su indiferencia religiosa, se sienten conmovidos, y desde su retiro de Belén, San Jerónimo escribe en su comentario al profeta Ezequías: «La antorcha del mundo se ha extinguido y en una sola ciudad que se derrumba es el género

humano que perece.» Hay pues en los espíritus un pesimismo tan inconsolable, cuanto era de imprudente su fe anterior en los destinos de la civilización romana. San Jerónimo comentando a los profetas hebreos—a Ezequías y Jeremías, los predicadores de la muerte—es un buen representante de esta época.

Sin embargo en estos mismos días San Agustín y un discípulo de San Agustín, Pablo Orosio, escribían dos libros que vale la pena comentar porque revelan una actitud diferente y anticipan la transformación que sufriría el mundo. A ese mundo desengañado que se deja morir sin fe en nada, San Agustín le abre una esperanza en «la ciudad de Dios». Quiere que el mundo ya no se divida en romanos y bárbaros sino en fieles y en infieles. El mundo ha estado esperando el reino de Cristo: hasta en los filósofos griegos como Platón late esta inquietud, se columbra en la lejanía esta dulce esperanza, y el mundo aún no puede morir. Para San Agustín en Roma no ha acontecido más que lo que aconteció en las guerras de los pueblos antiguos. Su vasto libro no es tan sólo un comentario de la doctrina cristiana, sino una especie de enciclopedia de las cuestiones de su tiempo. Para probar su tesis acude hasta los escritores paganos, a Platón de quien dice «que la fuerza de su genio lo elevó de la inteligencia de las obras visibles de Dios a la de las grandezas invisibles». Parece anticiparse así a esa síntesis de dos ideas opuestas—la filosofía pagana y el cristianismo—en que trabajará la Edad Media y que concluirá la Edad Moderna. En cuanto a Pablo Orosio su tesis se puede resumir en que no hay que desesperanzarse: que el mundo y hasta la misma Roma han sufrido desgracias más terribles que las actuales, y no por eso han dejado de vivir. Recorre la historia universal y enumera en una mezcla confusa de verdad y mitología todas las calamidades de que se tiene noticia, para probar su argumento. «Lo que hace resaltar esta compilación de Pablo Orosio—escribe Boissier—, lo que le da, a pesar de sus debilidades, una gran importancia, es que es el primer ensayo de una historia que no se encierra en los límites de una nación y com-

prende la humanidad entera; es que trata de desprender de la serie de los acontecimientos la ley que los rige y los explica.»

En todo caso, y es lo importante para nosotros, no desaparece en este instante de ruina y de confusión el sentimiento de la continuidad histórica.

Dr. Carlos A. Piper

Sobre el arte alemán

Hamburgo,



L arte alemán le cupo la suerte de no desarrollarse al compás de la historia política de Alemania. Otros pueblos más felices tuvieron la suerte de que su grandeza histórica y su florecimiento cultural apareciesen indisolublemente unidos en la memoria de la posteridad. Sófocles y Fidias son inseparables de Pericles y al construirse el Partenón había llegado el Estado libre de Atica a la cumbre de su poderío. Shakespeare absorbió totalmente el ambiente de la época de Isabel—Inglaterra estaba en los umbrales de la hegemonía europea—y no podemos concebir la tragedia clásica francesa separada del sol de Versalles. Esta reciprocidad falta en Alemania. Por el contrario, el desenvolvimiento político y cultural van a menudo bajo tan mala estrella, que a veces hasta la existencia del arte parece amenazada casi por completo. Pero el haber sabido salir vencedor de todos estos contratiempos y reveses prueba la fuerza del genio creador que alienta en el pueblo alemán. Al llegar triunfante el gótico desde el oeste al este hasta el Rin y más allá del Rin, la grandeza del antiguo imperio estaba a punto de hundirse y por primera vez tuvieron que doblegarse las esperanzas atrevidas bajo la necesidad del tiempo. Al alzarse el genio de Alberto Durero en la pintura alemana, genio que no tenía por qué palidecer ante

los grandes maestros del renacimiento italiano, ya había dividido la reforma en dos partes al pueblo alemán y la vida más íntima de nuestro pueblo buscaba una adecuada expresión artística en el mundo de la música. Bajo cuán desastrosas condiciones políticas la poesía de nuestros clásicos supo abrir camino a la fuerza purificadora del idealismo hacia una elevada humanidad, es cosa harto sabida. Los últimos acontecimientos desastrosos de nuestra vida política, la guerra mundial y la revolución, han herido al arte alemán en un punto de su desenvolvimiento, en el que los dos momentos, que en otras circunstancias acaso hubieran sido maestros severos pero fructíferos, lo han minado en su fundamento. ¿Cómo estaban las cosas? Alemania había sufrido voluntariamente la influencia del impresionismo. Por primera vez en el desenvolvimiento del arte alemán se hizo patente el influjo de la gran ciudad y su población, mezcla de razas diversas. El comercio de las obras de arte y la literatura artística se impusieron, llegando a ser tan radical bajo su influencia la acogía dispensada al impresionismo que una buena parte del genio alemán se perdió en el empeño—fenómeno tanto más lamentable cuanto que poco tiempo antes se había realizado un beneficioso contacto entre Leibl y Courbet, en el cual se afirmó el carácter alemán. Aquella reciprocidad fué la que dió a las obras de Leibl y a su escuela el primer puesto en la pintura alemana del siglo XIX, llevando el acento en esto la palabra «pintura». La tradicional tendencia de los alemanes dirigida a la forma—tendencia que siempre de nuevo hizo peregrinar a sus artistas por los Alpes hacia Italia,—otra vez se personificó casi simultáneamente en la actividad de Feuerbach y la titánica lucha de Hans von Marées. El impresionismo no representaba una conciliación de este contraste, contraste que ha sido siempre la nota característica del arte alemán. Lo que hizo fué relegarle, por corto espacio de tiempo, al segundo lugar. Pero el genio alemán no podía resignarse para siempre con aquella idea fundamental del impresionismo, es decir, con su intuición monístico-pasiva del mundo. El simple vivir terrenal, la delectación a costa del mundo de

los fenómenos, la fácil y cómoda adaptación a una vida atomística, momentos éstos que dan el tono a la última corriente artística de Europa, son profundamente extraños al ser alemán. La reacción por lo tanto no podía hacerse esperar. El idealismo germánico se alzó frente a la sensualidad del impresionismo y buscó nuevamente cómo interpretar simbólicamente el mundo. El péndulo del compás artístico oscilaba violentamente hacia el otro lado y al refinamiento del último período se oponía un pronunciado primitivismo. Delicadeza de matices, depuración de valores, cedían el sitio al simple colorido, que alegaba sus derechos a la existencia confiando en una fuerza interior de agitación extrema y efervescencia de alma. Allegáronse modelos en un mismo instante de todos los lugares y de todas las épocas. Coincidiendo con el renacimiento, con la plástica de la edad media alemana, que sólo a la curiosa generación de nuestra época ha revelado por completo su verdadero ser, se realizó una importación en grande escala de arte exótico, y un sin número de pintores buscaron contacto inmediato en los mismos sitios y ciudades con las culturas extranjeras. Por entonces el filósofo conde de Keyserling lleva a cabo un viaje alrededor del mundo y la ciencia del espíritu bien hallada dondequiera se trata de ahondar en un conocimiento, por medio de la visión directa de las cosas, echó raíces en otras tierras y bajo otros cielos. En el momento culminante de esta revolución espiritual que no fué propiamente sino un diálogo del espíritu alemán consigo mismo—los pueblos latinos a pesar del futurismo y del cubismo han percibido apenas la profundidad de esta fermentación—en dicho momento sobreviene la tremenda catástrofe de la guerra perdida y de una media revolución. Valores de un orden simplemente espiritual adquieren significación política y el primitivismo que en sí parecía querer representar una actitud de aislamiento, pasa a ser expresión de una voluntad revolucionaria. Ante los ojos mismos del pueblo alemán se desarrolla la espantosa tragedia de Rusia y aunque todas las fuerzas conservadoras del Estado se oponen en un supremo esfuerzo al empuje del oriente, es inevitable que una ola impe-

tuosa de sentimientos nihilistas inunde a Alemania haciendo especial estrago entre los artistas, en primer término, en su juventud. El frenesí se apoderó de los hombres convirtiéndose el diálogo de la tragedia en un solo grito. Ya no se trataba de sacar a escena algunos personajes sino que la humanidad entera debía expresar simbólicamente sus tormentas por medio de figuras representativas. Pero esta figuración hizo abstracción de todas las leyes estáticas del mundo visible. Ahora se trataba de fijar sobre el lienzo en confusión caótica lo que en una sucesión no menos caótica agitó el alma desequilibrada. Lo más grave era en este desbarajuste postrevolucionario que corría el riesgo de perderse lo mejor y más precioso, es decir, la técnica artística. Pero en tanto iban tranquilizándose los espíritus—apaciguamiento al que no contribuyó menos el hecho de que los más prestigiosos artistas de la generación vieja como Liebermann, Corinth y Slevogt seguían su camino sin vacilar. Hoy día por todas partes se acusa la tendencia de hacer valer de nuevo el poder técnico reanudando las antiguas tradiciones. Es una época de retraimiento artístico la que experimentamos en nuestros días y si el arte alemán no tiene en su haber grandes hechos creadores bajo el doble peso de la adversidad del tiempo, esta suerte es compartida por todo el arte de Europa. Así como la guerra mundial no ha sido aún trasladada al lienzo, del mismo modo nada ha brotado de su simiente que nos permita abrigar fundadas esperanzas en una posibilidad de florecimiento de la plástica. Esta parece ser la suerte común.

El centro de gravedad de la producción artística en Alemania no se apoya de ningún modo en el arte puro, que a veces se ha dado también en llamar Gran Arte, sino al contrario en el arte aplicado, es decir, arte industrial. En este campo no hay apenas quien pueda entrar en competencia con Alemania. Pasada una época de varios experimentos de estilo se volvió a reanudar con la forma de la técnica la buena tradición, sin caer en una arcaización esquemática. En el dominio de la porcelana, del arte del mobiliario, de las diversas técnicas de metal, de los tejidos a mano etc., etc., por todas partes brotan nuevas

fuerzas creadoras. La «Junta del trabajo alemán» («Deutscher Werkbund») es una institución que se ha tomado por modelo bajo múltiples aspectos en otros países. Una exposición moderna del trabajo artístico excluyendo a Alemania—esto se puede deducir sin exageración—ofrecería una idea completamente falsa, supuesto que en ella no ha de dar el tono solamente la moda, sino que sabe decir la calidad del material y la nobleza de la forma.

Bizarrias de Antaño

II

AL llegar a este punto de las memorias que voy escribiendo me asalta un temor y me pregunto si ellas tendrán algún interés para los demás, si así no estaré demostrando una gran petulancia al creer que mi vida literaria puede ser digna de llamar la atención de las gentes. Quedo en suspenso unos minutos; pero continúo después de haber meditado y escuchado la voz interior que me aconseja seguir.— ¿Estás tú muy seguro—me ha dicho— que por modesta que haya sido tu actividad, no tendrá ella alguna importancia el día de mañana? El Destino quiso que llegaras en el punto y hora necesarios para ser en tu pequeña república lo que ninguno fuera antes que tú; que tú hiciste en la lirica nacional lo que ningún otro había hecho anteriormente. ¿Entonces no se han de saber las rudas batallas que peleaste, las invectivas que sufriste, ni tus amarguras, tus desalientos, tus energías por tu ideal artístico? Además piensa que todo ello ha de redundar en honra y prestigio de tus Islas, que si ya ilustraron al país con tantos talentos y contribuyeron a sus glorias guerreras, no le habían dado todavía un cantor de lira. Evita en cuanto sea posible otro pensamiento. No temas escandalizar a tus contemporáneos. Fija la vista más allá...

* * *

De vuelta Cabrera a Santiago me escribía con alguna frecuencia. Con mayor yo le instaba para que me enviase libros y revistas de los correos que recibía del extranjero. Y comenzaron a llegarme algunos del Salvador, *La Pluma* de Arturo Ambrogí, que me encantaba; tal cual número de *La Revue Bleu*. Yo no leía, devoraba en mi apartamiento araucano; veía como a través de un esfumino mi camino de Damasco. Releí *Los Trabajadores del Mar*, y encontré un Hugo distinto del que había conocido en mi Isla, un sentido nuevo magnífico. Después vino Poe que me produjo un efecto que hoy mismo me es imposible analizarlo. Escribí entonces más de un cuento demoníaco y abracadabrante, ensayando, así como yo lo entendía, la prosa modernista, la palabra de noble prosapia y las nuevas elegancias. Mi verso, poco cuidado antes, traté de ductilizarlo y hacerlo suave y obediente. Mi gimnasia mental era cotidiana.

En esta búsqueda de mí mismo andaba cuando apareció *La Ley* en Santiago. Ciertamente, nunca pensé al leer los primeros números que tanta influencia hubiera de tener en mi vida este diario. Solicité de Palazuelos, inmediatamente, ser su corresponsal. A vuelta de correo tuve su beneplácito y una carta de Cabrera en la que me decía que también podía enviar colaboraciones literarias, prosa y verso. Vi mi campo abierto. Por fin podría yo salir de la oscuridad en que vivía y lanzarme a la conquista de nombre y fama, sin pararme un punto a considerar la magnitud de la empresa ni la debilidad de mi armadura, que las heridas que en esta conquista se reciben son las más dolorosas, que no hay nadie que compasivo las restañe y que nunca acaban de cicatrizar, ni aún con el trascurso del tiempo.

Es innegable la influencia que, desde el primer día de su aparición, ejerció *La Ley* en todos los departamentos de la actividad nacional. Esta hoja da en Chile el concepto moderno,

nuevo, del diarismo: variada, vibrante, con sus artículos de índole diversa, ágiles y ligeros aún en las materias más áridas. Por primera vez se adunan a la valentía de expresión, a la rotundidad de la frase, la ironía y la gracia, el buen humor y el fustazo. No sólo da cuenta de la vida de la Metrópoli, si que también viene pléfrica con la de provincias, a las que dedica atención preferente, por tal manera que puede decirse entonces que *La Ley* no es sólo portavoz del partido radical sino del país entero. Y por la atención que dispensó a la producción mental, por su protección eficaz a las letras y a las artes, ella fué indudablemente un factor importantísimo, si no el primero, en el renacimiento artístico y literario de Chile.

Pronto *La Ley* publicó poesías de González, de Dublé Urrutía y las que yo enviaba. Mis prosas literarias se alternaban con las de Tatín (Benjamín Vicuña Subercaseaux), A. de Géry (Emilio Rodríguez Mendoza), Oliverio Bertin (Angel C. Espejo) y Pedro O. Sánchez, médico, Cito sólo a aquellos que tenían para mí un mayor atractivo. Naturalmente el tema de mis versos era el amor, y al estilo provenzal, es decir a una mujer que no existía sino en mi ardorosa imaginación; pero también un amor viril, no de ese almibarado y empalagoso de los aguachirles de aquel tiempo. Mi verso ya se había hecho fácil y había adquirido cierta nobleza de expresión. Ved el principio de una titulada «Ella»:

Ella es la estrella de la noche oscura,
de esta noche sin fin de mis pesares.
¡Qué espléndida fulgura!
Ella me guía en los revueltos mares,
los que surca la barca de mi vida.

Qué me importa que rujá y que se encrespe,
que amenace atrevida
la ola gigantesca que serpea
con el penacho de la blanca espuma,

si de la entraña de las ondas verdes,
flotando entre la bruma,
radiante surge Venus Cíterea?...

* * *

A fines del 94 hago la suma de mi labor y puedo decir con íntimo regocijo: No he perdido el año. De mis prosas publicadas recuerdo la que lleva por epígrafe «Un Poeta», manifestación admirativa y cariñosa a Pedro Antonio González, la primera que él leyera en letras de imprenta, como él mismo decía después. Mi producción lírica ya tiene, desde entonces cada vez más, su sabor característico. Busco de preferencia los ritmos más armoniosos y las palabras más bellas o raras y relucientes como medallas nuevas. «Literatura Extranjera» de Gómez Carrillo me había dado noticias de los rumbos novísimos de los poetas de París de Francia. Así quedó decidida mi orientación: sería un *modernista* y haría en Chile lo que Darío y Lugones en la Argentina, y en el Perú Chocano, para no nombrar sino a los vecinos. A poco rato oí por primera vez la palabra de mofa y el ladrido feroz: ¡*Decadente!* ¡Cuántos años tendría que seguir oyéndola y siempre con creciente intensidad, con odio creciente!

En Enero de 1895 vi al famoso Novelli representar el «Otelo», en Concepción. Mi entusiasmo maravillado se tradujo en un ditirambo en «La Ley». Novelli lo agradeció telegráficamente.

Tuve por este tiempo un amigo en Los Angeles, joven apasionado de los versos, ánimo varonil y espíritu recto, estudiante que se complacía en buscarme en sus vacaciones para decirme cosas propicias a mi arte y para el advenimiento de la lírica nueva: Domingo Contreras Gómez, el único angelino que me deparara la suerte, devoto del Musageta y cuyos labios en un tiempo bebieron en la dulce Castalia. El me invitó a un paseo al fundo de unos sus primos, que estaba pasado el pequeño Rarínco. Estuve una semana deliciosa en amable compañía. La hora de mayor encanto para mí era la de la noche. cuan-

do en un montículo de paja, en pleno campo, la primita y las hermanitas de mi amigo daban, bajo el resplandor del cielo estrellado y de la luna azul de plata. las voces cristalinas y seductoras en canciones y romanzas de amor y de melancolía. En esta heredad campesina hice la que titulé «A mi Hada Lili»:

Hada rubia de bucles sedenos,
tú que duermes envuelta entre tules
en connubio feliz con los sueños
en los prados de flores azules.

Tú que escuchas el ritmo gigante
de las arpas del bosque sombrío,
vuela presto en el carro brillante
a calmar del poeta el hastío.

En el carro de ruedas de oro
que fustigan los genios con alas,
vuela rauda a esparcir el tesoro
de tu amor, tu hermosura y tus galas.

Delirante y enfermo te espera
con el himno sagrado en la boca,
porque siente que ruge la fiera
que a combate mortal le provoca.

Que recline sus pálidas sienes
en tus mórbidos pechos turgentes,
que vislumbre rosados edenes
al mirar tus pupilas fulgentes.

Que respire el perfume del nardo
en tus bucles rizados y rubios,
que mitigue sus penas el bardo,
que se embriague en los áureos efluvios.

Que en tus labios color de la guinda
la libélula errante del beso
melancólica y bella se rinda
esperando otro labio cerezo.

Y pulsando la lira sonora,
la de cuerdas de rayos de estrella,
canta el himno coral de la aurora
con las rimas triunfantes y bellas.

Y verás cómo al pálido bardo
al sentir en su labio otro labio,
al beber el perfume del nardo
presto olvida el recóndito agravio.

* * *

Como puede verse en mi «Campo Lírico» en el cual está incluida, tiene nueve estrofas todas fantasía e ingenuidad. Vió la luz por primera vez en «La Ley» y lleva al pie de la firma el nombre del lugar en que había sido hecha; «En el Mirador de Curanadú, Febrero de 1895». Una semana después de publicada, aparecía en el mismo diario, en el número del 4 de Marzo, una parodia burlesca que hizo las delicias del cretinismo enemigo, de la ciudad araucana y de los pehuenches santiaguinos. Tiene por título «A mi Hada Cocó.—A un poeta *decadente* con motivo de su Lili. La firma Ocvio Val. Palomar de Copequén, Marzo del 95.»

Apuré mi ruibarbo aquel día y me fortifiqué en mi orgulloso desdén y en el propósito de ser uno nuevo. Supe después el verdadero nombre de mi burlador. Hoy que cayó para siempre en la nada tengo para él un piadoso olvido. Las amarguras de un día, las acideces que nos dieron enemigos gratuitos, suelen cambiarse con el tiempo en mieles sabrosas. Pero cómo me acuerdo de la explosión. Recibí muchos anónimos, desde el hipócrita que me aconsejaba que no escribiera porque no

tenía yo un adarme de talento, hasta el desembozadamente perverso, lleno de insultos soeces que declaraban bien la leche de verdulera en que se había amamantado el infeliz. Era para mí del todo incomprensible, como todavía hoy lo es, que se levantara a mi paso tal montaña de ataques por decir en verso cosas inocentes, infantiles, como si hubiese perpetrado una iniquidad. Mucho me descorazoné en un principio en la soledad en que vivía. ¡Ah! con qué odiosa figura se me presenta aún la del grave señor provinciano que se pavonea porque ha hecho dinero destripando terrones, iletrado e idiota, y se burla del arte y del ensueño entre una sonrisa y un regüeldo! ¡Y cuán inmisericordes son todas esas pequeñas sociedades rurales para los que demuestran alguna clase de superioridad mental! Hasta en una mujer odian la belleza y la calumnian.

En verdad, en verdad, os digo, que no son débiles los torcedores que a los veinte años se experimentan cuando, soñando con la gloria, se emprende el camino y a los primeros pasos se siente en carne viva la mordedura, la fría encía del áspid. El desconocimiento burlón de los que me rodeaban no me importaba tanto como el ataque de la metrópoli, en donde yo creía que una cultura superior traía aparejada, si no la benevolencia, la tolerancia para el intento inocuo. Lanzado el primer guijarro siguieron otros. Muchas largas y severas orejas se asomaron por entre las columnas de la prensa. Pero no me resigné a morir lapidado como San Esteban y me decidí a acallar a fustazo limpio la horrisona comparsa del rebuzno. Aproveché la oportunidad que me daba un artículo que con el título «Los DECADENTES americanos» publicó en «La Ley» un señor J. E. Moreno. En el mismo diario se dió a luz mi réplica *que puede ser considerada como el primer manifiesto que de las tendencias modernistas se viera en Chile*. Copio:

PROTESTA

Quieren que la idea vista siempre harapos; desdeñan la vestidura espléndida que la hermosea como una reina.

¡Eh! ¿Para qué la expresión rotunda, que tiene reflejos de iris, cabrillante, que hiere como a chispazos, que tiene el ritmo de un pentagrama?

Y a los partidarios del arte nuevo les llaman *decadentes*, corruptores del idioma, revolucionarios y demagogos.

Los burgueses literarios siempre temen las revoluciones provechosas, aquellas que obligan a dar un paso adelante en el sendero del arte.

Han sido los enemigos de toda buena innovación.

Ellos fueron los adversarios de aquellos que quebrantaron la coyunda de reglas arbitrarias, de los que se levantaron contra el despótico reinado de las antiguas tradiciones artísticas; ellos fueron los enemigos de aquellos que señalaron nuevos derroteros e imprimieron nuevos rumbos a las literaturas, de los que dieron a luz obras portentosas que vivirán en el espacio y en el tiempo porque llevan el sello de lo grande. Ellos, los burgueses literarios, fueron los enemigos de aquellos que no siguieron las viejas reglas aristotélicas, gastadas por lo viejas, arbitrarias e ilógicas; de los que protestaron contra una estética convencional y se atrevieron a proclamar los derechos, burlados antes, si no desconocidos, de la gran naturaleza; de los que defendieron la imaginación genitora que fué ritmo en la lira de los grandes trovadores, que animó los mármoles de Carrara, que recogió los efluvios de luz y los dejó para siempre en los lienzos de los grandes pintores.

Los románticos que enriquecieron los idiomas con nuevas, elegantes y necesarias dicciones, que los hicieron flexibles y dúctiles, que formaron una brillante constelación en el cielo del arte, tuvieron que sufrir de la vieja burguesía el ataque duro e injustificado, al son de las fanfarrias de Aristarcos de voz cascada. ¡Y cómo no habían de alarmarse los buenos señores contra los que se apartaron de los caminos que siguieron los aristotélicos poetas de la centuria clásica, contra los que no acataron el areópago de Boileau, Corneille, Racine, Voltaire...!

Y ahora en las postrimerías de este siglo, también se ataca rudamente a los que proclaman la libertad en el arte.

¿Que no se sujetan a reglas?

La inspiración es libérrima, es soberana, no debe encadenarse. Las reglas son para la inspiración como la túnica de Neso; las reglas, plomo que oprime las alas tornasoles, que impide remontarse al eterno azul... Dejad que la inspiración vuele por los espacios inconmensurables, libre como el viento, y os traerá música y colores en apoteosis radiosa.

Dejadnos hacer a nosotros, dejadnos hacer en paz la túnica chispeante de pedrería, de reflejos y cambiantes irisados; dejadnos tejer en paz la túnica de brocado regio, de hilos de oro y argento, que también brilla y espejea por modo magnífico y... vosotros continuad, si queréis, tartamudeando como viejos valedurarios.

Y no creáis que amamos solamente la palabra, que somos idólatras de la forma. Hay cien testimonios que afirman con elocuencia abrumadora que amamos la idea grande, robusta, el fondo conceptuoso. Y en poesía no adoramos, por más que se diga, la que sólo se baña en la fuente Castalia. Nuestra poesía es eminentemente subjetiva, psicológica, satisface todas las aspiraciones, está en concordancia con los gustos y exigencias de esta centuria; sube hasta los zodiacos áureos o desciende a las oscuras regiones de la reflexión a alumbrarlas con torrentosos esfluvios, siempre poderosa para cantar las delicias y bellezas supremas como las inquietudes y vacilaciones del alma, y siempre llena de majestad como una diosa.

No hay que temer el *eufismo*, ni los *conceffti*, ni el gongorismo. Vamos a la restauración del buen gusto, embelleciendo el idioma. Queremos que no se diga de él lo que en el siglo décimo sexto, el magnífico cantor de Lepanto: «Hemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es más corta y menesterosa que ella, siendo la más abundante y rica; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido a extrema pobreza.»

Y no se diga que nuestra lengua no se presta y no admite ornamentaciones. Ella tiene languideces como suspiros; es toda armonía, es toda luz; tiene la majestad, la rotunda expresión

bíblica. «Es rica, sonora, suave y enérgica, vigorosa y fácil, libre en la colocación de las palabras, varia hasta en lo sumo en sus acentos y sonidos; a propósito para todo género de asuntos, desde el más tierno y delicado hasta el más elevado y sublime.» Así dice un distinguidísimo talento español, Martínez de la Rosa, si mal no recuerdo. Si hay otra que le aventaje en dulzura, si hay alguna más soberbia, los simbolistas tratan de enriquecerla con las cualidades que le faltan. Y si aquellas preciosas cualidades cuenta ¿no es un crimen el que no se aprovechen? Si la mina es grande y rica, llena hasta el borde, ¿por qué no explotarla? Si algo le falta ¿por qué no dárselo? Y por cierto que todo ello no será inútil. No serán cosas del Bajo Imperio, aliteraciones bizantinas.

Hiere con más fuerza, deja más honda y duradera impresión la idea que lleva la vestidura de gala de las elegantes palabras, exóticas si son necesarias; así cautiva mejor, deleita mejor. Ni más ni menos que como la mujer bella que cubre sus encantos, dejándolos adivinar, dándoles el incentivo de lo velado a medias, con blondas y encajes flamencos, con filigranas delicadísimas.

El ideal en el arte debe ser idea bella dada a conocer con palabras bellas. Y ese es ideal de los simbolistas, decadentes, modernistas, como queráis llamarlos. Las flores, bellas condensadoras de la luz del espectro solar, siempre se ven mejor en el búcaro de viejo Sevres o en el jarrón de porcelana de la China cubierto con japerías admirables y deliciosas. Se le encuentra no sé qué sabor a néctar de los dioses al Rin pálido que se bebe aprisionado en el finísimo cristal florentino.

Lo que necesitan las gentes de este siglo es que el arte se transforme, quieren nuevas formas. El manjar de la sencillez clásica tiene olor a descomposición. Lo clásico tiene la voz temblona, es ya un viejo chocho.

El arte modernista es el arte del progreso, el verdadero arte del porvenir; es hijo de la evolución intelectual, resultante necesaria de las evoluciones precedentes; obedece a leyes históricas; lleva el gorro frigio porque es innovador, revolucionario si queréis; echará abajo todas las Bastillas, abolirá todos los privi-

legios, destronará las monarquías caducas y tendrá su Mirabeau y sus girondinos. Después todos harán la justicia, muchos le erigirán altares y quemarán en ellos, no la resina de los bosques, sino los ricos perfumes orientales en incensarios de oro macizo.

No hay que lanzar el anatema contra los que marchan en busca del ideal, entusiastas y fervorosos; no hay que condenar a los modernistas americanos, a esa nueva constelación que comienza a fulgurar en las regiones del arte, a los nacientes ingenios que ya han dado, algunos de ellos, frutos deliciosos; que acaso, y sin acaso, están destinados a formar época gloriosa y memorable en los anales de la literatura universal.

En cuanto a los modernistas chilenos, no harán sino propender, como los otros, a la formación de una literatura, si no nacional, americana. Hay bases sobre que levantarla, por más que algunos crean lo contrario. Si nuestra civilización y costumbres son las mismas civilización y costumbres europeas, tenemos tradiciones y leyendas distintas, tenemos otro temperamento, otro medio; tenemos antiquísimas tradiciones poéticas que darian tema a los ungidos del Señor, vetas riquísimas que se ofrecen gratuitas a los ojos de todos los artistas, de todos los videntes. Y cuando se aprovechen tantas riquezas la deseada literatura se habrá formado. ¿Por qué hay que desesperar? Siempre no se ha de vivir encerrado en los viejos moldes. No hay que hacer continuaciones sino cosas nuevas.

Entretanto, los modernistas que son los precursores en América de la literatura del porvenir, seguirán en la obra, decididos y empeñosos, porque obran por convencimiento, sin vacilaciones ni timideces pueriles; acallarán todas las críticas y merecerán bien del arte, aunque protesten los burgueses.

Por lo demás, el señor Moreno *puede quedarse con el sombrero puesto*.

Hasta aquí lo impreso; pero hay que añadir lo que está escrito de mi letra, a continuación, en mi libro de recortes: «El original fué con mi firma a «La Ley» (se había publicado el artículo sin ella). Y añadía algo infantil: Es muy probable que

hayan tenido miedo a las consecuencias de mi audacia». Pocos días después agregué la siguiente anotación: «Este artículo fué contestado por J. E. Moreno muy respetuosamente. Aquello fué una explicación que me satisfizo plenamente. Puede verse en el número de 21 de Abril de 1895 de «La Ley».

* * *

Seguí en una labor intensa, con muy raros intervalos de descanso. Mi producción literaria de este tiempo aparece en «La Ley», «La Revista Cómica», de Santiago y «El Progresista» de Los Angeles. En este periódico bisemanal me ejercité no sólo en el artículo sesudo de política doctrinaria, sino también en la prosa ágil, coloreada y pintoresca. La mayor parte de las poesías de mi «Campo Lírico» se publicaron en este año. Una de ellas, «Primaveral», fué criticada en «La Revista Cómica» por Antón Perulero, Elfraín Vásquez Guarda, quien decía al principiar: «También en Chile hay *colibríes decadentes*; y si no que lo diga don Antonio Borquez Solar, en Los Angeles, que no me dejará mentir.» Otro señor me dedicó unos versos, «crisantemo», malitos, pero con buena intención. Y Al *poeta decadente*, etc., se leía en el epígrafe. Ya era, pues, conocido, y yo el único, como el poeta decadente, es decir innovador, reformador, si queréis revolucionario. La labor que yo había iniciado en Chile era la misma, ciertamente, que en otros países hispano-parlantes se verificaba. La influencia de Ruben Darío es innegable; pero no fué jamás imitación servil ni fué nunca poderosa a empalidecer ni personalidad artística que con relieve propio y bien acentuado se destacaba.

Al mismo tiempo que esta personalidad se alzaba, se la hacía blanco de los venablos que partían de los cuatro puntos cardinales. En una sección que titulaba «De la Escarcela» en «El Progresista» y que yo firmaba «Príncipe Azur», llegué a decir justamente airado, en el periódico angelino:

«Decid a esos minúsculos sátrapas, a esos pobretines literarios, que han de tener que reconocer mis escasos méritos,

mal que les pese. ¡Eh! ¿Qué importa? Bregaré hasta el fin. Solo, solo escalaré la ingente montaña, sin ayuda de nadie. Y entonces cuando triunfe, a nadie deberé un ardite, cuando esté en la cumbre... ¡Qué me importan los escarpes y picachos!

¿Por qué no admitir ese arte nuevo que ensancha los horizontes y que brilla como cien nebulosas de soles resplandecientes en la inmensidad del Cosmos infinito?

Y si creéis que es malo, dejadlo al tiempo. Este dirá. Si es obra antinatural, sólo ha de morir; si no lo es, nada conseguiréis por más que lo pongáis mil veces en innumerables lechos de Procusto....

Esto escribía en 3 de Agosto de 1895. Los minúsculos sátrapas estaban en *La Ley*, que no publicaba mis trabajos tan seguidamente como yo quería. De uno de ellos recibí una carta en la que me refería que en la tertulia de la gente grave del diario, alguno había dicho que mis versos eran señal manifiesta de desequilibrio mental, de una lesión orgánica en la masa del encéfalo. (Ese pobrecito murió después en un asilo de locos.) Y si esto pasaba, puedo decir en mi propia casa, imagináos las vociferaciones de la calle pública. Por todo esto puedo agregar con justísima razón que el caso mío ha sido único en esta tierra: ninguno antes que yo, prosista o poeta, fué tan acerbamente combatido. Y ello era sólo en los comienzos, ¡Qué mucho, pues, que ante la saña que promovía el modernismo que yo iniciaba, no hubiese ningún otro que resueltamente me acompañase! Hay que dejar constancia de esto y con toda la documentación de la época, de diarios y revistas, tanto más cuanto pueda andar por ahí un audaz que intente pavonearse con mis plumas. Por fortuna no me he muerto todavía y mientras viva he de dejar bien deslindada y defendida de malsines la parcela lírica que me tocó cultivar.

Por suerte también aparecía en *La Ley*, en esos precisos momentos de mis insurrecciones, un largo artículo que tenía por epígrafe «Block Notes Del Simbolismo», firmado por John Elder, y en el cual se estampaban estas frases:

«*Príncipe Azur* sustenta cual férreo vigía la estrella del sim-

bolismo, marcando el rumbo a los inexpertos y a los timoratos. Su «Canción del Bronce» tiene rasgos de mayor sublimidad que la «Canción del Oro» de Rubén Darío. Semejante a Des Esseintes, el personaje de «A rebours», experimenta *Príncipe Azur* «el cansancio de lo natural». Su filosofía literaria se parece mucho a la de Huysmans en sus concepciones mitad místicas, mitad diabólicas; y en la estructura de sus frases suele ser más atrevido que Stephane Mallarmé, a quien parece seguir.

«Para *Príncipe Azur* tienen forma los perfumes, los sonidos, color, las flores, alma, el césped, sueños, el musgo sus tristezas, la naturaleza entera, sentidos y pasiones. Todo lo material habla, y sonríe, y bulle, y llora, y goza y sueña; lo inmaterial es representado con grandes imágenes. Mide con una gama absoluta las notas del pentagrama y los colores del espectro solar. Adora al profeta Isaías con la misma ingenua admiración que a Mahoma. Cree como Mirabeau que el único lazo de unión de la humanidad es la benevolencia, son las buenas obras, es el amor.....» Hay todavía más, mucho más, en elogio del poeta; pero ello todo puede reducirse a esta afirmación neta: *Príncipe Azur es el único simbolista que hay en Chile*.

Confieso que esta sola página me indemnizó con creces en las tribulaciones de mi batalla. ¡Ni qué bálsamo maravilloso, ni qué nepente igual en dulzuras! John Elder, ¿quién eras tú? Gracias te sean dadas por siempre. Descartando los lirismos y exageraciones en mi favor, lo que escribiste es hoy para mí un documento carísimo.

Aparte de estos achaques literarios, era una vida tranquila y hasta deleitosa la que yo hacía, en tertulias, bailes y paseos. Ya he dicho que las angelinas son bonitas y añadiré ahora que también son hospitalarias y muy sociables. Son muy aficionadas a la música, a la lectura y al baile. Jamás olvidaré yo aquellas noches de invierno que pasé en animada charla o danzando incansable, ni menos aquellas cenas opíparas en las que, quieras que no quieras, había yo de brindar y en la que me aplaudían tan sin merecerlo, ¡Qué he de olvidar tampoco aquellos paseos a caballo! Las señoras solían ir en cóche o

en carreta a las quintas cercanas, en tales ocasiones. La guitarra no podía faltar. De estas excursiones campesinas volvíamos ya casi obscurecido, rebosando alegría, cantando, acompañando la dulce voz femenina. ¡Y qué bellas canciones populares! Los de a caballo al lado de las amazonas. Y que realmente lo son las angelinas, pues cabalgan con firme destreza y gracia singulares. Entonces mi corazón cerrado como un pebetero, encendido de perfumes se abrió al amor... Pero esto es flor, flor de harina de otras hostias.

Es del mismo modo digno de perenne recordación mi primer viaje a la cordillera argentina, a los Copahues, baños termales. Fatigoso fué para mí el viaje; pero pintoresco en grado superlativo. De ida pasamos a un asado en Las Canteras, el fundo en el que trascurió la infancia de O'Higgins. En el pueblito de Antuco, en las saldas del volcán, en la casa de la familia Bernal nos detuvimos cuatro días. ¡Tanta fué la amabilidad de los dueños de casa! Con pena salimos después para Peluca, villorrio casi al pie del volcán. Vimos, a mucho andar al oriente, más allá de las lavas y escoriales, la grande, la enorme laguna del Laja. Recuerdo que hemos andado a lo largo de ella tres horas, al galope del caballo, antes de darle fin. Tendrá, pues, aproximadamente, nueve leguas de largo. El agua de la gran laguna es de azul intenso en una parte, y en otra es de un claro verde esmeralda. Del lado argentino, en el momento de descender del Copulhue, en la línea divisoria, dimos un ¡viva Chile! bien *arrojado* y paramos los relojes a la hora de la pasada: eran las diez y media de la mañana. Y se me estaba olvidando decir que mi compañero y guía era Domingo Contreras Gómez, del cual ya he dicho que conocía esta ruta cordillerana palmo a palmo. Antes de bajar a la laguna del Drolope encontramos un gran monolito, casi redondo y de un metro y medio de altura, y cumplimos el rito tradicional: le dimos una vuelta andando lentamente, para que nos fuera propicia la suerte. Pasamos a la vera de una gran mancha de pinos araucarias, muy altos, en cuyo follaje el viento

cordillerano cantaba su himno montaraz. Subimos unos repechos rocosos por los que bajaban en culebrinas los chorros cristalinos que al saltar por entre los pedernales se empenachaban de blanco. Y de ascensión en ascensión planeada, llegamos a las termas. Tres o cuatro tiendas de campaña, de lona blanca, en una pequeña esplanada, en la falda del volcán Copahue, servían a unos veinte bañistas, entre ellos algunas señoras, niñas y dos médicos que han sido diputados. Todos nos dieron alegremente la bienvenida. Eran las cinco de la tarde de un día de Febrero. El sol se ponía tras la alta cumbre del Copahue y la nieve parecía chispear en haces luminosos, en abanicos de oro, púrpura y fuego.

Estábamos como encajonados entre altas serranías; sólo por el oriente se abría el horizonte dilatado y azul. A poco comenzó a soplar, muy suavemente, el *puelche* helado y en la lejanía gris y que se brillantaba a lampos, apareció la luna, majestuosa, espléndida, suspendiéndonos de admiración y encanto. El espectáculo era novísimo para mí, por lo tanto mi impresión fué terrible de hermosura, en esas serranías, en esas alturas tan cercanas a los astros. Sentí mi pequeñez terrena y mi grandeza espiritual; un sentimiento inaudito, religioso y profundo se abrió como una flor en el jardín de mi alma, y mis sentidos se hicieron más sutiles y mis pensamientos más diáfanos para comunicarme con todo lo que me rodeaba. A mi espalda, a menos de veinte metros, la nieve, desde la falda hasta el cráter, arrebujaba al volcán que dormía; de la derecha me llegaba la crepitación sorda, continua de los cien respiraderos de los vapores subterráneos; era un crepitar de calderas a vapor, de una oculta y poderosa maquinaria en un persistente e incansable trabajo invisible; y a mi frente, no más de diez metros, una pequeña laguna verde de aguas sulfurosas, y de la cual salía una débil respiración, aparecía como una gigantesca esmeralda brillante. La luna parecía palpar y responder a esta palpitación del corazón volcánico, a este latir de mi corazón ansioso. La soledad estaba llena del espíritu del mundo, y en el viento rumoroso y fugaz había una plenitud de armonía tal, que era po-

sible sentir, en uno como adormecimiento de los sentidos, la voz misteriosa de lo invisible y entender plenamente su lengua maravillosa, que descendía de la altura para decir:—¡Estás cerca de mí!... Estás cerca del espíritu de Dios.—Entonces experimenté como unas dulces congojas y tuve unos vehementes deseos de besar la tierra, la luna, la piedra, el viento que aleteaba en mi redor...

Como ésta tuve muchas parecidas impresiones y comunicaciones de la belleza, en un estado de perfecta beatitud. Escribí entonces algunas páginas que hoy recorro con la vista, y cada palabra me evoca con una viveza deslumbradora aquellos paisajes espirituales. En algunas hojas de mi memorandum hay algunas tildes negras, ya tan temprano, hechas con tintas de amargura. Oid, si os place:

«Yo he trepado hasta el cráter altísimo y he mirado en el fondo del cono volcánico por ver las corrientes del fuego y no he temblado. Y ahí de pie, en la cúspide, teniendo a mis plantas la extensión de dos repúblicas, me he soñado el dominador, del orto al ocaso, y en medio de tan dilatado imperio, he querido más. he sentido nuevos anhelos. indefinibles aspiraciones a lo infinito; como el Manfredo byroniano he sentido el frío de la desesperación en el alma, la nostalgia de algo que no conozco.

He subido por las faldas agrestes, por las rocas de coloración ígnea, hasta donde el cóndor de negro plumaje afila las garras con el lustroso y corvo pico, donde Vulcano forja el rayo violáceo para el padre Zeus, hasta allá donde nacen los torrentes y cataratas que al descender de risco en risco ríen. He salvado abismos y precipicios, turbando la tranquilidad lúgubre de las cimas solitarias con el golpe seco del ferrado casco de mi corcel Osor, y entonces he sentido locos deseos, zumbidos formidables en mi cerebro, la tentación infernal, el vértigo, he oído la voz del monstruo; he visto la señal que hacía llamándome la mano de la Esfinge, y he arrancado a calmar el delirio bañándome en las caídas de aguas o reclinándome en lechos de nieve, cubriéndome con ella como con una túnica, y entonces

he pensado en una corona de azahar y en una vestidura blanca, sudario de una virgen que tiene los ojos vidriados y no siente el perfume que se quema en pebeteros fúnebres...

Y he conjurado con una estrofa robusta y enérgica a los elementos y sólo la ninfa Eco ha hecho besa de mis yambos y anapestos. Y al verme miserable, pobre y pequeña criatura, no he maldecido del buen Dios...

Xavier Villaurrutia

Mexicano

P o e m a s

CUADRO

 UERA del tiempo, sentada,
¿qué miras, mujer,
desde tu ventana?

¿Qué callas mujer, pintada
entre dos nubes de mármol?

Será igual toda la vida
tu carne dura y frutada.

Sólo la edad te rodea
como una atmósfera blanda.

No respire, no.
De tal modo el aire
te quiere inundar,
que envejecerías,
¡ay!, con respirar.

No respire, no.

Muérete mejor,
así como estás.

CEZANNE

DESHACE Julio en vapor los cristales
de las ventanas del agua y del aire.

En el blanco azul tornasol del mantel
los frutos toman posturas eternas
para el ojo y para el pincel.

Junto a las naranjas de abiertos poros
las manzanas se pintan demasiado,
y a los duraznos, por su piel de quince años,
dan deseos de acariciarlos.

Los perones rodaron su mármol transparente
lejos de las peras pecosas
y de las nueces arrugadas...

¡Calor! Sin embargo, da pena
beberse la «naturaleza muerta»
que han dejado dentro del vaso.

Ideas sobre el periodismo

EN los últimos tiempos hemos tenido oportunidad de leer diversos artículos que versan sobre el socorrido tema del periodismo. Esta industria, arte, género literario o lo que sea, constituye uno de los tópicos predilectos de ensayistas y escritores de todo orden. Es tan importante su aporte a la labor incesante de la cultura, tiene su obra tan decisiva trascendencia, para el progreso general y para el comercio de las ideas, que toda preocupación por el periodismo parece justificada. Sobre todo cuando, como se trata en el caso presente, ella tiende a perfeccionarlo, mediante una crítica firme de sus deficiencias.

Nadie pretendería afirmar que el periodismo está exento de tales críticas, y aún que ellas al referírsele tomen un carácter acerbo. No aludimos a quienes sienten por el periodismo una aversión singular y distintiva, sino a quienes le conceden virtudes pero también le echan en cara defectos, procediendo con cierta respetable ecuanimidad. Entre tales testimonios de la opinión general respecto del periodismo, queremos destacar un trabajo reciente de González Vera, joven escritor cuyo nombre es ya familiar a los lectores de «Atenea». González Vera ha publicado un artículo que se titula «Crítica de la prensa» y que contiene sugerencias de interés. Veamos primeramente cuáles son sus afirmaciones primordiales.

González Vera asienta que el origen de nuestra prensa es esencialmente polémico, de combate. «La prensa dice, refiriéndose con cierta exclusividad a Chile, nació para servir ideales

políticos.» El nuevo siglo marca un cambio de rumbo. Se sirven todavía ideales políticos, se sostienen ideas de gobierno, se marcan orientaciones sociales, criterios partidarios. Pero hay algo nuevo, más grande, más importante en el periodismo de hoy. Ese algo es la noticia, variada, originaria de todas partes, llena de interés para el que quiere vivir al tanto de lo que sucede en torno a su propia existencia, en su país y en el mundo.

Pero aquí es donde nacen los tormentos que acongojan el alma de González Vera: «Las informaciones—dice—se redactan en un estilo suelto, incoloro, sin sustancia alguna; las frases hechas, las terribles frases hechas se eslabonan indefinidamente.» Luego nos dice que no se considera la concisión en el trabajo periodístico, que se aumenta excesivamente el relato de los hechos cotidianos, en una morbosa exacerbación del sensacionalismo. Y agrega que los reporters debían sólo mirar bien y relatar claramente, sin ampliaciones innecesarias, lo que han visto. Luego, especializando su crítica, González Vera se ocupa de los desbordes de la crónica policial. Dice que en tal sección se diviniza en cierto modo al individuo que comete una tropelía o un crimen, que su acción se pinta con caracteres de misterio que atraen anormalmente la curiosidad del lector y que, en fin, sería una buena acción suprimir la crónica aludida. Finalmente, se ocupa de la sección social que registra hechos de la vida privada de las personas.

En este capítulo es donde González Vera nos da la nota pintoresca, pues hace un breve recuento de las frases hechas que se prodigan en la sección social de los diarios. Es cierto que lo mismo podría haber hecho respecto de cada una de las secciones en que es posible dividir un diario; pero sin duda su crítica tiene mayor importancia en lo que se refiere a este sector. El hecho de que toda fiesta se desarrolle en *un ambiente de elegancia, distinción y gusto que denota refinamiento*; que en toda despedida de soltero haya *derroche de ingenio y buen humor*, y que en cada banquete *reine la mayor cordialidad y la más franca camaradería*, indigna a González Vera.

Y a nosotros, periodistas, también nos indigna, sin que de-

jemos de confesarnos que un diario que no se beneficiara del tesoro del lugar común, no podría vivir. No pensamos como Cocteau que el lugar común sea una obra maestra, sino que para el caso particular del periodismo, limitado por el tiempo en forma que González Vera, que también ha sido periodista, conoce de sobra, no encontramos otra salida que el empleo del cliché verbal para poder terminar la obra. No es concebible que un individuo que tiene que estar haciendo todos los días las mismas cosas, es decir, dando cuenta de hechos que en sus líneas esenciales son idénticos, emplee cada vez una expresión distinta para designarlos. Y luego hay que considerar el tiempo, supremo tirano de la prensa. El reporter que a las doce de la noche, a la una o a las dos de la mañana tiene que redactar seis, ocho o diez noticias sin disponer de más de una hora y a veces menos, para no atrasar el diario, no puede escoger las palabras, no puede hacer obra de estilo.

Un Flaubert que hacía de cada vocablo un elemento vivo y, si así pudiéramos decir, consciente, no habría sido periodista; como efectivamente no lo fué, ni bueno ni malo. Un Flaubert en un diario es una ruina. El *diario* lo que necesita es gente que escriba velozmente: no importan los matices, las posibilidades de la belleza verbal, la riqueza del léxico o la armonía del estilo. Importa sólo que lo escrito se entienda y, sobre todo, que se escriba rápidamente. González Vera que, como hemos dicho, ha sido periodista, seguramente debió martirizarse para cumplir con esa primera y fundamental condición. Si no *quería eslabonar indefinidamente* lugares comunes para narrar un hecho cualquiera, su párrafo se atrasaba y su jefe y el regente le pondrían de seguro mala cara.

Esto es lo que sucede en la realidad, y de allí podemos desprender un sinnúmero de valiosas enseñanzas. La primera es que el periodismo está muy distante de ser un género literario. No tiene de común con la literatura sino el acto material y grosero de escribir. También escribe el que asienta partidas en un libro de «caja» o de «cuentas corrientes», y no sentiríamos por cierto la tentación de llamar escritor a quien desempeña tal fae-

na. La literatura en cuanto tal exige reposo, selección de los términos, armonía y muchas otras condiciones, entre las cuales debe figurar, aunque no todos lo crean así, el desinterés. Ninguna de estas condiciones puede ser cumplida en el periodismo, y por eso se puede afirmar que no es un género literario.

También podemos desprender de lo dicho más arriba que nada hay menos apropiado para un escritor que la tarea periodística. El que se sienta con deseos de escribir y con capacidad para hacerlo, que desarrolle en silencio, y para su propia satisfacción, sus inclinaciones, su buen ánimo y su entusiasmo. En el periodismo lo único que conseguirá es rebajar su concepto de la labor literaria soñada. Si en un comienzo pudo pensar que escribiendo a diario lograría dar agilidad a su estilo, soltura a su pensamiento, luego comprenderá que tales menudos avances los habrá conseguido a costa de muchas calidades que el estilo y el pensamiento pierden con el ejercicio del periodismo. O se es escritor o se es periodista. Ser las dos cosas a la vez es no ser bien ni lo uno ni lo otro, porque en el fondo el periodismo es el peor enemigo de la literatura en cuanto arte.

El hecho que señala González Vera es uno de los más significativos. En el periodismo el empleo del lugar común es lo consagrado y, como hemos dicho nosotros, lo indispensable. Ahora bien, ¿qué pensaremos de un escritor que escribe como periodista, es decir, que prodiga sin cesar el lugar común? Sententemente que es un mal escritor, lo que no quita que tal vez como periodista sea una lumbrera. Para el que conoce las labores de la prensa, no es un misterio que el lugar común se le adentra tanto al periodista en el pensamiento, que luego todo lo concibe sólo al través de tal forma verbal y hasta su ideación toma con el tiempo formas hechas, fijas, determinadas, que logran dar por entero la impresión de que el personaje en cuestión es una momia en cuanto se refiere a las ideas. Luego el estilo del periodista no puede ser más vergonzoso. Cuando recién comienza su faena en la prensa el principiante, que por lo común es un joven que tiene disposiciones y ánimo para es-

cribir, siente rubor al tener que emplear, por vez primera, los lugares comunes indispensables. Luego poco a poco ese rubor desaparece y la labor sigue su curso sin vacilaciones ni inquietudes. Lo que ha ganado en cantidad y en rapidez lo ha perdido en calidad. El lugar común y el cliché gastado que antes repugnaban a su alma de artista van poco a poco dominándola y terminan por conquistarla por entero.

El error está, a nuestro juicio, en considerar el periodismo como un género literario, como una dependencia del arte. Hay en el periodismo elementos de arte; tiene vinculaciones efectivas con muchas actividades artísticas; pero él por sí mismo es lo menos arte que puede ser una tarea humana. El alfarero que labra con la greda un recipiente tosco, seguramente pone en su obra un poco de arte al modelar con gracia sus conforos, al dibujar en el borde de ese vaso una greca sencilla. Pero el reporter que caza la noticia y luego la vierte en un mal lenguaje, sin tiempo para darle trabazón lógica, ni muchos menos para darle brillantez, armonía o rotundidad, no hace arte ni cosa que se le parezca.

Pero hay también en el periodismo una labor seria, más reposada, que exige más cuidado y que admite en cierta proporción intenciones artísticas. Me refiero a la labor de la redacción, al comentario de los hechos, no a la narración misma de ellos. La redacción abarca desde el editorial, que es una producción en que impera cierta calma que por lo común llega a la pesadez, hasta el artículo más volandero y liviano, pasando por los artículos de crítica literaria y política, de costumbres y de actualidad general. No tiene el redactor la misma premura que el reporter para escribir, aun cuando tampoco disfruta de un gran reposo. Y sin embargo, esta labor también se encuentra empuñecida en algún grado por esa sombra fatídica que pesa sobre la prensa y cada una de sus iniciativas y de sus hombres.

En Chile, al menos, la redacción también está encarcelada en el lugar común, también se encuentra dejada de la mano de la lógica, también es opaca y sin relieve alguno, salvo escasísimas excepciones. En cierto modo la culpa de esto la tiene el

impersonalismo que domina en nuestros diarios. [✓]El artículo que firmamos nos obliga, nos impulsa a algo más que la gacetilla simple, que aparecerá sin firma alguna y de la cual, por lo tanto, no seremos responsables sino en grado mínimo. Los diarios franceses tienen fama de ser los mejores del mundo en lo que respecta a su redacción cuidadosa, literaria, artística. No tienen muchas noticias, no están muy al cabo de los asuntos que suceden en el mundo, pero tienen secciones amenas, con comentarios chispeantes y notas sabrosísimas. Pues bien, cada una de esas secciones y de esos comentarios lleva firma o seudónimo reconocido como de escritor de prestigio.

Hasta dónde podría hacerse eso en Chile es un asunto de la competencia interna de los diarios por lo que se refiere a los temas que actualmente se tratan en la prensa. No comprenderíamos que pudiesen salir firmados la gran mayoría de las actuales artículos de redacción que se publican anónimos en nuestros diarios. No habría ciertamente escritores que tuviesen calma para poner su firma sobre comentarios bordados alrededor de temas tan poco gratos e interesantes. Habría que hacer dar a la prensa chilena una vuelta de importancia. Habría que sacarla de sus moldes o, mejor, de su ruta actual, para hacerla tomar otro camino.

Esta es una labor grande que vale la pena comenzar a hacer. González Vera estará de acuerdo con nosotros—al menos su «Crítica de la prensa» lo revela—en la necesidad que hay de dignificar el periodismo, de hacerle servir intereses más altos, preocupaciones más nobles, inquietudes, anhelos e iniciativas de hoy. Veamos modo de hacer algo de lo mucho que queda por hacer.

Pensamientos

 RA una sola mancha coloreada, a ras del prado verde; una de esas devotas alfombras que nuestras abuelas llevaban a su misa. El aire de primavera aleteaba en la mañana luminosa.

Me encaminé hacia el prado, y aquella tela fué desmembrándose en pequeños fragmentos morados, azules o amarillos, deshojados al parecer sobre la sábana verde.

Me incliné sobre ellos, y—Gulliver en el país de Liliput—se presentó a mis pies un gentío incontable que reclamaba piedad. Eran seres deformes, grandes cabezas sobre cuerpos raquíticos, caras y caras vueltas hacia mí, que un momento me parecieron cubrir el horizonte.

Ni un rumor, ni una queja, pero—morados, azules y amarillos—me miraban todos.

Me incliné sobre ellos, y como mi florero estaba vacío, con la sonriente fiereza del más fuerte fui degollando al pueblo abigarrado.

DEDALES DE ORO

 E mandado a cosechar para ti todos los dedales de oro que se encuentren a lo largo de la vía.

En cuanto el sol cayó, salieron de carrera mis enviados a recoger los rojizos pedazos.

Y hoy como siempre han de volver con las manos vacías,

Todas las tardes corren al campo; muchas he partido yo mismo delante, y cuando llegamos, la noche ha escondido los pétalos candentes.

Si hoy vuelven sin ellos, iré de mañanita; empaparé mis manos de rocío, y antes que el sol nuevo entre por las ventanas, derramaré sobre tu lecho la cascada de fuego del último sol despedazado.

LOS TIUQUES

EAN regado el potrero, y están todos los tiuques de parlamento. Cada terrón que emerge es pedestal de un tiuque. Gravemente encogidos, se miran en el agua, como si meditasen. Algunos, de vigías, se apelotonan sobre los postes de los cercos; otros pararon en las ancas de los bueyes. Ya en el aire no hay uno.

Y estaban todos en el aire; lo entrecruzaban de destemplado griterio: querían hacer la lluvia, como la hacen—chillando—en las tardes cerradas del invierno. Y al ver, entre islotes de pasto y de terrenos, el agua en el potrero, cayó en él la bandada. Allí encorvan el ceño para que no se les confunda con los casquivanos queltehues de las vegas.

Es taciturno el parlamento. Sólo una vez, de tarde en tarde, un tiuque ha partido a ensayar en la altura el vuelo de los jotes y de los aguiluchos que vió pasar muy lentos por el fondo azul del charco. Y el asombro al oírlo voltea hacia él todas las cabezas.

Darían su plumaje por ser tomados a lo serio.

Hombres, ideas y libros

Los dramas de Florencio Sánchez

 A literatura hispano-americana del momento presente está formada por una serie de esfuerzos creadores completamente separados y diversos. Por esta razón es sumamente difícil escribir la historia literaria contemporánea y aún para emprender esta tarea se necesitaría la asombrosa fuerza de voluntad de un Marcelino Menéndez y Pelayo. El libro de nuestro gran erudito español, con ser obra maestra en la materia, está lleno de errores documentales y de apreciación crítica, como lo han demostrado tan bien Alfonso Reyes, Icaza, Henríquez Ureña y otros jóvenes escolares de nuestro continente. Esto basta para dar una idea de lo que sería la historia completa de nuestra literatura actual. Naturalmente que varias personas de buena voluntad han tratado de hacer estudios parciales de nuestras letras pero de estos escritores unos pecan por falta de comprensión (los extranjeros) y los otros por falta de documentación adecuada (los hispano americanos). La obra que necesitamos actualmente es aquélla que resuma los esfuerzos de los críticos de cada país de Sud América, porque las historias literarias de cada nación ya están hechas por escritores que conocen bien el campo en que laboran.

Al escribir estos artículos sobre los escritores más representativos de nuestro continente yo quiero contribuir en algo a la formación de nuestra historia literaria. Sobre Florencio Sánchez no hay todavía nada definitivo, y el artículo presente tiene de a dar una idea general de la obra de este dramaturgo uru-

guayo que ya empieza a ser considerado como el primer escritor que haya producido la América en su género.

Florencio Sánchez nació en Uruguay el 17 de Enero de 1875 y murió en Milán el 23 de Noviembre de 1910. Sus días de juventud tienen la sencillez y la tristeza de los de casi todos los artistas verdaderos. Hasta 1903 vivió completamente ignorado y luchando desesperadamente por conseguir el sustento diario. Sánchez empezó a trabajar desde los catorce años haciendo crónicas policiales; a los diez y ocho escribió su primer ensayo literario, un cuento que acaba de ser publicado (1903). En Buenos Aires hizo vida de bohemio; vestía mal, comía poco y bebía más de lo necesario. De vez en cuando escribía sus dramas en hojas de telegrama que podía robar en las oficinas del Centro, y después vendía este producto de su talento por unos cuantos pesos. En 1903, con el estreno de un drama «M'hijo el Doctor», llegaron los días felices de nuestro dramaturgo. La representación fué un éxito sin precedentes en la historia del teatro argentino, y Sánchez pudo dedicarse con más tranquilidad a su obra creadora. Ahora aquellos mismos que se habían burlado de sus locuras reconocen su genio, su situación económica se vuelve floreciente y Sánchez, llevado por su espíritu aventurero, se va a viajar por Europa. Ya empezaba a darse a conocer en Italia cuando lo sorprendió la muerte, en Milán.

Sus principales dramas son: «Los Muertos», «M'hijo el Doctor», «Nuestros hijos», «Los derechos de la salud», «En familia», «Barranca abajo», «La Gringa»,

SANCHEZ EN AMERICA

Florencio Sánchez es el más americano de nuestros dramaturgos. Con esto quiero decir que él comprendió mejor que nadie la tragedia cotidiana del campo y de la ciudad, que interpretó nuestro paisaje con sinceridad y certeza y que halló el motivo americano. Es verdad que gran parte de la labor es-

taba hecha. Desde Sarmiento hasta los cultivadores de la literatura gauchesca, la mayor parte de los escritores argentinos han tratado de hacer literatura nacional. Sánchez representa el punto culminante de este movimiento. Aunque nació en el Uruguay su obra pertenece a la Argentina porque en Buenos Aires peleó sus más duras batallas, desarrolló sus más felices temas y obtuvo el éxito final. Los temas de Florencio Sánchez, como los del teatro argentino en general, no son el resultado de una sociedad decadente sino producto de pasiones primitivas en el roce constante de la vida cotidiana, de la manera fatalista de comprender la vida, de la lucha entre el progreso y la rutina y entre el capital y la esclavitud, etc., etc.

CARACTERÍSTICA DE SU TEATRO

Las características principales del teatro de Florencio Sánchez son: intensidad dramática, caracteres reales y exactos, estilo preciso, bien cortado, pintoresco, sentimiento poético de la tierra gauchesca que va a ser destruída por el progreso, propaganda de justicia social y triunfo final de la bondad. Un teatro de estas tendencias necesariamente va contra una gran parte de la sociedad moderna: opresores, parásitos, bribones, hipócritas, rutinarios, etc. Los héroes de estos dramas son generalmente hombres originales y buenos, reformadores, moralistas, y en particular las víctimas de nuestras instituciones modernas. Los hombres sin voluntad, medio poetas y medio locos, los que van barranca abajo, en una palabra «los muertos», tienen la comprensión absoluta y profunda de este artista.

SANCHEZ E IBSEN

Quiero apuntar aquí la influencia de Ibsen sobre el dramaturgo argentino. «Los Muertos», «Los derechos de la salud» son dramas que por su carácter sombrío y por sus conflictos infinitamente trágicos nos recuerdan al dramaturgo noruego. Como Ibsen este sud americano ha puesto todo su talento en

el teatro de tesis. La herencia, los derechos de la mujer, los problemas sociales de trascendencia, y hasta la locura son temas favoritos de ambos escritores. Y acaso estos dos dramaturgos sean los únicos que hayan penetrado hasta el fondo la psicología contemporánea sin violentarla ni mistificarla.

SANCHEZ Y GALDOS

Hay una gran similitud entre estos dos escritores. Parece que el momento histórico de ambos hubiera sido el mismo, porque se ocupan de problemas que sólo pueden producirse en medios semejantes y en momentos definidos. Tenemos al azar un drama de Sánchez y una novela de Galdós: «En familia» y «Gloria». En ambas obras hallamos el recio carácter de un hombre que trata de encaminar a su familia por el recto camino. La rutina y las convenciones sociales tratan de destruir al hombre original. Los parientes parasitarios tienen un papel preponderante en los dos libros. El modo de desarrollar la lucha entre la maldad y la bondad, en todas sus mínimas gradaciones y en toda su terrible crudeza. Un estudio detallado comparando la obra de estos tres escritores sería de gran utilidad. Dejo esto a los jóvenes eruditos americanos que se interesen en ello. Acaso sería también útil estudiar al mismo tiempo los dramas de Echegaray.

A. TORRES RIOSECO

Jeanne d'Arc, por Joseph Delteil

“**E**H sí! Juana de Arco es una muchacha de diez y ocho años, con sombrero campana y medias de seda. Debemos imaginar verla con nuestros propios ojos, palparla con nuestras propias manos. Imaginar es rejuvenecer. Es dactilógrafa, o quizá vendedora en las Galeries Lafayette. Ella parte, manda los ejércitos franceses, conquista Europa, Asia. He aquí la verdadera Juana de Arco.»

El muy atrevido de José Delteil tiene razón. Por lo demás, en Francia, siempre tiene razón el atrevimiento. «Sé alegre y audaz», le decían las Voces a Juana. «Audacia, audacia, siempre audacia, y Francia está salvada», dijo más tarde Danton. Delteil está en la tradición. Ojalá su libro despierte las energías de mis compatriotas. Lo que nos hace falta, actualmente, en el desbarajuste de una victoria echada a perder, es una voz que grite y un brazo que obre: «Audacia...»

Decíamos que el atrevido de José Delteil tiene razón. Pueden escandalizarse los mojigatos y reír con sorna los que él moteja de «almas flacas»: no le quitarán a su Juana de Arco ser realmente hermosa, sana, viva, tal una magnífica y madura fruta de santidad. Surge triunfante, vigorosa, de entre las páginas polvorientas de las viejas crónicas, nos tiende la mano, nos mira con sus grandes ojos de mujer resuelta, de mujer pura, sus ojos de santa y de soldado; se burla gentilmente de nuestras nerviosidades y cobardías Siglo XX, nos muestra el radiante camino de la fe, del amor, y de la energía. A nuestra veneración hacia ella se une el afecto. Ya no es para nosotros sólo un gran nombre del calendario, una heroína nacional: es una

amiga, una compañera, una consejera, un profesor de energías, una «copine du ciel», tal como, según Delteil, eran para Juana de Arco las Santas Catalina y Margarita. ¿Y por qué no? El pueblo de la Edad Media se gastaba adorables familiaridades con la Divinidad. En su imaginación, el Verbo se hacía carne. Cristo, la Virgen, los Santos, eran sus contemporáneos, y en sus pinturas, en sus ventanales, en las esculturas de sus catedrales, los representan vestidos como cualquier hijo de vecino. Por eso son tan llenos de vida y de fe sus monumentos. En cuanto el sentimiento religioso empieza a ser una abstracción, en el siglo XVII, pierden las iglesias su formidable belleza, su pasmoso poder de sugerir misterio y efusión mística. Es esa modalidad ingenua, llena de amor, llena de entusiasmo, la que ha resucitado Delteil en su Juana de Arco.

Lo ayuda en su empresa manejar con maestría un estilo de líneas sencillas, de colores vivos, diáfanos, cálidos, tal como los usaban los pintores primitivos. La figura de su Juana de Arco baña en oxígeno; hay aire y luz en cada página, en cada párrafo. Después de leído, el libro de Delteil no deja en la memoria *frases*, sino *visiones*, bellas láminas animadas. Leed esta descripción de las apariciones de las Santas amigas de Juana, Santa Margarita, Santa Catalina:

«Juana apacentaba las vacas en el potrero. Se había tendido de espaldas en el suelo, a la sombra de un ciruelo. Mes de Junio de 1424. Estaba cálido el aire.

Alrededor, inmóviles bajo sus pinos y bajo el sol, olorosas a ciruelas, a pasto, a rebaños, las colinas soñaban y dormían. La brisa se mecía a sus anchas en amplio cielo. Había en el mundo tanta vegetación que hasta el cutis estaba verde.

Juana, los ojos a medio cerrar, veía madurar las ciruelas entre hojas copiosas. Sentía las niñas de sus ojos crudas y dulces cual las frutas. Yacía a medio derretir en la tibia atmósfera.

De pronto, desde lo alto del cielo, una mujer empezó a bajar de nube a nube. Surgida del viento y del espacio, formada con vapor y ensueño, se deslizaba por el oro y las rosas de la

mañana. Parecía caer a través de la espesa atmósfera en el sentido de la atracción universal, y sus ojos lejanos miraban a Juana de Arco en las honduras de los Vosgos de Lorena. Se acercaba con velocidad proporcionada con el cuadrado de la distancia, y flotó luego sobre el potrero. Entonces, sus blandas formas se congregaron, sus vestimentas cobraron color. Se posó frente a Juana, en el ciruelo, los pies en el tronco, afirmada la espalda en la rama más gruesa.

Juana se frotaba los ojos...

Es imposible pintar con más naturalidad lo sobrenatural. Y no podemos dejar de señalar el exquisito primer capítulo, «Bebé», consagrado por Delteil a la infancia de la Santa. Adorable ternura. Realismo más puro que la idealidad. «Juana duerme, no muy limpia, y henchida de vida...»

Habría que hacer prolija enumeración de todas las páginas de aquel libro. La partida de Juana, sus momentos de desfallecimiento, en que la niña de diez y ocho años se estremece de angustia. Su fe victoriosa. Su energía triunfante. De cómo restablece el orden y la moral en un campamento de desvergonzada soldadesca. De cómo se impone, a fuerza de pureza y sencillez, a una corte desmoralizada, a un reyezuelo trémulo. Causa un placer físico leer la descripción que nos da Delteil de la llegada de Juana, sana, robusta, campechana, en el ambiente mórbido de la Corte. Vedla, el día de su presentación al Rey, en Chinon:

«Juana entró, seguro el paso, viva la mirada, fresca la actitud, y, al momento, produjo a los asistentes abundante impresión. Un magnetismo sano emanaba de ella toda. Tenía entonces diez y ocho años, y estaba en todo el brillo de su fresca juventud. Alta y robusta, de nobles andares, el rostro de un ángel ebrio, una ancha boca sensual a lo ancho de mejillas sanguíneas, la nariz espesa de las madres del antiguo testamento, un montón de cabellos rucios sobre la cabeza, el cuello de una torre y una barbilla infantil: era, en verdad, una linda moza...»

Hay quienes reprocharon a Delteil haber insistido en mostrarnos «físicamente» a Juana, hablándonos a menudo y deta-

lladamente de su cuerpo. Tan acostumbrados estamos a considerar los santos y santas como seres no hechos como nosotros, del lodo de la tierra... Hay, al contrario, en esa revelación de la personalidad *física, material*, de un ser bienaventurado, algo que nos acerca a él, algo que nos hace esperar. Quizá si nos rozase la gracia... ya que los Santos también tuvieron un cuerpo sensible, y eso no les impidió ser lo que fueron... Bien equilibrada físicamente, y moralmente bien equilibrada, tal nos presenta Delteil a Juana de Arco. «En Juana, los planos humanos y divinos coinciden». «Es toda salud». «Es toda juventud». «Es una alma fuerte, sin sensiblería, espada en mano». Su rasgo esencial, es un profundo buen sentido. Todas las cualidades humanas necesarias al cumplimiento de su divina misión, las tuvo Juana.

«Juana de Arco es el acuerdo entre el cielo y la tierra».

El libro de Delteil nos hace comprender mejor a Juana de Arco, y, sobre todo, nos hace quererla, quererla intensamente, con admiración, confianza, esperanza...

Es, pues, no sólo un libro hermoso, sino que es también un noble libro.

MARCELLE AUCLAIR.

París, 15 de Octubre de 1925.

Los rituales con el mar

EN *Maya*, una novela mía recién publicada, uno de los protagonistas tiene un comentario incidental para la fiesta veneciana que durante siglos, en el día de la Ascensión, solemnizó con pompa de efemérides nacional, las riberas del Lido.

Refiriéndose a este acontecimiento, el protagonista a que aludo dice estas palabras: «En la Edad Media, hasta fines del siglo XVIII, los venecianos no sabían por qué el Gran Dux se embarcaba anualmente en una galerà llamada *Bucentauro* y haciéndose conducir a lo largo del Lido, arrojaba un anillo entre las olas... ¡Fiesta magnífica aquélla! El Dux, con boato de oro y seda, seguido de la nobleza y de los altos oficiales de la República, montaba en el *Bucentauro*, y al internarse en las aguas, lanzaba su anillo en el líquido elemento, pronunciando estas palabras: «Desponsamus te, mare, in signum vere perpetuique domini...» (1).

El conocido periodista don Misael Correa Pastene, refiriéndose a estas líneas en una revista santiaguina, las desmintió, Yo, en respuesta, me afirmé en lo dicho por boca de uno de mis personajes; y el crítico, a su vez, en un segundo artículo, sostuvo sus opiniones.

Le pertenecen las palabras que siguen:

«Las bodas del Dux de Venecia con el mar Adriático se hicieron anualmente el día de la Ascensión del Señor con gran pompa y asistencia de pueblo desde 1177, en que los venecia-

(1) «Maya». —Págs. 68 y 69.

nos derrotaron con sólo treinta galeras una flota de 75 de Federico Barbarroja en las costas de Istria. Los venecianos sostenían la legitimidad del papado de Alejandro III contra el fraudulento Víctor IV, amparado por Barbarroja.

«En agradecimiento, el Papa envió al Dux, que lo era Sebastián Ziani, un anillo de oro para su desposorio con el mar Adriático, en que Venecia dominaba. En la bula le decía: *Recibidlo de mí como un signo de imperio sobre el mar; vos y vuestros sucesores casaos con él todos los años, a fin de que la posteridad sepa que el mar os pertenece por derecho de victoria y debe estar sometido a vuestra República como la esposa lo está a su esposo.*

«Al mismo tiempo concedió al Dux otros signos honoríficos: el de llevar delante de sí un cirio encendido, una espada, un quitasol, un sillón, un cojín tejido de oro, trompetas y banderas; todos estos signos representativos de autoridad, muy estimados en esos tiempos de ostentación en que el poder se decoraba pomposamente a los ojos de la multitud.

«Y John Ruskin, que ha escarbado en los viejos cronicones venecianos, al escribir *Las Piedras de Venecia*, y el conde Darn (sic), en su magnífica historia de la reina del Adriático publicada en la primera mitad del siglo pasado (1838), dicen que este casamiento ideal fué la principal y más fastuosa de las fiestas venecianas y sólo terminó después de la toma de Venecia por Napoleón (1797). Como a fiesta oficial, eran invitados el Nuncio de Su Santidad, los diplomáticos, la nobleza y el pueblo....»

Hasta aquí don Misael Correa. Como puede comprobarse con los párrafos que vengo citando, el punto en discrepancia entre el señor Correa y el protagonista de mi novela podría sintetizarse de la siguiente manera: «El señor Correa afirma y el otro niega, que las nupcias del Dux con el mar Adriático, celebradas anualmente en Venecia, tuviesen un origen *conocido*.»

Trataré de convencer al crítico de que está en error. Desde luego, y por vía de curiosidad, llamaré la atención a sus referencias: O yo estoy muy equivocado, o Ruskin, en *Las Piedras*

de Venecia, no habla de la ceremonia que nos preocupa. He revisado detenidamente esta obra en una edición inglesa y en su traducción castellana, y no encontré nada que se relacionara con la fiesta del *Bucentauro*. Aunque Ruskin no es autoridad en temas de crítica histórica, me agradaría que el señor Correa diera la página y la edición de la cual obtuvo sus datos.

Por otra parte, he consultado diversas Bibliografías de Historia y no tuve la suerte de encontrarme con el nombre, mucho menos con la obra, del conde *Darn*. Por lo que infiero que este debe ser un error de imprenta o que el señor Correa en vez de escribir Daru, apuntó ese nombre anglo-sajón. Pero, aun explicado de este modo el equívoco anterior, siempre quedarían faltas graves por corregir.

Pedro Antonio, conde de Daru, nació en Montpellier el 12 de Enero de 1767 y murió en París el 5 de Agosto de 1829. Su *Histoire de la République de Venise*, la dió a la publicidad 10 años antes de su muerte, es decir, en 1819. Pues bien, el señor Correa Pastene nos cuenta de una obra «publicada en la primera mitad del siglo pasado (1838)....»

En qué quedamos, ¿Darn o Daru? Si es Darn, le agradecería a mi contrincante que me diera algunos informes sobre este historiador, su nacionalidad, el pie de imprenta de la obra y la página. Y si es Daru... ¡Ah! si es Daru, la cosa cambia.

Tengo sobre mi mesa los volúmenes de la *Histoire de la République de Venise*, y, como en el caso de Ruskin, lo he revisado cuidadosamente, sin encontrar nada de lo que afirma mi bondadoso amigo. Aunque, sin duda alguna, no debo achacarle culpas; porque la persona a quien acude el señor Correa «publicó su obra en 1838» y Daru murió en 1829. ¡Mal podía el conde famoso escribir una obra después de muerto!

Pero, suponiendo que existiese el Conde *Darn*, lo único que haría—según el testimonio del señor Correa—es repetir una de las interpretaciones de la leyenda. Bien. Puede que él la creyera: pero en ese caso, hay muchos que no la aceptan y que, sin entrar en los detalles de la exégesis, adoptan, sin embargo, una actitud más lógica: dudan.

No como valor de autoridad, sino como simple comprobación de lo que acabo de decir, copiaré más adelante párrafos de una obra que trata de Venecia, escrita por don Rafael Errázuriz Urmeneta, ex-Embajador de Chile ante la Silla Apostólica. Pero será preciso que anticipe una nueva rectificación; la leyenda, en su forma más conocida, es anterior al papado de Alejandro III. Hácenla remontar al año 1000, por los tiempos de Pietro Orseolo, *doge* impuesto por el pueblo en lugar de Pietro Candiano, a quien la multitud, cansada de los abusos que cometía, asesinó en su propio palacio.

A pesar de lo dicho, el señor Correa tiene algo de razón. Equivocadamente quiso aludir, tal vez, a la *confirmación* de esta ceremonia, que se atribuyó al Pontífice ya mencionado. Oigamos al señor Errázuriz Urmeneta:

«...Tenemos que desde los primeros años del siglo XIV. el dux veneciano se embarcaba en el Bucentauro el día de la Ascensión, con el fin de celebrar sus bodas con el Adriático, y que ésta fué una de las fiestas más pomposas, y acaso favorita, entre los habitantes de la laguna. Describenla numerosos cronistas de diferentes épocas, habiendo recordado los más antiguos de ellos *una leyenda popular* de cómo el Papa Alejandro III, al residir en Venecia cuando preparaba su reconciliación con Barbarroja, confirmase solemnemente esta investidura del Adriático. *Lo cual parece ahora que no pasa de fábula inventada por la imaginación de ellos mismos*» (1).

Ahora, entrando en el terreno exegético, no sería difícil restarle toda firmeza a esta leyenda y aun llevar a personas al punto de vista contrario, si ellas—como en el caso del señor Correa Pastene—poseen por su fe católica buena base de credulidad ortodoxa.

Las nupcias con el mar, no pertenecen al ceremonial moderno; es un ritual pagano con antecedentes históricos precisos que luego traeré a memoria.

Esto obliga a meditar seriamente. ¿Pudo un Papa de la agu-

(1) R. Errázuriz U.: «*La Ciudad de los Dux*» T. I, p. 213; Roma, 1917.

deza y pasión dogmática de Alejandro III, instituir una ceremonia de apariencia pagana? No hay un caso en el Gobierno de la Iglesia que lo justifique. Cuando en los orígenes del catolicismo, la costumbre fué superior a la ortodoxia, la Iglesia simplemente se apoderó de la ceremonia y la cristianizó. Vestuario, lámparas, mitras, sedas imperiales, fuego sacro, fórmulas misteriosas, caían como una preciosa herencia ornamental, desde los brazos rotos de los ídolos de mármol, a la hierática procesión del sacerdocio triunfante.

No es para escandalizar a nadie. ¿Acaso el cristianismo no recibió de la Filosofía Antigua los dogmas de la Trinidad, del Logos o del Verbo?

No; Alejandro III no pudo instituir la ceremonia a que nos hemos venido refiriendo; sólo pudo adaptarla, confirmarla. Las nupcias del Dux con el Adriático son anteriores a este pontificado, y continúan, seguramente, un curioso ritual pagano que se repite en numerosos pueblos de la antigüedad.

Recordemos el respeto supersticioso que siempre tuvieron los hombres por el mar. Frente a él, la fantasía humana se despliega sin límite y cobra brillo inusitado. No es el océano una fuerza ciega de la Naturaleza; es una divinidad, un ser consciente y personal; o bien, la morada de genios y de dioses.

Las tempestades avasalladoras crean monstruos furiosos y desmelenados; las aguas en calma engendran seres de ensueño y melancolía. Son cortes mágicas donde, armoniosamente, lo Terrible busca las compensaciones de lo Bello: desafiando a las divinidades que devoran el cuerpo de los náufragos, las formas delicadas, ágiles, de las oceánides y las nereidas; compensando el horror de los huracanes marítimos, la silueta legendaria de los tritones, que pacifican el viento al son del retorcido caracol y arrastran el carro neptuniano sobre la espuma de las ondas, al trote de innumerables cuadrigas de caballos azules.

He aquí el tesoro que nos da el acervo mitológico. Releamos las tradiciones milenarias de la India, de Asiria, de Egipto, de Grecia. Sobre todo de Grecia. Es posible que, haciéndolo,

muchos recuerden el verbo cálido de Renan: «El país que elevó a Filipo de Crotona a la categoría de los semidioses por ser el más hermoso de los helenos de su tiempo, es el mismo que para expresar la campiña representa a un fauno; para significar una fuente, un lugar de sombra, de agua, de verdura, figuraba una cabeza de mujer con peces en torno a los cabellos; y que no hallaba mejor epíteto para calificar a un río que el de *kaliparthenos* (el de las bellas vírgenes), por la blancura de las olas, las cuales, para su imaginación, resolvíanse en hermosas y jóvenes doncellas.»

Lanzar objetos al mar, y aún seres humanos en señal de alianza o para calmar la furia de las aguas, es rito que practicaron casi todos los pueblos de la Antigüedad, y en edad más moderna, ciertas agrupaciones inferiores.

En el Libro de Jonás, por ejemplo, encontramos rastros inconfundibles de que ésta fué una costumbre arraigada entre los navegantes orientales:

«Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis; y pagando su pasaje entró en él, para irse con ellos a Tarsis de delante de Jehová.

«Mas Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, e hizose una tan gran tempestad en la mar, que pensóse que se rompería la nave.

«Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno llamaba a su dios: y echaron de la nave los enseres que había en la nave para descargarla de ellos. Jonás, empero, se había bajado a los lados del buque y se había echado a dormir.

«Y el maestre de la nave se llegó a él y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón? Levanta y clama a Dios; quizá Él tendrá compasión de nosotros y no pereceremos.

«Y dijeron cada uno a su compañero: venid y echemos suertes, para saber por quién nos ha venido este mal, Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás.

«Entonces le dijeron ellos; Decláranos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra y de qué pueblo eres?

«Y él les respondió: Hebreo soy, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo la mar y la tierra.

«Y aquellos hombres temieron sobre manera, y dijéronle: ¿Por qué has hecho esto? Porque ellos entendieron que huía delante de Jehová, porque se lo había declarado.

«Y dijéronle: ¿Qué te haremos para que la mar se nos quiete? Porque la mar iba a más y se embravecía.

«El les respondió: Tomadme y echadme a la mar, y la mar, se quietará; porque yo sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros.

«Y aquellos hombres trabajaron por tornar la nave a tierra; más no pudieron, porque la mar iba a más y se embravecía sobre ellos.

«Entonces llamaron a Jehová y dijeron: Rogámoste ahora, Jehová, que no perezcamos por la vida de aqueste hombre, ni pongas sobre nosotros la sangre inocente: porque tú, Jehová, has hecho como has querido.

«Y tomaron a Jonás y echáronlo al mar; y la mar se aquietó de la furia» (1).

Es fácil desentrañar de los versículos anteriores lo que hay de elemento supersticioso, del simple antecedente histórico.

Los marineros *echan la suerte* y Jonás aparece como culpable de la tempestad. ¿Por qué?... Una tempestad, obedeciendo a los fenómenos propios que la rigen, tiene siempre en cualquier parte y en cualquier circunstancia una explicación natural. Pero en la creencia generalizada de aquellos pueblos, una tempestad era un castigo indudable. Ahora bien, en el caso de un conglomerado tan pequeño como debió ser el que tripulaba esas débiles barcas de los albores de la civilización, era necesario deslindar las responsabilidades.

Jonás confiesa esa responsabilidad y él mismo determina que debe ser echado al mar; así las aguas calmarán su furia.

No hay duda que el profeta hebreo conocía situaciones análogas, procedimientos similares ejecutados a través de largos

(1) Jonás; Cap. I, vs. 3-15.

años por la superstición marítima de los navegantes orientales. «Tomadme—dice—y echadme a la mar, y la mar se os quitará: porque yo sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros.» Tiene la conciencia de su falta y *sabe el castigo* que merece: que lo arrojen al mar. Porque ateniéndonos a la letra la proposición siguiente es indiscutible: Jonás debía, sin ninguna otra transacción, ser arrojado al océano.

En vano los marineros, para salvar al profeta, tratan de corregir rumbos y llevar la nave a tierra. Trabajo inútil, «porque la mar iba a más y se embravecía sobre ellos». Y sólo cuando el cuerpo del hebreo se hundió entre las olas, «el mar aquietó su furia».

La creencia que analizo podía constatarse en el siglo XVII, con las variantes propias del tiempo y la distancia en las costas de Guinea.

Un día de 1693 en que las aguas se mostraron con extraordinaria violencia, los jefes de tribus aceptando, quizá por insinuaciones extrañas, que era un castigo por el mal espíritu con que miraban a los europeos, se dirigieron al rey, quien los tranquilizó, afirmando que él haría calmarse las olas a la madrugada siguiente. En efecto, ordenó a los sacerdotes que ofrecieran al océano un vaso lleno de miel de palma, un saco de arroz y otro de trigo, una pieza de algodón y muchos otros objetos.

Cumpliendo esta promesa, el Gran Sacerdote, una vez en la playa, dirigió un largo discurso al dios de las aguas, asegurándole que el rey era su amigo y amaba a los hombres blancos; que los jefes de tribus eran personas honradas que traían a su rey lo que éste había menester; que, por tanto, rogaba al mar no se enfadara impidiendo el desembarque de mercaderías. Agregó al dios que, suponiendo que necesitaba de ofrendas, le traía algunas; y junto con decir estas palabras, arrojó en medio de las olas el vaso con miel, el arroz, el trigo y los demás tributos que llevaba (1).

(1) Edward B. Tylor: «La Civilisation Primitive»; T. II, p. 486, C. Reinwald et C., Ed., Paris, 1878.

Reforzando los ejemplos anteriores, podríamos encontrar rituales de mayor similitud con la ceremonia de Venecia en el aporte legendario de los griegos. Así, el ejecutado por Policrates, tirano de Samos, y que nos refiere Herodoto con simplicidad encantadora.

Policrates era aliado de Amasis, rey de Egipto. Este, viendo la fortuna de su amigo, duda de su porvenir, pensando que no hay dicha duradera, y le aconseja que con objeto de equiparar su suerte, se desprenda de algún objeto precioso que le merezca especial estima. «Dígame esto, le dice Amasis en una carta, porque te aseguro que de nadie hasta ahora oí decir que después de haber sido siempre y en todo feliz, a la postre no viniera al suelo con toda su dicha primera. Sí, amigo, créeme ahora y toma de mí el remedio que voy a darte contra los engañosos halagos de la fortuna. Ponte sólo a pensar cuál es la cosa que más estima te merece, y por cuya pérdida más te dolieras en tu corazón: una vez hallada, apártala lejos de ti, de modo que nunca jamás vuelva a parecer entre los hombres. Aun más: te diré que si practicada una vez está diligencia no dejara de perseguirte con viento en popa la buena suerte, no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto» (1).

Policrates, impresionado con las palabras de Amasis, decidió desprenderse de la más querida de sus alhajas, «un sello que llevaba con frecuencia, engastado en oro y grabado en una esmeralda; pieza trabajada por Teodoro el Samio» (2) y luego, para llevar a cabo el extraño sacrificio, que sin duda se realizaría con solemnidad de ritual, «ordena equipar uno de sus *pentecónteros*, se embarca en él, dando orden de engolfarse en alta mar, y lejos ya de la isla, quítase el sello de su mano a vista de toda la tripulación y, arrojándolo al agua, manda dar la vuelta hacia el puerto, volviendo a casa triste y melancólico sin su querido anillo» (3).

Cuenta en seguida el historiador de los Nueve Libros, que

(1) Herodoto. 111-40.

(2) Id. 111-41.

(3) Id. 111-41.

el anillo fué encontrado en el vientre de un pez que un pescador regalara al propio Policrates...

Es claro—y de más está decirlo—que una narración de esta naturaleza, con mayores motivos que cualquier otra, debe ser sometida a crítica estricta. Salomón Reinach, el agudo erudito y exégeta francés, induce que Herodoto no ha comprendido—y esto se explica perfectamente—la fórmula ritual ejecutada por el tirano de Samos. Y agrega con justeza que la historia del pescado es a todas vistas un cuento (1).

Queda, sin embargo, en pie un hecho fundamental y otro complementario, aun que no menos importante: Polícrates, poderoso señor de los mares—*talasócrata*, como decían los griegos, hacíase internar en el océano y arrojaba un anillo entre las ondas, tratando de evitar, con el sacrificio de una prenda querida, futuros daños en su persona y en su poderío. Y que esta ceremonia celebrábase con cierta periodicidad; anualmente, quizá. Así, por lo menos, lo deja entender la carta atribuida al rey de Egipto: «si practicada una vez esta diligencia—le insinúa al tirano de Samos—no dejara de perseguirte con viento en popa la buena suerte, *no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto*».

Debió de ser éste un rito igual al que siglos más tarde ejecutaron los Dux de Venecia, al que una de las variantes de la leyenda trata de vincular con una pretendida bula de Alejandro III; como la buena fe de Herodoto trata de unir una fantasía de folklore—como es la del pez que se tragó el anillo—con una incierta carta de Amasis; sin adivinar, siquiera, tras el aparato tradicional, los motivos de una ceremonia religiosa de raigambre milenaria que, en una u otra forma, se encuentra desparramada en diversos pueblos de la tierra.

Acaso sería oportuno recordar aquí, como consecuencia a estas últimas reflexiones, el aforismo regocijado de Nietzsche: «*Sabemos perfectamente decir mentiras*».—Así cantaron antiguamente las musas, cuando se revelaron a Hesíodo.—

(1) Revue Archeologique. T. II, p. 10. París, 1905.

Se hacen descubrimientos importantes cuando se considera al artista como mentiroso.»

Verdad. Don Misael Correa ha pecado como Hesíodo, dándole crédito a las Musas.

¡Oh, fantasía, madre de los poetas y de los historiadores de antaño!

Notas Bibliográficas

ELEMENTOS DE CONTABILIDAD, por *J. Mario Galbiati*
Dones.

Hace algunos meses, don Mario Galbiati, profesor de la Universidad de Concepción, publicó un Manual de Contabilidad general y aplicada, libro que merece un comentario.

Para la mayor parte del público la Contabilidad es una ciencia netamente práctica y su estudio un mal necesario para obtener una ocupación en el comercio.

El comerciante, por su parte, la considera muchas veces como algo superfluo, pues los pocos conocimientos que se requieren en numerosos casos para llevar la contabilidad de una empresa se aprenden—así piensa a menudo—en la práctica, y en forma mucho mejor que la puedan enseñar los libros.

Esta manera de pensar nos indica que nuestra economía se encuentra todavía en gran parte en el período que en ciencias económicas denominamos del capitalismo primitivo.

En realidad, el capitalismo primitivo está caracterizado por el predominio de la empirie, de la tradición. No se necesitan en él conocimientos exactos y científicos de la técnica y de la organización de las empresas y de las leyes económicas. En eso nos distinguimos de los países europeos.

Todo el mundo se admira del predominio comercial e industrial europeo, y no saben nuestros prácticos cómo explicarlo. La diferencia reside sencillamente en que en Chile todos sabemos todo y pretendemos no necesitar métodos científicos, mientras que en Europa y Estados Unidos nadie pretende saber nada y se dedica con todas sus energías a llegar a conocer los

fundamentos científicos de la economía. Por supuesto que el conocimiento como tal no puede bastar: hay que agregarle algo netamente personal y que no puede aprenderse: las capacidades personales.

Antiguamente bastaba esta capacidad personal para llegar a ser un buen comerciante e industrial. Hoy en día es necesario agregarle el estudio científico de los hechos básicos de toda empresa.

Las primeras obras sobre contabilidad que conocemos, como por ejemplo la de F. B. Pegolotti sobre «La prattica della Mercatura», del siglo XV, o la de Giovanni di Antonio da Uzzano que lleva el mismo título y que fué publicada en 1442, ambas de autores italianos, como lo es el de que nos estamos ocupando (la contabilidad como ciencia nació en Italia), son obras netamente descriptivas y empíricas. Pero ya la de Jacques Savary sobre «Le parfait négociant», de 1674, contiene numerosos principios racionales. Y nuestra Contabilidad moderna es, la ciencia abstracta del comercio.

Antiguamente existía una división profunda entre las diferentes ramas del comercio. Hoy en día todo el comercio está basado en idénticos principios. Y más aún: nuestra Contabilidad moderna no se limita al comercio. Las bases de organización de toda empresa moderna son iguales. La separación que hace nuestra legislación entre las diferentes clases de empresas, como agricultura, comercio, industrias, minería, etc., no tiene ya valor práctico. En nuestra economía moderna tenemos que ver con la empresa abstracta, y a ella se refiere la contabilidad general.

La contabilidad ha venido a ser el alma de la empresa. La producción sólo se efectúa con el fin de obtener ganancias, y esas ganancias se producen mediante el asiento de números en los libros de la empresa. Toda la producción está basada en consideraciones numéricas, es decir: se produce desde el punto de vista de la contabilidad de la empresa. Todo verdadero jefe organizador de la empresa es un buen contador. Su voluntad es la que predomina dentro de la empresa y no la del técnico.

Si tomamos en consideración estos apuntes generales para formarnos una idea de la importancia de la obra de Galbiati, veremos que ella no es una sola promesa, sino que viene a llenar una verdadera necesidad de nuestra literatura.

En la primera parte se ocupa de la empresa y de sus elementos, refiriéndose a algunos problemas fundamentales de la ciencia económica; en la segunda parte se ocupa del comercio; en la tercera de las operaciones de comercio y documentación relativa; en la cuarta de las anotaciones contables, y en la última da algunos conocimientos generales de utilidad en el comercio y en las industrias.

La obra está escrita en un estilo elegante y sencillo, de manera que su contenido está al alcance de cualquier persona.

Escrita por un profesor de la Universidad penquista y publicada en la ciudad de Concepción, forma la obra del señor Galbiati una honra para nuestra literatura.

WALTER KNOCHE, *Die Osterinsel* (La Isla de Pascua).

Hace algunos meses, el eminente sociólogo alemán Oswald Spengler me escribía en una muy interesante carta, que los tres problemas hispano-americanos de mayor interés para los países europeos eran los siguientes: la cultura indígena, sobre la cual falta aún una obra que resuma los infinitos trabajos de detalle publicados hasta la fecha, la historia del arte colonial y la Isla de Pascua.

El Deutsch-Chilenischer Bund (Liga Chileno-Alemana) de Concepción, institución cuya organización comprende una sección de investigaciones científicas y publicaciones sobre Chile, acaba de publicar un libro sumamente importante sobre una de las materias aludidas.

En realidad, el Dr. Walter Knoche, conocido naturalista de Santiago, el cual fué durante algún tiempo Director de nuestro Instituto Meteorológico y Geofísico, ha resumido en un libro de unas 320 páginas, muy bien impreso e ilustrado con 54 reproducciones de fotografías, todo lo que sabemos sobre la Isla de Pascua, basándose en las observaciones hechas por él mis-

mo y sus ayudantes que lo acompañaron en la expedición de nuestro Gobierno a la Isla de Pascua, en el año de 1912.

Es una monografía escrita en un estilo claro y muchas veces verdaderamente poético. Contempla los problemas de la Isla en sus más diferentes aspectos. Basta citar los títulos de los diferentes capítulos para darse cuenta de la gran variedad de materias a que se refiere la obra: literatura, el descubrimiento de la isla, visitas posteriores, geografía, volcanes y sismicidad, el clima, condiciones higiénicas, la flora, la fauna, estadística demográfica, antropología, costumbres de vestirse, psicología de los pascuenses, habitaciones, la cocina, pesca, comercio y medios de transporte, el matrimonio, medicina, los funerales, música, bailes, juegos, deportes, guerras, religión, cráneos marcados, matemática, pequeñas esculturas, cinceladuras en madera, pintura, los grandes monumentos líticos, la escritura, lingüística y gramática, folklore, historia, la importancia actual de la Isla de Pascua.

La Isla de Pascua es una de las más célebres del mundo. En general, sólo se conocen sus enormes monumentos líticos, pero fuera de ellos, merece ser considerada como una de las grandes maravillas mundiales por otros títulos. Así por ejemplo el solo problema de la población de la isla en tiempos remotos pertenece a uno de los más interesantes que existen. Situada a más de 2,000 millas de las islas de Paumotu, que son las más cercanas, fué poblada por primera vez por la raza de los orejones. El Dr. Knoche supone que esta primera población se efectuó en la época de las grandes migraciones de Polinesia, o sea, entre los siglos XI y XIII. Estas migraciones se extendieron sobre un área cuyo eje transversal alcanza desde Berlín hasta China, y cuyo eje longitudinal se extiende desde Berlín hasta el Sur de Africa, para citar distancias de continentes mejor conocidos. En canoas sumamente estrechas, pero muy largas, la antigua población se aventuró a cruzar ese infinito océano Pacífico, alcanzando, como se sabe, hasta la costa occidental de América. Después de esta primera inmigración, se efectuó una segunda, entre los siglos XIII a XV. La población

que llegó a la isla en esta fecha era diferente de la primitiva, distinguiéndose principalmente por sus orejas (la nueva población lleva el nombre de «orejas chicas»). La primitiva población había llegado a la isla con una civilización semejante a la que existe en las demás islas de Polinesia hasta nuestros días. Es decir, se construían casi todos los objetos de uso de madera. Este material se agotó, empero, muy pronto en la pequeña isla. En consecuencia, se vió obligada la población por la misma naturaleza a emplear material de piedra. Así debemos explicarnos los orígenes de sus grandes monumentos. Según los mitos que se han conservado hasta nuestros días, fueron los orejones los constructores de los grandes monumentos. Existen en total 260 de éstos, los cuales se dividen en dos grupos: en primer lugar tenemos los *moais*, o sean los grandes monumentos que se encuentran en su casi totalidad en las faldas del volcán Rana Raroka, y en segundo lugar los *ariki*, o sean los monumentos líticos erigidos sobre los *maraes*, los cuales consisten en grandes plataformas de piedras y que servían de cementerios a los orejones. El mayor monumento mide diez metros de alto, pero hay otro no terminado que alcanza a 18 metros. Según el Dr. Knoche se trata de monumentos contruidos con el fin de honrar a los toquis pascuenses.

Fuera de estos grandes monumentos existe una infinidad de otros pequeños, labrados en madera. Había dicho ya que la madera es muy escasa en la isla. Se trata del toromiro, pequeño arbusto que crece en la isla, y de maderas conducidas a ella por las corrientes marítimas.

La segunda maravilla que nos ofrece la Isla de Pascua es la escritura. En realidad, existen tablas y cilindros perfectamente elaborados que están cubiertos de una especie de geroglíficos, o mejor dicho de ideogramas. Nadie ha logrado descifrarlos hasta la fecha. Según el autor del libro que estoy comentando, se trata de simples ideogramas no comprensibles para personas que no conozcan la materia a que se refieren. Pero es más que admirable que en una isla de unos pocos kilómetros de extensión y aislada por completo en el centro del Pacífico, se

haya desarrollado una escritura propia, independiente de toda influencia de afuera.

Se han formado las más fantásticas teorías sobre el origen de la civilización pascuense. Debemos separar desde luego todas aquellas teorías que operan con grandes catástrofes sísmicas. La Isla de Pascua jamás ha ocupado un espacio mucho mayor que actualmente. Las observaciones del Dr. Knoche han probado además que existe plena asismicidad, de manera que tales fantasías no tienen fundamento. Existen relaciones culturales con Polinesia y Melanesia. Hasta la Isla de Madagascar se extiende una ola de migraciones de pueblos que le pertenecen a la raza que vive en la Isla de Pascua. Esto nos comprueba en qué forma y grado el océano une a los pueblos. Pero la cultura pascuense es, en sus manifestaciones más importantes, netamente autóctona. Los mismos mitos de la población actual lo atestiguan así. De ellos se desprende que hace unos 200 a 300 años, los «orejitas chicas» se sublevaron y aniquilaron la antigua población, despeñando los *ariki* que se encontraban sobre los *maraes*.

El espacio no me permite ocuparme aquí de los demás aspectos de la Isla de Pascua, no menos interesantes que los a que me acabo de referir.

Sería de desear que se publicara una traducción al castellano de esta importante obra, no sólo por sus grandes méritos artísticos, sino también por formar la Isla parte de nuestro territorio nacional. Podemos ufanarnos de poseer una de las mayores maravillas del mundo.

O. VON HANSTEIN, *La virgen del Sol*,

La literatura europea le está dedicando un especial interés, desde hace algunos años, a las civilizaciones indígenas americanas. Existen hoy en día varias obras literarias de verdadero mérito que se ocupan de las grandes culturas azteca e incásica. Se explica este nuevo interés americanista de la literatura contemporánea como manifestación del anhelo de nuestro siglo de experimentar todas las emociones del alma de «los primiti-

vos». Desde que Gauguin, sin duda uno de los mayores pintores modernos, renegó de su espíritu europeo, para ir a llevar la vida de los indígenas de Oceanía, publicando un «Diario» sumamente sugestivo después de su regreso, ha encontrado numerosos imitadores. Todo el arte moderno fué saturado de elementos exóticos, primitivos. El «expresionismo» por ejemplo está basado conscientemente en él. Hay en este nuevo movimiento algo de aquella ideología inventada por Rousseau y muy en boga en el siglo XVIII. Por otra parte, los grandes progresos de la etnología han contribuído igualmente a formar un ambiente propicio a este modo de concebir la civilización exótica.

Especialmente en Alemania, el nuevo movimiento se nos presenta en todos sus diferentes matices. Primero fué Eduardo Stucken, quien escribió la epopeya de la conquista de México, en su verdaderamente genial novela «Los dioses blancos». Se ha dicho que esta obra es la continuación directa de la novela histórica de Sir Walter Scott, con la sola diferencia de que esta adolece muchas veces de una base verdaderamente histórica (en el sentido científico), mientras que Stucken reconstruye en su obra toda una época pasada, no alejándose jamás del más estricto criterio histórico. Podría suponerse que tales cuadros históricos, a medida que ganan en exactitud y veracidad, pierden en poesía, pero los cuatro gruesos volúmenes de que consta la novela de Stucken se leen sin la menor dificultad y sin que jamás se deje de reconocer que se trata de una novela. La vida es tan rica en formas que el poeta, al elegir un asunto tan novelesco como lo es la conquista de México, no necesita inventar mayores detalles para escribir una novela de verdadero mérito literario. En este sentido, «Los Dioses Blancos» forman sin duda una culminación en el desarrollo de la novela moderna.

Poco más tarde, Gerhard Hauptmann escribió su tragedia «El Salvador Blanco», la cual se refiere a los mismos hechos que forman el asunto de la novela de Stucken. Es sin duda una de las obras menos felices de Hauptmann. Desde hace algunos años, el insigne poeta dramático alemán parece encon-

trarse en verdadera decadencia espiritual. Los versos son pésimos en este drama, y toda la composición no merece los laureles que durante algún tiempo parece haber conquistado en el teatro alemán.

Como tercero entre los poetas de renombre—y para pasar en silencio numerosas otras obras—hemos de nombrar a Hanstein. La Editora Internacional ha traducido dos de sus novelas al castellano: «Las Hogueras de Tenochtitlan» y «La Virgen del Sol».

La primera de ellas tiene por campo de acción, como lo indica el título, la ciudad de México, la segunda se refiere al Perú.

Hanstein es un escritor muy hábil. Sabe encadenar la acción en una forma sumamente dramática. Sus novelas se parecen en este respecto a las célebres novelas de aventuras, escritas con el exclusivo fin de hacer padecer al lector un verdadero martirio de emociones, al menos al lector vulgar.

Pero el mérito de la «Virgen del Sol» no consiste precisamente en eso. Hanstein ha estudiado igualmente los fundamentos históricos de los antiguos incas. Su novela tiene, pues, un fondo histórico. Se refiere a las grandes luchas entre los chancas y los incas, luchas en que se decidió la suerte del reino de Tahuantisuyo. En realidad, sabemos hoy que el reino de los incas no fué sino la última etapa de una evolución histórica iniciada muchos siglos antes de su surgimiento. En la región de la costa y en el antiplano peruano-boliviano se formaron desde más o menos el principio de nuestra era, numerosos pequeños centros culturales, evolución que culminó por el año de 300 en Tiahuanaco, ciudad situada cerca del lago de Titicaca y que se convirtió en la predominante y majestuosa metrópoli desde la cual se extendía la nueva civilización hacia todas partes. En Tiahuanaco se cimentaron los fundamentos de la civilización indígena sudamericana. La civilización de los incas no ocupa, frente a ella, sino la situación que les corresponde a los romanos frente a los griegos. La gran potencia incásica comenzó a formarse por los siglos XI o XII de nuestra era. Primitivamente constituía un centro entre

los numerosos que se habían formado después de la decadencia de Tiahuanaco. Comenzó a conquistar los valles vecinos, hasta alcanzar su mayor extensión desde Ecuador hasta el Maule. En el curso de ese surgimiento de los incas, se repitieron innumerables guerras y grandes batallas con las demás potencias que se habían formado. La última y más encarnizada de estas guerras fué la con los chancas, pueblo semi-salvaje de la región de la montaña y quizá nómada de las selvas amazónicas. Se decidió la guerra en la batalla de Xaquixahuana, librada en las cercanías del Cuzco, por el año de 1345. En ella los incas obtuvieron la victoria.

En este tiempo se desarrolla la acción de la novela de Hanstein. Si bien el novelista alemán ha estudiado muy bien la historia de la época, se ha visto obligado a inventar casi toda la acción, por falta de fuentes que nos ofrezcan los detalles de esos tiempos. Hanstein no es tampoco un psicólogo tan profundo como Stucken, el cual nos sabe presentar perfectamente la psicología de los antiguos mexicanos, tan diferente de la nuestra. Hanstein supone a sus héroes animados de los mismos sentimientos de nosotros. En este punto peca deliberadamente contra la veracidad histórica. Nos recompensa en cambio con los caracteres magníficamente pintados que nos presenta. El huillac-umu (primer sacerdote) Rumi Nahui, por ejemplo, es una figura magistral. Ima Coillur, Viracocha, el Inca «Lágrima sangrienta», y Yupanqui son otras figuras excelentemente creadas.

En lo demás el cuadro que nos ofrece de las costumbres y de la civilización incásica, es en su mayor parte verídico. Puede recomendarse la lectura de esta novela como introducción en la civilización incásica, con el fin de formarse una idea más o menos cabal de lo que significa ella dentro del grupo de las grandes culturas.

Sería de desear que se divulgaran obras de esta índole en nuestro país. Tratamos de europeizarnos constantemente, pero ¿quién conoce entre nosotros ni los fundamentos más superficiales de nuestro propio pasado indígena?—C. K. R.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

La Escuela Nueva en Europa

El 9 de Diciembre la distinguida educacionista y escritora doña Amanda Labarca Hubertson, accediendo a una solicitud de nuestro Departamento de Extensión, dió en el aula pública de la Universidad una importante conferencia de difusión cultural.

El tema de esta conferencia fué *La Escuela Nueva en Europa*, y de ella publicamos a continuación un resumen tan completo y exacto como nos ha sido posible obtenerlo.

EN las palabras preliminares de su disertación la señora Labarca se refiere a las actividades que un grupo de profesores y directores de la Enseñanza, del que ella forma parte, viene realizando desde hace algunos años para agitar y preparar el ambiente público, haciéndolo apto para cooperar a una reforma integral de la Enseñanza.

Se opone a esta reforma, dice, en primer término, el conservantismo del profesorado. Somos conservadores, agrega, porque hasta hace poco, la Educación, en Chile, no ha sido una ciencia, sino una *creencia*, una fe.

La fe es, sin duda, un andamiaje de nuestra vida interior; pero como inspiración única de esta trascendental actividad pública, no ha podido bastar. Hemos perdido toda orientación; nuestra Enseñanza carece, en realidad, de todo fin. Por otra parte, muchos de entre nosotros se hallan ya en esa edad en que se hace imposible sentirse capaz de reconstruir la vida.

Y no sólo los profesores resisten la reforma. También se oponen a ella las autoridades escolares. Si se concede la necesidad de llegar a una reorganización integral, se teme dañar el prestigio de los que durante muchos años han tenido en sus manos la dirección de la Enseñanza.

Pero es necesario reconocer los errores, si los ha habido. Es preciso recordar la verdad que encierra esta máxima de Confucio: «No admiro al hombre que siempre anduvo erguido, sino al que después de haber caído se yergue y sigue derecho su camino».

Ha faltado, además, entre nosotros el ejemplo de la iniciativa privada, tan importante, tan decisivo en otros países. En Chile la Enseñanza particular ha copiado los métodos y la dirección de la Enseñanza del Estado; la ha atacado frecuentemente; pero jamás ha logrado sobrepasarla.

A pesar de estos desalentadores tropiezos, debemos conservar la fe en la cruzada que hemos emprendido, porque las ideas que ya han sido lanzadas tarde o temprano hacen su camino, si participan de la vida eterna de la verdad.

Se ha creído dar un paso hacia la reforma con el reciente mejoramiento de la situación económica del profesorado; pero esto no es sino un pálido antecedente de lo que en realidad necesitamos. Se ha dado, pues, el caso curioso de que la primera etapa de la reforma se haya hecho consistir en el bienestar económico de los maestros; de que la energía desplegada en pro de la reforma educacional haya sido captada en beneficio de los profesores.

Si así ha sido, mayor razón para considerar que nuestro honor nos obliga a continuar con más decisión que antes esta empresa de enorme interés nacional; debemos hacer la reforma; esta misma conferencia no es sino un aporte a esta gran empresa.

* * *

En los tres volúmenes que Adolphe Ferrière dedica a la «Escuela Activa», el gran educador suizo rastrea los orígenes

de la Escuela Nueva desde el Renacimiento. Rabelais y Montaigne se citan a propósito de las más recientes innovaciones pedagógicas. También se señala como ilustres abuelos de las nuevas inspiraciones, a Pestalozzi, Rousseau sobre todo, Tolstoi y Robin, con su famoso *Orfelinato de Campuis*, en Francia.

Pero el ensayo de que directamente deriva la Escuela Nueva es la fundación de Cecil Reddie, en *Abbotsholme*, el año 1889.

Las ideas fundamentales de Reddie pueden resumirse así: la escuela debe estar ubicada en el campo, para procurar a los niños un contacto permanente e inmediato con la Naturaleza, que es su medio propio; los alumnos deben ser guiados hacia una actividad constructiva y práctica, al mismo tiempo que hacia la adquisición de conocimientos. Reddie era, por otra parte, un espíritu eminentemente idealista; lo que él buscaba era la formación de un tipo humano superior.

1898 es la fecha de la fundación de *Bedales*, por el profesor Badley. Este instituto existe aun hoy. Badley introdujo en la Escuela el sistema de coeducación y el internado. Su casa, como Abbotsholme, estaba situada en el campo, y en lo demás, quedaba inspirada por los mismos ideales que guiaban a Reddie. Alrededor de doscientos alumnos, entre varones y niñas de 5 a 19 años, se entregan allí a los trabajos de granja, jardinería, telares, cerámica, artes y ciencias.

Quiso la casualidad que un gran espíritu francés, el conocido sociólogo Edmundo Desmoulins, trabara conocimiento con estas grandes iniciativas educacionales. Era Desmoulins en 1896 editor de *La Science Sociale*, cuando conoció en Edimburgo a Cecil Reddie. Visitó Abbotsholme y Bedales, y allí fué sorprendido por las ideas nuevas que no tardó en dar a conocer en su patria; allí conoció escuelas en que el niño no era encadenado a los libros; escuelas que eran en sí mismas un pequeño mundo y que ofrecían a sus alumnos, directamente, en su espontánea realidad, las inspiraciones del trabajo y la vida.

Publicó entonces Desmoulins una obra que fué como una voz que conmovió a Francia y al mundo: «A qué se debe la superioridad de los anglosajones».

Producto de esta sacudida del ambiente, y mediante la ayuda de desconocidos y de generosos amigos, en 1898 se fundó en Francia *El Castillo de las Rocas*, primera Escuela Nueva de este país. Poco después se publicaba «La Educación Nueva. La Escuela de las Rocas», libro que llevaba como epígrafe el lema *Éste no es un libro: es un acto*. Se creaba también la *Sociedad de la Escuela Nueva*, que aun existe.

En Abbotsholme se formó y se inspiró también un joven profesor alemán, Herman Lietz. Atraído por ese centro de grandes inspiraciones, permaneció en Abbotsholme varios años.

A los treinta años de edad fundó la Escuela de *Ilseburg*, al pie de los montes Harz. Fué también una escuela con internado, ubicada en pleno campo, donde los alumnos se dedicaban a diversos trabajos, conducidos por su propia espontaneidad y guiados a la formación del carácter individual. Tres años después de la fundación de Ilseburg, creaba la escuela de *Haubinda*, para niños de más edad. Era una gran propiedad, con chacras, lagunas, potreros y bosques; pero su misma extensión requería un trabajo enorme; las dificultades fueron inmensas, y Lietz sólo logró escollarlas con la ayuda de los ex-alumnos de Ilseburg.

En 1904 se realiza la fundación de *Bieberstein*, centro desde donde había de difundirse el nuevo espíritu pedagógico por toda Alemania, Suiza, Austria y Bélgica.

Como Abbotsholme y Reddie habían inspirado a Lietz, éste, a su vez, inspiró a Ferrière.

En 1889 se funda la *Oficina Internacional de las Escuelas Nuevas*, en Ginebra. El objeto de esta corporación era ayudar y fomentar la creación de Escuelas Nuevas, centralizar la literatura relativa a estas fundaciones y utilizar en la mejor forma los nuevos experimentos pedagógicos.

La semilla se hallaba ya esparcida por toda Europa. Fué aprovechada en la fundación de Decroly, la *Escuela para la vida y por la vida*; y en España, por don Francisco Giner de los Ríos, a quien se debe la creación del *Instituto Escuela*. En Italia, María Montessori funda la *Casa dei bambini*.

Desde Europa pasa la nueva idea a Norte América. En la gran República recibe grandes refuerzos y nuevos aportes, especialmente de la obra de los psicólogos. Puede decirse que la base científica de la Escuela Nueva fué dada por James, Stanley Hall, Baldwin, King, Kirkpatrick y Dewey. En este último se advierte una gran influencia de Juan Jacobo Rousseau; pero todo lo que en el filósofo ginebrino es genialidad e intuición, es en Dewey observación, inducción, ciencia.

Fenómeno digno de notarse es el que los profesores y psicólogos norteamericanos hayan dado a la Escuela Nueva toda su base teórica, sin que su aporte práctico sea digno de notarse.

Después de haber provocado este gran movimiento científico en Norte América, la idea de la Escuela Nueva vuelve a Europa rodeada de mayor y más seguro prestigio.

En Alemania no puede silenciarse el nombre de Kerschenteiner, cuya experiencia es la más vasta en el movimiento de las Escuelas Activas. De profesor llegó a consejero escolar de Munich; desde 1906 hasta 1919 luchó contra la tradición y la rutina, contra la imposibilidad de mantener en las Escuelas Nuevas el sistema de exámenes según el antiguo principio del saber memorizado, y también contra el costo elevado de las nuevas instituciones escolares, impuesto por el mantenimiento de talleres, jardines, cocinas, laboratorios, de tal suerte que cada una de estas reparticiones sirve sólo a un corto número de alumnos.

Se ha dicho que la experiencia de Kerschenteiner es la más extensa que se haya realizado. Algunos números lo prueban. Las escuelas de esta fundación comprenden un millón y medio de niños de las escuelas primarias; 600,000 en las escuelas complementarias; 100,000 en las escuelas superiores y 50,000 en las escuelas de artes y oficios.

Además de su labor práctica, Kerschenteiner ha escrito la obra más concienzuda sobre el nuevo sistema pedagógico: «*Begriffder Arbeitsschule*», el concepto de la Escuela Activa, libro cuyo origen debe buscarse en una conferencia dada por el autor

en Zurich, el 12 de Enero de 1908, al celebrarse el aniversario de Pestalozzi.

En Hamburgo los obreros, y los maestros, coordinando sus esfuerzos y propósitos, han obtenido la reforma educacional en grande escala. Austria la ensaya hoy en todo su sistema educacional.

La llama prendida en el cerebro y en el corazón de los renacentistas, que alumbró en Abbotsholme, se extiende hoy por todo el mundo. Su calor ha inspirado las iniciativas de Nieto Caballero en Colombia y las reformas que se han realizado ya en México y en Uruguay.

Preciso es, pues, estudiar con método y con algún detenimiento las bases, las orientaciones generales de este método educacional, que señala, sin duda alguna, los caminos del porvenir.

Para este fin, nada más apropiado que hacer un comentario a cada uno de los treinta puntos en que la obra de Ferrière resume las bases de la Escuela Nueva:

I. La Escuela Nueva es un laboratorio de Pedagogía Experimental; sirve como exploradora a las escuelas del Estado; sus métodos están en estrecho contacto con los resultados de la Psicología moderna, y sus fines, con las necesidades actuales de la vida material y moral.

II. La Escuela Nueva está situada en el campo, que es el medio natural del niño. Allí queda este sometido a la influencia de la Naturaleza y encuentra la posibilidad de ocupaciones primitivas. La jardinería, la agricultura en general, son los mejores medios para alcanzar la más completa educación física y moral. Pero para favorecer la educación intelectual y artística es preferible que la escuela esté ubicada cerca de la ciudad.

III. La Escuela Nueva es generalmente un internado, porque sólo la influencia completa y constante del medio en que el niño se mueve y crece puede permitir una educación eficiente. La Escuela Nueva no considera el internado como un ideal; la influencia natural de la familia, si es sana, es preferible a cualquier internado.

IV. Los alumnos de las Escuelas Nuevas se agrupan en casas separadas; cada grupo de diez o doce niños vive bajo la dirección material y moral de un profesor.

V. La coeducación practicada en los internados durante el período de estudio ha producido resultados intelectuales y morales de un valor incomparable, tanto para los varones como para las niñas; esto, en todos los casos en que las condiciones materiales y espirituales han sido favorables a esa coeducación.

VI. La Escuela Nueva permite que todos los alumnos se ejerciten en un trabajo manual durante un tiempo de una y media a cuatro horas diarias.

VII. Entre los trabajos manuales se prefiere para los niños la carpintería, porque desarrolla la destreza y la precisión manuales, un sentido agudo de observación y el esmero y el *self-control*. El cultivo del suelo y la crianza de animales domésticos toman su puesto entre las actividades comunes a la historia de la raza. Los niños encuentran deleite en ellos; todos deberían tener oportunidad de practicarlos.

No es el trabajo manual por sí mismo, sino en cuanto conduce a la adquisición de una mentalidad más completa.

VIII. Al lado del trabajo definido y especificado en los programas debe dejarse tiempo para las ocupaciones libres, en que los alumnos cultivan sus gustos individuales y estimulan su ingenio y sus facultades inventivas.

Dentro del régimen que se ha practicado entre nosotros, no ha sido posible darnos un conocimiento de los niños; no los conocemos, ni les damos oportunidad de conocerse.

IX. La Gimnástica al aire libre sirve para desarrollar el cuerpo, tanto como los juegos y deportes.

X. Las excursiones a pie, en bicicleta o a caballo, acampando en tiendas y alimentándose con comidas preparadas por los mismos niños, desempeñan un importante papel en la Escuela Nueva. Las excursiones se preparan de antemano y sirven como complemento a los cursos ordinarios de instrucción.

Son, además, como un suplemento a los conocimientos

geográficos; se practica en ellas el levantamiento de planos y se investigan directamente las necesidades del país.

XI. El fin de la Escuela Nueva, en lo que se refiere a la educación intelectual, es desarrollar el poder de raciocinio independiente, antes que acumular conocimientos adquiridos en forma rutinaria. Las facultades críticas se cultivan mediante la práctica de los métodos científicos: observación, formulación de hipótesis, verificación y establecimiento de las leyes.

Lo esencial es, pues, aprender a razonar por cuenta propia. En Chile aun no sabemos hacerlo; vivimos, en punto a cuestiones intelectuales, de copias de París.

XII. La cultura general se refuerza con la enseñanza especializada.

Al principio la especialización es espontánea; se realiza estimulando los gustos varios y diferentes de los niños. Después se la sistematiza con ayuda de los intereses y habilidades del adolescente, teniendo en cuenta las ocupaciones de su vida futura.

XIII. La instrucción se basa sobre hechos y experimentos; los conocimientos se adquieren mediante la observación personal (visitas a las fábricas, trabajos manuales, etc.), o, en defecto de ésta, por las observaciones ajenas conservadas en los libros. Siempre la teoría ha de seguir a la práctica; jamás ha de precederla.

XIV. La educación se basa en la actividad personal del alumno. Se deduce que el dibujo y las varias clases de trabajos manuales deben asociarse íntimamente a los estudios intelectuales.

XV. La instrucción se basa en los intereses espontáneos del niño. De 4 a 6 años es la edad del juego y de los intereses discursivos. De 7 a 9 años interesan los objetos inmediatos de percepción concreta. De 10 a 12 años es la edad de los intereses concretos o edad de las monografías y colecciones. De 13 a 15 años interesan los conocimientos abstractos, complejos, psicológicos, sociales y filosóficos. Las ocurrencias diarias de la vida escolar o de la comunidad darán oportunidad para

lecciones y discusiones que deben ocupar sitio de preferencia en la Escuela Nueva.

Tales métodos buscan su base en la Psicología, especialmente en los estudios de los psicólogos norteamericanos y de Binet, Claparède, etc.

XVI. El trabajo individual del alumno consiste en la investigación de los hechos, libros, revistas, etc., y en la clasificación de los resultados, de acuerdo con un esquema lógico adecuado a su edad; en la clasificación de documentos de varias clases, trabajo original que sirve para la preparación de conferencias que han de ser dictadas en clase.

XVII. El trabajo colectivo consiste en el intercambio u ordenamiento y elaboración lógica de los documentos estudiados individualmente.

XVIII. En la Escuela Nueva la instrucción, en su sentido estricto, se reduce a la mañana, generalmente de 8 a 12. En la tarde, según la edad, se dedican 2 horas a la preparación de tareas; los menores de 10 años no hacen solos estas preparaciones.

Puede compararse esta distribución de trabajos con lo que significa el recargo escolar actual.

XIX. En ningún día se estudian más de dos asignaturas. La variedad no se obtiene por la enseñanza de muchos ramos, sino por la manera cómo se distribuyen, recurriendo a diferentes modos de actividad.

XX. En ningún mes ni período escolar se estudian muchos ramos. Un sistema de cursos variados, semejantes a los que se ofrecen en las Universidades, permite al niño efectuar una elección personal.

XXI. La educación moral como la intelectual no se efectúa del exterior hacia el interior, por imposición de autoridad, sino de dentro a fuera, por la experiencia y el ejercicio gradual de la libertad. De acuerdo con estos principios ciertas Escuelas Nuevas han implantado el sistema de la *república escolar*.

XXII. A falta de un sistema enteramente democrático, muchas Escuelas Nuevas se gobiernan como monarquías constitu-

cionales; los alumnos eligen jefes cuya responsabilidad está perfectamente definida.

XXIII. Deberes sociales de varias naturalezas permiten realizar efectivamente el principio de la ayuda mutua. Tales servicios a la comunidad son efectuados por turno por los pequeños ciudadanos.

XXIV. Las recompensas y sanciones positivas consisten en dar oportunidad a las mentes creadoras para acrecentar su poder de creación. Se relacionan con las ocupaciones libres, y así se contribuye a desarrollar el espíritu de iniciativa.

Con tal propósito, las bibliotecas y laboratorios quedan abiertos día y noche.

XXV. Los castigos y sanciones negativos tienen directa relación con las faltas sobre que recaen. Tratan, por medios adecuados, de capacitar al niño para alcanzar mejor en el futuro el fin que no han obtenido o que sólo han alcanzado imperfectamente.

XXVI. La emulación se obtiene por medio de la comparación entre lo que el alumno ha efectuado antes y lo que está efectuando ahora. No depende de la comparación entre su propio trabajo y el de sus camaradas.

Corresponde este criterio a lo que en la sociedad es el término del período de competencia, de lucha despiadada, y su reemplazo por el criterio de cooperación.

XXVII. Como lo dijo Ellen Key, la Escuela Nueva debe ser un ambiente de belleza. Su primera condición y punto de partida es el orden. Las artes industriales que practica el niño y que inspiran su vida deben conducirlo al arte puro, que despierta en las naturalezas artísticas los sentimientos más nobles.

XXVIII. La música de cámara, coral e instrumental, ejerce la influencia más honda y purificadora sobre quienes la aman y practican. Todos los alumnos deben experimentar estas emociones.

XXIX. La educación de la conciencia moral toma la forma, en cuanto se refiere a los niños de más corta edad, de narraciones o lecturas, de historias que susciten en las mentes reacciones espontáneas, valorizaciones genuinas que, por su

repetición y por la importancia que se les concede, llegan a convertirse en guías principales de conducta. De tal carácter es la «lectura vespertina» de las Escuelas Nuevas.

Nieto Caballero ha establecido las reuniones diarias de profesores.

XXX. La educación del razonamiento práctico consiste en su mayor parte, en cuanto se refiere a los adolescentes, en reflexiones y estudios relacionados con el progreso espiritual, individual y social.

La actitud religiosa en las Escuelas Nuevas es por lo común independiente de credos definidos. Inculca la tolerancia hacia los diversos ideales, siempre que representen un esfuerzo por el adelantamiento espiritual de la Humanidad.

* * *

Cada uno de estos treinta puntos fundamentales establecidos por Ferrière, fué ilustrado por la señora Labarca con nutridos e interesantes comentarios, conducentes a hacer más clara y fácil su comprensión y a señalar la forma como debe dárseles práctica aplicación.

Sentía yo, como casi todos nosotros, agregó la conferencista, una vaga intuición de todo esto. Ahora esa intuición se ha convertido en un convencimiento claro, nítido; en un convencimiento dinámico que se agita por expandirse.

Y a esta actitud positiva, activa, nos conduce también la certeza de que nuestro sistema educacional actual no sólo no es bueno, sino que es malo; no sólo no forma caracteres, sino que los deforma.

Es malo nuestro actual sistema porque ahoga toda originalidad; porque trata a los niños como a cifras iguales, sin percibir, sin tener en consideración las diferencias individuales; porque habilúa a aceptar sin examen ideas que ni siquiera se comprenden; porque forma egoístas, enseñando a conceder al éxito prioridad sobre el progreso espiritual; porque fomenta infecundas vanidades; porque no enseña a construir y aparta a

los jóvenes de la vida y forma seres inadaptados; porque no fomenta ni impulsa la más grande de las alegrías, la más intensa de las satisfacciones: el trabajo creador.

Nocivo es también nuestro actual sistema en lo que se refiere al profesorado.

Es necesario, es imprescindible penetrarse de que la Ciencia y el Arte no están en los libros, sino en la Naturaleza y en la Vida. Hemos hablado durante mucho tiempo; ahora construyamos. Demostremos que somos capaces de realizar nuestros ensueños.

Dos caminos se presentan a los que alimentan el propósito de hacer algo por la renovación de nuestros sistemas educativos. Es el primero insuflar un nuevo espíritu en el viejo orden de cosas, intensificar todo recurso educacional, propender a un mejoramiento general, desde el maestro; despertar un intenso amor por el alumno, provocar la cooperación en la familia, y, sobre todo, tener en cuenta, en toda actividad, que se está trabajando por la consecución de algún fin.

El otro camino consiste en ensayar nuevos moldes. Según este criterio, ya no sería posible propender a una reforma integral dentro del antiguo régimen. Hay que despertar la iniciativa particular, más libre, más espontánea.

¡Qué admirable ideal, qué magnífico ejemplo sería la creación de una Escuela Nueva en estos cerros verdes, al lado del mar!

Necesitamos, entre los dirigentes, hombres de acción, de colaboración; no gente que vaya a vegetar en alguna oficina gubernativa; hombres que sepan responder al llamado permanente de los recursos naturales de que nuestra tierra es pródiga.

El Chile de ayer está haciendo crisis en toda clase de actividades; es necesario que la Educación Nacional aproveche también de este gran impulso, de esta enorme fuerza renovadora. Hemos errado, y es honrado reconocerlo y confesarlo.

Es menester que busquemos nuevos rumbos, y en este honrado deseo de corregir lo que comprendemos que es malo, es necesario que afiancemos cada vez más este convencimiento íntimo: *La Escuela Nueva es la futura senda.*

Libros recibidos

- FRANCISCO ISERNIA.—*Vuelo*, poesías. Edición de «Nosotros», Buenos Aires, 1925.
- CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE (Prof. de la Univ. de la Plata.) —*Derecho Político*. Edit. p. «Sagitario», Buenos Aires, 1925.
- SERGIO PIÑERO (hijo).—*El puñal de Orión*, apuntes de viaje. Edit. Proa, Buenos Aires, 1925.
- LUIS A. ROMÁN C.—*Fábulas*. Imp. San José, Santiago de Chile, 1925.
- ERNESTO QUESADA.—*El ciclo cultural de la Colonia*. Segunda Edición. Talleres S. A. Jacobo Peuser, Ltda., Buenos Aires, 1925.
- EMILIO ORIBE.—*El halconero astral y otros cantos*. Segunda Edición. Agencia Gral. de Lib. y Pub., Montevideo, MCMXXV.
- VIRGILIO FIGUEROA.—*Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*.—4.^a entrega. Imp. «La Ilustración», Santiago.
- JULIO ALVARADO (Pres. de la Univ. Popular de la Fed. de estudiantes de Sucre).—*El caudillismo en Bolivia*, Carta a Manuel A. Seoane. Imp. Bolívar, Sucre, Agosto de 1925.

Periódicos, revistas y otras publicaciones

- La Escuela Americana*.—Publicación pedagógica mensual. Santiago de Chile. Junio de 1925, N.º 4.
- Higiene Popular*.—Boletín del Instituto de Eubiosis. Año II, N.º 4. Montevideo.
- Revista de Oriente*.—Publicación mensual de estudios sociales y actualidades. N.ºs 1 a 4, de Junio a Octubre de 1925.
- Cuestiones Económicas y Docentes*.—Osvaldo Camus Murúa. Memoria de prueba para el grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Imp. Universitaria. Santiago, 1925.
- Memoria del Minisiro de Instrucción Pública y Agricultura*, Dr. Carlos Paz, presentada al Congreso Nacional de 1925 con ocasión del primer Centenario de la República. La Paz, Bolivia.
- Nosotros*.—Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. Buenos Aires, Octubre de 1925. Año XIX, N.º 197.

- Estadística de la Instrucción Primaria.*—República de Cuba. Año Escolar 1923-1924.
- Cuatro Discursos y tres artículos periodísticos,* por el Licenciado Alfonso F. Ramírez. México, 1925.
- Mundo Español.*—Revista mensual de Cultura y Comercio. Santiago de Chile. N.ºs 48 y 49, Agosto y Octubre de 1925.
- La Antorcha.*—Semanario de Artes, Ciencias e Industrias de José Vasconcelos. México. Octubre de 1924. N.º 2.
- Razón y Fe.*—Revista mensual de los Padres de la Compañía de Jesús. Madrid. Septiembre de 1925. N.º 289.
- La Canción de la Campana.*—Schiller. Traducción de Eudomilia Gallardo S.; Víctor Ide. Osorno 1925.
- La Nueva Democracia.*—Revista mensual. Nueva York. Vol. VI, N.º 11. Noviembre de 1925.
- Revista Universitaria.*—Publicación mensual. Universidad Católica de Chile. Santiago. Año X, N.º 8, Noviembre 1925.
- Valoraciones.*—Revista bisemanal de Humanidades, Crítica y Polemica. La Plata. Noviembre de 1925. N.º 8.
- Revista Chilena.*—Año VIII, Núm. LXXI, Noviembre de 1925, Santiago de Chile.
- Nosotros.*—Buenos Aires, Año XIX, Núm. 198, Noviembre 1925.
- La Nueva Democracia.*—New York City, Publ. por el Comité de Cooperación de la América Latina. Vol. VI, Núm. 11, Noviembre de 1925.
- Acción Socialista.*—Buenos Aires. Revista quincenal. Año III, Núm. 10.
- Repertorio Americano,*—San José de Costa Rica. Tomo XI, Núms. 9, 10, 11 y 12.
- Dios.*—México. Revista filosófica. Año II, Núms. 13 y 14, Septiembre y Octubre de 1925.
- Boletín de la Universidad Nacional de México.*—México. Tomo II, Núms. 5 a 9, Junio a Octubre de 1925.
- Juventud.*—Los Andes. Año I, Núm. 1, Noviembre de 1925.
- Babel.*—Buenos Aires. Revista de Bibliografía, Segunda época, Núm. 18.
- Boletín de la Secretaría de Educación Pública.*—México, D. F. Tomo IV, Núm. 7, Octubre, 1925.

GLOSARIO DE REVISTAS

Tres poetas franceses nacidos en Montevideo

En un número reciente de «La Cruz del Sur», revista uruguaya de arte y literatura, encontramos, con el título de estas líneas, un largo homenaje a tres poetas franceses de desigual importancia. Ellos son el conde de Lautréamont, Julio Laforgue y Julio Supervielle. El hecho es curioso. Los tres han nacido en Montevideo y han sido luego escritores en francés. Veamos entre tanto sus características.

El Conde de Lautréamont es nada más que Isidoro Luciano Ducasse, y nació en Montevideo en 1846, hijo de padre francés. El interesante crítico Alberto Lasplacés es el que nos da noticias sobre Ducasse, escribiendo un artículo que es lo más completo y serio que conocemos sobre la personalidad de tal escritor.

Ducasse es el autor de sólo dos libros: «Chants de Maldoror» y «Poésies», publicados en 1868 y 1870 respectivamente, en París. De su vida se sabe muy poco, casi nada. Por eso mismo se ha formado en

torno a ella, o más bien, en torno a la ignorancia de ella, una leyenda vaga que tiene contornos extraños y morbosos. Ese mismo misterio que reinó y reina sobre su vida también ha reinado sobre su obra. Rémy de Gourmont, exégeta de raros escritores, de talentos ignorados y difíciles, de genios locos, fué quien le descubrió a los treinta años de muerto Ducasse. Gourmont divulgó su obra extraña, hizo alarde de ella, le dedicó ditirambos encendidos; pero no pudo interesar por largo tiempo. Ducasse, bajo su seudónimo condal, volvió a caer en el olvido.

De él pretende sacársele por segunda vez. Paul Dermée, escritor francés de avanzada, es uno de los nuevos panegiristas de Ducasse. Su obra, nos dice Dermée, es de una fuerza que asombra. «El tono extraño y vehemente de los «Cantos» — dice—es la expresión de una fuerza lírica servida por una riqueza verbal inaudita. Un alma de llamas se apasiona en el espectáculo del mal, de la hipocresía y del crimen. Lautréamont flagela ferozmente las

grupos viciosos, los espíritus serviles, los rostros ambiguos, los vientres monstruosos, y su elocuencia superhumana tiene los acentos de los profetas de Israel y del Dante, vengador de Dios.» La fantasía de Ducasse es soberana y no se detiene ante ningún extremo. Su obra está llena de hallazgos, de originalidades, de cosas gigantes y monstruosas a la vez, de belleza dulce y también de lodo, de tragedia y de locura. Satírico a veces, blasfemo otras, este escritor tiene algo del satanismo que encarnara en otra época Lord Byron, pero no tiene la salud del poeta inglés, el vigor sano e íntegro. Es un desequilibrado cuya obra demanda, para su explicación, recurrir a textos de medicina y de psicología...

Más adelante encontramos un breve artículo de Alvaro Guillot Muñoz sobre Julio Laforgue, el conocido «inventor» del verso libre que tanta importancia ha tenido en el movimiento de renovación de la poesía occidental que nació con las postrimerías del siglo XIX. Poeta y prosista, hombre de buen gusto a quien repugnaba todo lo gastado y vulgar, espíritu fino e inquieto que sabía verlo todo y comprenderlo todo, Laforgue realizó en su literatura y, en forma indirecta, en la castellana luego, una modificación trascendental. Se puede decir que él dió el golpe de gracia

al naturalismo, doctrina literaria que llevaba envuelta una manera de escribir y hasta un modo especial de ver las cosas de la vida. Y esa manera y ese modo habían ya perdido en los días de Laforgue—¿qué diremos de los nuestros?— todo interés y toda novedad.

Luego Pedro Leandro Ipuche, en castellano, y Gervasio Guillot Muñoz, en francés, nos hablan sobre el francés montevidеоano de hoy, Julio Supervielle, que cosecha actualmente aplausos del más grande entusiasmo en la patria de sus padres. Tiene Supervielle un rasgo distintivo que le aparta de los otros dos escritores franceses nacidos, como él, en Montevideo. Ese rasgo es que a Supervielle le interesan los asuntos americanos, la vida de las tierras en que vió la luz y a las cuales llegaron, entre otros inmigrantes, sus ascendientes a bregar por la vida y a conquistar la gran fortuna de que hoy disfrutan sus hijos. En la lengua de Voltaire las visiones de la pampa, de las faenas lugareñas, de los cuadros típicos de la tierra americana, tienen un encanto especial que ha seducido a todos los gustadores de lo nuevo en Francia.

Tales son los tres poetas franceses que han nacido en Montevideo y que tan diversa fortuna han tenido en su vida y en las letras.—S.

A Ñ O 1 9 2 5

VOLUMENES I y II

Indice de autores

	Vol.	Núm.	Pág.
A. V.—Demagogia y finanzas	II	6	121
Una carta inédita de Anatole France.....	II	6	122
Gobiernos fuertes y Gobiernos inteligentes.....	II	6	125
El problema de la cultura en México.....	II	6	127
A. V. C.—El porvenir de las relaciones franco-alemanas	I	1	113
Acuña, Carlos.—Acuarelas de Quipato.....	II	7	186
Adriani, Alberto.—La crisis política actual y el Estado orgánico.....	II	9	419
Alone.—La libertad.....	II	9	442
Armaza, Juan de.—El zorzal.....	I	5	552
Los jotes.....	I	5	553
Las tunas.....	I	5	553
Los quiscos.....	I	3	285
La tenca.....	I	3	286
Pensamientos	II	10	590
Athayde, Tristán de—Las tres poetisas del Sur...	I	3	227
Auclair, Marcelle.—Journée de convalescence...	I	2	164
Solitude, en Hiver.....	I	5	481
Jeanne D'Arc, por Joseph Delteil.....	II	10	596
B.—Ex-libris.....	II	6	116
Barrios, Eduardo.—«Dos veces amantes», por Sousa Costa.....	I	3	320
Baumann, Emilio.—La última Pascua de San Pablo.....	I	5	492
Bórquez Solar, Antonio.—Bizarrias de antaño, I	II	9	456

	Vol.	Núm.	Pág.
Bizarrias de antaño, II.....	II	10	564
Boza, Luis Roberto.—La Grúa.....	II	8	322
Brenes Mesén, Roberto.—Los poemas de Jaime Torres Bodet.....	II	6	80
C. K. R.—«La Política», por Oscar Edwards Bello.....	I	5	555
Notas bibliográficas.....	II	10	611
Cabrera Méndez, R.—Un proceso de influencias sociales.....	II	7	173
Nobrian.....	II	9	427
Castro Leal, Antonio.—Mi harem pictórico.....	I	3	213
Balzac, Dostoyevsky y Proust.....	I	4	437
Colin, Eduardo.—Gabriela Mistral.....	II	7	263
Conrad, José.—El huésped secreto, I.....	II	6	3
El huésped secreto, II.....	II	7	135
Cruchaga Santa María, Angel.—Cansancio.....	I	2	165
Cruz Ocampo, Luis D.—Literatura americana; li- bros argentinos.....	I	1	91
«Androvar», por Pedro Prado.....	II	7	210
«Poemas breves», por Jorge Gustavo Silva.....	II	8	387
«Arcoiris», por María Rosa González.....	II	8	391
Díaz Casanueva, Humberto.—La canción del hom- bre estéril.....	I	4	405
Donoso G., Francisco.—Poemas interiores.....	II	7	207
E.—«La Tierra y la evolución humana».....	I	3	344
«Clara Aurelia. Emperatriz de Portugal».....	I	3	345
«Místico amor humano», por Alfonso Nadal.....	I	5	564
«De tren a tren», por Antonio Callejo.....	I	5	565
E. B.—«Calcomanías», por Oliverio Gironde... ..	I	5	563
E. M.—Notas sobre el origen de la vida.....	I	1	106
«Don Benjamín Vicuña Mackenna», por Ricar- do Donoso.....	II	8	356
Edwards, Alberto.—La sociología de Oswald Spengler, I.....	I	4	387
La sociología de Oswald Spengler, II.....	I	5	507
Escudero, Alfonso.—La actividad literaria en 1924	I	1	66
Gálvez, Salvador.—Memoria leída en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Concep- ción.....	I	2	155
Giraud, Víctor.—Las hermanas de los grandes hombres: Enriqueta Renan, I.....	II	7	189

Las hermanas, etc. II.....	II	8	279
González R., Eugenio.—Prosas breves.....	I	2	143
González Vera.—Mientras el tren corría.....	I	2	133
La Semana del Señor.....	II	6	45
La morada de las ánimas.....	II	9	448
Guillén, Alberto.—Pájaros de humo.....	II	9	430
Guzmán, Ernesto A.—Palabras a un incrédulo...	I	4	385
Hazard, Paul.—Tres meses en Chile.....	I	1	36
Hermansen, Róbinson.—El concepto de la justicia social.....	I	5	484
Huidobro, Vicente.—Al fin se descubre mi maestro	II	7	217
Ibarbourou, Juana de.—Lasitud.....	II	7	177
Silencio.....	II	7	178
Andar.....	II	7	178
Los viajes.....	II	7	179
Iglesias, Augusto.—Los rituales en el mar.....	II	10	600
Kahan, Salomón.—Los nuevos programas para las Escuelas primarias en la Rusia soviética	II	6	91
Keller R., Carlos.—El capitalismo primitivo.....	I	3	199
Los fundamentos del capitalismo moderno.....	I	4	375
Capitalismo moderno.....	I	5	469
«Santa Juana», por Bernard Shaw.....	I	5	558
Las bases geográficas de la política internacional.....	II	10	527
Estructura económica de Chile.....	I	6	26
La vida espiritual de los antiguos mexicanos..	II	8	302
Labarca, Eugenio.—Ingenieros en la intimidad...	II	9	492
Lago, Tomás.—El pescador arbitrario.....	I	4	424
El recuerdo constante.....	I	4	425
Lastarria Caverro, Berta.—La Infanzona.....	I	1	8
Latorre, Mariano.—La miel del rico.....	I	3	216
Camilo Lemonnier.....	II	6	67
José Conrad.....	II	7	161
Lodge, Oliver.—La materia y la energía.....	I	1	118
M. P. S.—Cultura femenina, I.....	I	4	449
Cultura femenina, II.....	I	5	576
Magalhaes Lima, Jaime de.—Eça de Queiroz y el renacimiento de la lengua portuguesa,.....	I	5	530
Marín Vicuña, Santiago.—Los caminos en los Estados Unidos.....	I	2	176
Marshall, Enrique L.—El enigma de Juan Ruíz....	I	3	327

Mistral, Gabriela, Alfredo L. Palacios, Romain Rolland y José Vasconcelos.—Cristianismo con sentido social.....	II	9	472
Molina, Enrique.—¿Ha sonado la hora de la espada?.....	I	1	3
El nacionalismo y la solidaridad americana....	I	2	125
La ideología del señor Leopoldo Lugones.....	I	3	287
Fuerza o valores espirituales.....	I	3	301
La hora de la espada y los conceptos de democracia.....	I	3	310
El derecho de propiedad.....	I	4	349
Al pasar por La Serena.....	I	5	457
José Ingenieros.....	II	9	411
Molina, Enrique y Pedro Prado.—Misión en Bolivia.....	II	8	335
Moncada, Luis.—Motivos de «Juan Cristóbal» ...	II	9	455
Norte, João do.—La emboscada.....	I	4	371
P.—Cómo vivir de la pluma.....	II	9	512
Palacios, Alfredo L., Gabriela Mistral, Romain Rolland y José Vasconcelos.—Cristianismo con sentido social.....	II	9	472
Peralta, María.—La barca.....	II	10	536
Picón Salas, Mariano.—María Isabel.....	I	3	274
La locura de Ernesto.....	II	8	343
Nuevas notas sobre un viejo tema histórico.....	II	10	538
Piper Dr., Carlos.—Sobre el arte alemán.....	II	10	539
Prado, Pedro y Enrique Molina.—Misión en Bolivia.....	II	8	335
Préndez Saldías, Carlos.—Versos de la montaña..	I	5	467
Proust, Marcel.—Sentimientos filiales de un parrricida.....	II	10	515
Richet, Carlos.—El lenguaje y la inteligencia....	I	3	254
Rocesín.—Los eruditos.....	I	4	428
Rolland, Romain, Gabriela Mistral, Alfredo L. Palacios y José Vasconcelos.—Cristianismo con sentido social.....	II	9	472
Rodríguez de Casali, Ophelia.—Partida.....	I	3	244
Bajo el viento.....	I	3	245
Rojas Giménez, A.—Dos poemas.....	II	6	63
Crepúsculo en el mar.....	I	1	21
S.—En torno al misterio de Juan Orth.....	I	4	452

	Vol.	Núm.	Pág.
Unamuno y la civilización actual.....	I	5	573
Significación de Jean Cocteau.....	II	6	130
Las obras inéditas de Eça de Queiroz.....	II	8	402
Diccionario de la lengua francesa.....	II	8	407
Panaít Istrati.....	II	9	509
La fisonomía moral de Dostoyevsky.....	II	9	511
Tres poetas franceses nacidos en Montevideo....	II	10	634
Salas M., Demetrio.—El lugar de la Gimnasia en la Educación Física.....	II	6	54
Sánchez, Luis Alberto.—Vicuña Mackenna juzga- do en el Perú.....	II	9	486
Silva, Jorge Gustavo.—Asténico.....	I	3	240
Silva Castro, Raúl.—Cuestión de palabras.....	I	2	148
Dos libros sobre misterio de Asia.....	I	3	322
Una novela de Mauriac.....	II	6	111
El crimen y la psicología.....	II	7	181
Notas freudianas.....	II	8	318
El hábito de leer.....	II	9	436
Ideas sobre el periodismo.....	II	10	584
Silva Cruz, Carlos.—Por los Estados Unidos.....	II	6	103
Silva Valdés, Fernán.—Los potros.....	II	8	333
Suárez Calimano, E.—«Samaritana», por María Rosa González.....	I	5	567
Torre, Guillermo de.—Precedentes y justificativos teóricos de Huidobro.....	I	5	569
Torres Bodet, Jaime.—La obra de Enrique Gon- zález Martínez.....	I	3	246
Playa.....	II	6	76
Árboles.....	II	6	77
Torres Rioseco, Arturo.—Motivos.....	II	8	297
Los dramas de Florencio Sánchez.....	II	10	592
V.—Educación y gobierno.....	II	7	267
La actualidad del problema religioso.....	II	7	269
Valenzuela, Abraham.—«Marcel Proust, sa vie, son œuvre», por Léon Pierre-Quint.....	II	7	245
Frente al mar.....	II	8	271
Vasconcelos, José.—Un discurso.....	I	4	441
Vasconcelos, José; Gabriela Mistral, Alfredo L. Palacios y Romain Rolland.—Cristianismo con sentido social.....	II	9	472

Vázquez A., Alejandro.—Los poemas de la maternidad	I	1	16
Vega, M.—El humorista Forain.....	I	3	316
Vergara, Marta.—Grieg.....	II	8	360
Villaurrutia, Xavier.—Poemas.....	II	10	582
Weinstein, M.—Las investigaciones del profesor Lapique.....	I	4	434
Yankas, Lautaro.—La carrera de Féizar.....	I	2	167
Eslabones.....	I	5	524
... Actividades universitarias. Memoria del Director de la Escuela de Pedagogía, don Samuel Zenteno A.....	II	7	256
... Actividades universitarias. La Escuela Nueva en Europa.....	II	10	620
... Antropología pedagógica, Del curso de.....	II	8	375
... Bolivia en su centenario.....	II	9	496
... Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, y la censura en España, El.....	I	4	439
... Ex-libris.....	II	8	398
... Ex-libris.....	II	9	505
... Funciones de una Universidad moderna.....	II	8	366
... Ley de propiedad intelectual, La nueva.....	I	3	191
... Libros recibidos	I	1	123
... Libros recibidos.....	I	4	456
... Libros recibidos.....	I	5	566
... Libros recibidos.....	II	8	401
... Libros recibidos.....	II	9	507
... Libros recibidos.....	II	10	632
... Marcelle Auclair en la «Revue Européenne»...	I	3	347
... Periódicos, revistas y otras publicaciones.....	II	9	508
... Posición actual de las investigaciones sobre el cáncer.....	I	4	407

Vol. Núm. Pág.

Actividades universitarias. Memoria del Director de la Escuela de Pedagogía, don Samuel Zenteno A.....	II	7	256
Actividad literaria chilena en 1924, La (Alfonso Escudero).....	I	1	66
Acuarelas de Quipato (Carlos Acuña).....	II	7	186
Al fin se descubre mi maestro (Vicente Huidobro). ..	II	8	217
Al pasar por la Serena (Enrique Molina).....	I	5	457
Andar (Juana de Ibarbourou).....	II	7	178
«Androvar», por Pedro Padro (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	7	210
Antropología pedagógica, Del curso de.....	II	8	375
Arboles (Jaime Torres Bodet).....	II	6	78
«Arcoiris», por María Rosa González (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	8	391
Argentinos, libros (Luis D. Cruz Ocampo).....	I	1	91
Arte alemán, sobre el (Dr. Carlos Piper).....	II	10	559
Asténico (Jorge Gustavo Silva).....	I	3	240
Auclair en la Revue Européenne, Marcelle.....	I	3	347
Balzac, Dostoyevsky y Proust (Antonio Castro Leal).....	I	4	437
Bajo el viento (Ophelia Rodríguez de Casali).....	I	3	245
Bases geográficas de la política internacional, Las (Carlos Keller R.).....	II	10	527
Bizarrias de antaño I, (Antonio Bórquez Solar)... ..	II	9	456
Bizarrias de antaño II, (Antonio Bórquez Solar)... ..	II	10	564
Bolivia en su Centenario.....	II	9	496
Bolivia, misión en (Enrique Molina y Pedro Prado) ..	II	8	335
«Calcomanías», por Oliverio Gironde (E. B.).....	I	5	563
Caminos en los Estados Unidos, los (Santiago Marín Vicuña).....	I	2	176
Cáncer, Posición actual de las investigaciones del..	I	4	407
Canción del hombre estéril (Humberto Díaz Casanueva).....	I	4	405
Cansancio (Ángel Cruchaga Santa María).....	I	2	165
Capitalismo moderno, los fundamentos del, (Carlos Keller R.).....	I	4	375

Capitalismo moderno (Carlos Keller R.).....	I	5	469
Capitalismo primitivo, el (Carlos Keller R.).....	I	3	199
Carta inédita de Anatole France, una (A. V.).....	II	6	122
Carrera de Fêizar, la (Lautaro Yankas).....	I	2	167
Censura en España, el Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, y la.....	I	4	439
«Clara Aurelia, Emperatriz de Portugal», por Selma Lagerlöf (E.).....	I	3	345
Cocteau, Significación de Jean (S.).....	II	6	130
Cómo vivir de la pluma (P.).....	II	9	512
Concepto de la justicia social, el (Róbinson Hermansen).....	I	5	484
Conrad, José (Mariano Latorre).....	II	7	161
Crepúsculo en el mar (A. Rojas Giménez).....	I	1	21
Crimen y la psicología, el (Raúl Silva Castro)..	II	7	181
Crisis política actual y el Estado orgánico, la (Alberto Adriani).....	II	9	419
Cristianismo con sentido social (Gabriela Mistral, Alfredo L. Palacios, Romain Rolland y José Vasconcelos).....	II	9	472
Cuestión de palabras (Raúl Silva Castro).....	I	2	148
Cultura femenina, I (M. P. S.).....	I	4	449
Cultura femenina, II (M. P. S.).....	I	5	576
Demagogia y finanzas (A. V.).....	II	6	121
Democracia, La hora de la espada y los conceptos de (Enrique Molina).....	I	3	310
Derecho de propiedad, el (Enrique Molina).....	I	4	349
«De tren a tren», por Antonio Callejo (E.).....	I	5	565
Diccionario de la lengua francesa (S.).....	II	8	407
Discurso de José Vasconcelos un.....	I	4	441
Dos poemas (A. Rojas Giménez).....	II	6	64
Dostoyevsky, la fisonomía moral de (S.).....	II	9	511
«Dos veces amantes», por Sousa Costa (Eduardo Barrios).....	I	3	320
Educación norteamericana, el espíritu de la (Samuel Zenteno A.).....	I	1	23
Educación y Gobierno (V.).....	II	7	267
Emboscada, la (João do Norte).....	I	4	370
Enigma de Juan Ruíz, el (Enrique L. Marshall).	I	3	327

Enrique González Martínez, la obra de (Jaime Torres Bodet).....	I	3	246
Eruditos, los (Rocesín).....	I	4	428
Escuela Nueva en Europa, la. Actividades universitarias.....	II	10	620
Eslabones (Lautaro Yankas).....	I	5	524
Espada, ha sonado la hora de la? (Enrique Molina).....	I	1	3
Estado orgánico, la crisis política actual y el (Alberto Adriani).....	II	9	419
Estados Unidos, Los caminos en los (Santiago Marín Vicuña).....	I	2	176
Estados Unidos, por los (Carlos Silva Cruz)....	II	6	103
Estructura económica de Chile, la (Carlos Keller R.).....	II	6	26
Ex-libris (B.).....	II	6	116
Ex-libris.....	II	8	398
Ex-libris.....	II	9	505
Facultad de Ciencias de la Universidad de Concepción, Memoria leída en la (Salvador Gálvez).....	I	2	155
Florencio Sánchez, los dramas de (Arturo Torres Riosco).....	II	10	592
Forain, el humorista (M. Vega).....	I	3	316
Frente al mar (Abraham Valenzuela).....	II	8	271
Funciones de una Universidad moderna.....	II	8	366
Fuerza o valores espirituales (Enrique Molina)...	I	3	301
Fundamentos del capitalismo moderno, los (Carlos Keller R.).....	I	4	375
Gimnasia en la Educación Física, el lugar de la (Demetrio Salas M.).....	II	6	54
Gobiernos fuertes y gobiernos inteligentes (A. V.)..	II	6	125
Grieg (Marta Vergara).....	II	8	360
Grúa la (Luis Roberto Boza).....	II	8	322
Hábito de leer, el (Raúl Silva Castro).....	II	9	436
Harem pictórico, mi (Antonio Castro Leal).....	I	3	213
¿Ha sonado la hora de la espada? (Enrique Molina).....	I	1	3
Hermanas de los grandes hombres, las. Enriqueta Renan, I. (Victor Giraud).....	II	8	189

Hermanas de los grandes hombres, las. Enriqueta Renan, II. (Victor Giraud).....	II	8	279
Hora de la espada y los conceptos de democracia, la (Enrique Molina).....	I	3	310
Huésped secreto, el I. (José Conrad).....	II	6	3
Huésped secreto, el II. (José Conrad).....	II	7	135
Huidobro, precedentes y justificativos teóricos de (Guillermo de Torre).....	II	6	569
Humorista Forain, el (M. Vega).....	I	5	316
Ideas sobre el periodismo (Raúl Silva Castro)...	II	10	584
Ideología del señor Leopoldo Lugones, la (Enrique Molina).....	I	3	287
Incrédulo, palabras a un (Ernesto A. Guzmán).....	I	4	385
Infanzona, la (Berta Lastarria Caveró).....	I	1	8
Ingenieros en la intimidad (Eugenio Labarca)....	II	9	492
Ingenieros, José (Enrique Molina).....	II	9	411
Inteligencia, el lenguaje y la (Carlos Richet).....	I	3	254
Investigaciones del profesor Lapique, las (M. Weinstein).....	I	4	432
Istrati, Panait (S.).....	II	9	509
Jeane D'Arc, por Joseph Delteil (Marcelle Auclair).....	II	10	596
Jotes, los (Juan de Armaza).....	I	5	553
Juan Ruiz, el enigma de (Enrique L. Marshall).....	I	3	327
Justicia social, el concepto de la (Robinson Hermansen).....	I	3	484
La barca (María Peralta).....	II	10	536
La miel del rico (Mariano Latorre).....	I	3	216
Lapique, las investigaciones del profesor (M. Weinstein).....	I	4	432
Lasitud (Juana de Ibarbourou).....	II	7	177
Lemonnier, Camilo (Mariano Latorre).....	II	6	67
Lenguaje y la inteligencia, el (Carlos Richet).....	I	3	254
Leopoldo Lugones, la ideología del señor (Enrique Molina).....	I	3	287
Ley de propiedad intelectual, la nueva.....	I	3	191
Libertad, la (Alone).....	II	9	442
Libros recibidos.....	I	1	123
Libros recibidos.....	I	5	566
Libros recibidos.....	II	8	401
Libros recibidos.....	II	9	507

Libros recibidos.....	II	10	632
Libros sobre los misterios de Asia, dos (Raúl Silva Castro).....	I	3	322
Literatura americana. Libros argentinos (Luis D. Cruz O.).....	I	1	91
Locura de Ernesto, la (Mariano Picón Salas)....	II	8	343
María Isabel (Mariano Picón Salas).....	I	3	274
Materia y la energía, la (Oliver Lodge).....	I	1	133
Mauriac, Una novela de (Raúl Silva Castro).....	II	6	111
Memoria leída en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Concepción (Salvador Gálvez).....	I	2	155
Mexicanos, la vida espiritual de los antiguos (Carlos Keller R.).....	II	8	302
Miel del rico, la (Mariano Latorre).....	I	3	216
Mientras el tren corría (González Vera).....	I	2	133
Mi harem pictórico (Antonio Castro Leal)	I	3	231
Misión en Bolivia (Enrique Molina y Pedro Prado).....	II	8	333
«Místico amor humano», por Alfonso Nadal (E.).	I	5	564
Mistral, Gabriela, (Eduardo Colin).....	II	7	263
Montaña, versos de la (Carlos Préndez Saldíaz)	I	5	467
Morada de las ánimas, la (González Vera).....	II	9	448
Motivos (Arturo Torres Rioseco).....	II	8	297
Motivos de «Juan Cristóbal» (Luis Moncada)...	II	9	455
Nacionalismo y la solidaridad americana, el (Enrique Molina).....	I	2	125
Nobrian (R. Cabrera Méndez).....	II	9	427
Notas freudianas (Raúl Silva Castro).....	II	8	318
Notas bibliográficas (C. K. R.).....	II	10	611
Notas sobre el origen de la vida (Enrique Molina).....	I	1	106
Notas sobre un viejo tema histórico, nuevas (Mariano Picón Salas).....	II	10	538
Obra de Enrique González Martínez, la (Jaime Torres Bodet).....	I	3	246
Orth, En torno al misterio de Juan (S.).....	I	4	452
Palabras a un incrédulo (Ernesto A. Guzmán)...	I	4	385
Pájaros de humo (Alberto Guillén).....	II	9	430
Partida (Ophelia Rodríguez de Casali).....	I	3	244
Pensamientos (Juan de Armaza).....	II	10	590

	Vol.	Núm.	Pág.
Periódicos, revistas y otras publicaciones.....	II	9	508
Pescador arbitrario, el (Tomás Lago).....	I	4	424
Playa (Jaime Torres Bodet).....	II	6	77
Poemas (Xavier Villaurrutia).....	II	10	582
«Poemas breves», por Jorge Gustavo Silva (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	8	387
Poemas de Jaime Torres Bodet (Roberto Brenes Mesén).....	II	6	80
Poemas de la maternidad, los (Alejandro Vázquez A.).....	I	1	16
Poemas interiores (Francisco Donoso G.).....	II	7	207
Poetas franceses nacidos en Montevideo, Tres (S.)	II	10	634
Poetisas del Sur, las tres (Tristán de Athayde)....	I	3	227
«Política, la», por Oscar Edwards Bello (C. K. R.)	I	5	555
Por los Estados Unidos (Carlos Silva Cruz).....	II	6	103
Posición actual de las investigaciones del cáncer...	I	4	407
Potros, los (Fernán Silva Valdés).....	II	8	333
Problema de la cultura en México, el (A. V.).....	II	6	127
Problema religioso, la actualidad del (V.).....	II	7	269
Proceso de influencias sociales, un (R. Cabrera Méndez).....	II	7	173
Programas para las Escuelas Primarias en la Rusia soviética, los nuevos (Salomón Kahan).....	II	6	91
Propiedad, el derecho de (Enrique Molina).....	I	4	349
Prosas breves (Eugenio González R.).....	I	2	143
«Proust, Marcel, sa vie, son œuvre», por Léon Pierre-Quint (Abraham Valenzuela).....	II	7	245
Psicología, el crimen y la (Raúl Silva Castro).....	II	7	181
Queiroz, las obras inéditas de Eça de (S.).....	II	8	402
Queiroz y el renacimiento de la lengua portuguesa, Eça de (Jaime de Magalhaes Lima).....	I	5	531
Quiscos, los (Juan de Armaza).....	I	3	285
Recuerdo constante, el (Tomás Lago).....	I	4	425
Relaciones franco-alemanas, el porvenir de las (A. V. C.).....	I	1	113
Renacimiento de la lengua portuguesa, Eça de Queiroz, y el (Jaime de Magalhaes Lima)....	I	5	531
Renan, Enriqueta, I (Victor Giraud).....	II	7	189
Renan, Enriqueta, II (Victor Giraud).....	II	8	279
Rituales con el mar, los (Augusto Iglesias).....	II	10	600

Rusia soviética, los nuevos programas para las Escuelas Primarias en la (Salomón Kahan).....	II	6	91
«Samaritana», por María Rosa González (E. Suárez Calimano).....	I	5	567
San Pablo, la última Pascua de (Emilio Baumann)	I	5	492
«Santa Juana», por Bernard Shaw (Carlos Keller R.).....	I	5	558
Semana del Señor, la (González Vera).....	II	6	45
Sentimientos filiales de un parricida (Marcel Proust)	II	10	515
Serena, al pasar por La (Enrique Molina).....	I	5	457
Silencio (Juana de Ibarbourou).....	II	7	178
Sociología de Oswald Spengler la, I. (Alberto Edwards).....	I	4	387
Sociología de Oswald Spengler, la, II (Alberto Edwards).....	I	5	507
Solidaridad americana, el nacionalismo y la (Enrique Molina).....	I	2	125
Solitude, en Hiver (Marcelle Auclair).....	I	5	481
Tenca, la (Juan de Armaza).....	I	3	286
«Tierra y la evolución humana, la» (E.).....	I	3	344
Torres Bodet, Jaime, Poemas de (Roberto Brenes Mesén).....	II	6	80
Tres meses en Chile (Paul Hazard).....	I	1	36
Tres poetisas del Sur, las (Tristán de Athayde)...	I	3	227
Tunas, las (Juan de Armaza).....	I	5	553
Última Pascua de San Pablo, la (Emilio Baumann)	I	5	492
Unamuno y la civilización actual (S.).....	I	5	573
Universidad moderna, funciones de una.....	II	8	366
Valores espirituales, fuerza o (Enrique Molina)....	I	3	301
Versos de la Montaña (Carlos Préndez Saldías)...	I	5	467
Viajes, los (Juana de Ibarbourou).....	II	2	179
«Vicuña Mackenna, Benjamín», por Ricardo Donoso (E. M.).....	II	8	356
Vicuña Mackenna juzgado en el Perú (Luis Alberto Sánchez).....	II	9	486
Vida espiritual de los antiguos mexicanos, la (Carlos Keller R.).....	II	8	302
Vida, notas sobre el origen de la (E. M.).....	I	1	106
Zorzal, el (Juan de Armaza).....	I	5	552